IRENE ADLER
SHERLOCK LUPIN Y YO
DOBLE FINAL
LONDRES
NUEVA YORK

Nueva York, invierno de 1873. Irene rememora un caso vivido en Londres, meses antes, con sus amigos Sherlock y Lupin. El hilo de sus recuerdos se devana velozmente: el encuentro con un hombre que cuenta una extraña historia, un crimen sin cadáver y el descubrimiento de una red de galerías en el subsuelo de la ciudad. Un auténtico laberinto subterráneo en el que los tres jóvenes llevan a cabo su investigación, paso tras a paso, intuición tras intuición, entre incógnitas y riesgos, y que acabará siendo una vez más una aventura increíble.

Irene Adler

Doble final

Sherlock, Lupin y yo - 13

ePub r1.0
Titivillus 29.11.2019

Irene Adler, 2016
Traducción: Miguel García

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Doble final

Capítulo 1. Una nueva vida

Capítulo 2. Las calles de Manhattan

Capítulo 3. El pasado regresa

Capítulo 4. Un crimen sin víctima

Capítulo 5. La Compañía de las Aguas

Capítulo 6. Inspección con sorpresa

Capítulo 7. Un comportamiento sospechoso

Capítulo 8. Bajo las calles de Londres

Capítulo 9. Un desafío en la oscuridad

Capítulo 10. La ley de Fishbone

Capítulo 11. Una tranquila casa burguesa

Capítulo 12. Un poeta algo vanidoso

Capítulo 13. Un beso, mil sospechas

Capítulo 14. Exquisiteces teutónicas

Capítulo 15. Un encuentro muy movido

Capítulo 16. El misterioso señor Burlington

Capítulo 17. La voz de los bajos fondos

Capítulo 18. Una visita de cortesía

Capítulo 19. Un crimen sofisticado

Capítulo 20. Vientos de cambio

Capítulo 1

UNA NUEVA VIDA

Los recuerdos son algo extraño. A veces se su ceden y se enlazan como los caminos en un paseo sin meta fija, al final del cual se descubre que desde el principio se ha estado yendo a un lugar amado. Si echo la vista atrás, ahora que estoy segura de haber dejado más días a mi espalda de los que pueda vivir en adelante, me doy cuenta de una simple y clara verdad.

En mi vida he amado a pocas personas, pero sí muchos lugares.

Amar los lugares no es sencillo. Entre otras cosas porque a menudo significa haber abandonado los anteriores y haber permitido que nos destrozaran el corazón. Un lugar nuevo, sin embargo, es siempre un misterio que descubrir, un mapa de

oportunidades que explorar, un universo que bulle de vidas y de historias. Mucha gente cruza por los mismos lugares día tras día —o, por el contrario, viaja por el mundo entero— con la cabeza gacha, sin ver, sin mirar realmente a su alrededor, sin dejarse penetrar ni contagiar. Sin vivir de verdad. Yo no. Yo puedo decir que he vivido mucho y que he dejado mi nombre, mi toque, mi impronta por dondequiera que pasaba. Si hay algo de lo que puedo estar orgullosa es de haber buscado siempre dejar huella, involucrarme. Aunque no siempre eso haya sido bueno para las personas que la vida ha puesto en mi camino.

Porque con las personas es aún más difícil y, como decía, no he amado a muchas. Pocos pueden decir que me hayan conocido de verdad y a veces la huella que he dejado se parecía más a una marca, o a una cicatriz. A los más importantes, esos que más me hicieron convertirme en quien soy, ya los conocéis, pues su paso por este mundo es ahora leyenda. Pero poner sus nombres sobre el papel una vez más, después de lo sucedido entre nosotros, siempre me provoca un estremecimiento. Sherlock Holmes y Arsène Lupin. Algunos dirán que fue el destino el que nos juntó.

El hecho es que yo no creo en el destino.

La verdad es que existe siempre una elección, por dolorosa, difícil, loca o desesperada que sea. Las raíces pueden cortarse, tirar al mar los nombres, cambiar el futuro. Solo hay que quererlo y prepararse para afrontar las consecuencias.

Yo lo sé bien, creedme. Nací princesa y crecí rebelde. Tuve tres nombres, más una multitud de identidades ficticias creadas en lo que dura un parpadeo. Traicioné a mis amigos Sherlock y Arsène, abandonándolos a su suerte pero sabiendo que, no obstante, se las arreglarían de algún modo también sin mí. He vivido entre dos continentes y me he dejado guiar siempre por una sola brújula, por mi personal estrella polar: el deseo de libertad.

Tal vez todo esto parecerán delirios inconexos de una mujer excéntrica con ganas de darse un paseo por el pasado, pero el hecho es que estos diarios son la única pista sobre quién soy en realidad.

María.

Irene.

Agnès.

Y ahora vais a conocer a esta última.

—¡Agnès! ¡Agnès! —exclamaba a menudo nuestra nueva criada, la señora
O'Malley
. Y yo no siempre volvía la cabeza enseguida, sobre todo en los primeros tiempos en Nueva York.

Es comprensible, dado que todavía me costaba reconocerme en aquel breve sonido. Había elegido yo el nombre, a diferencia del de María, que me lo había puesto mi madre, y del de Irene, identidad bajo la cual había crecido en el hogar de los Adler. Lo primero que habíamos hecho mi madre Sophie y yo, después de escapar mediante mil subterfugios del complot político que tenía por objetivo ponerme a mí, hija secreta del príncipe Félix von Hartzenberg, en el trono de Bohemia, había sido cambiar de nombre. En la cubierta del *Atlantic*, el barco que iba a llevarnos a nuestra nueva vida en América, un poco riendo y un poco llorando habíamos decidido que seríamos Agnès y Pauline de Givencourt. Gracias a la valiosísima ayuda de mi adorado padre adoptivo Leopold Adler, habíamos podido tomar posesión de un considerable patrimonio puesto a nuestra disposición por los rebeldes leales a la casa de los Von Hartzenberg. Ciertamente, no había sido del todo honesto por nuestra parte utilizar su dinero para mandar al traste su propio plan, pero, después de todo, habían intentado aprisionarme en un papel que en absoluto deseaba. En realidad, si se hubiesen parado aunque solo fuera por un momento a pedirme mi parecer en vez de tratarme como a una marioneta vestida de princesa, se habrían ahorrado muchos fastidios. Leopold, para quien por el contrario siempre habían sido importantes mi opinión y mi felicidad, había buscado la manera de que un complaciente banquero norteamericano nos permitiera acceder a aquel pequeño tesoro. Nada excesivamente principesco, pero suficiente para vivir de una manera bastante holgada, sin pompa pero con todas las comodidades. En nuestra linda casa en el número 14 de Gramercy Park, mi madre y yo teníamos un carruaje y una persona de servicio a tiempo completo, la ya mencionada señora
O'Malley
. Con mis peripecias, sobre todo en el último año, había descuidado un poco mi educación, pero en Nueva York, Sophie, o quizá debiera decir Pauline, me había encontrado un excelente preceptor. Y

también había retomado mis clases de canto, con extrema alegría y mucho provecho.

Nueva York me había gustado inmediatamente, tan viva y compleja, llena de fascinación, peligro y grandes oportunidades.

—¡La Tierra Prometida! ¡Se lo digo yo, señorita! ¡No como ese antro maléfico del que han venido ustedes! ¡Maléfico! —exclamaba a menudo la señora
O'Malley
, para persignarse a continuación. Era una irlandesa orgullosa y vivaz, con una melena clara y un poco estropajosa, de piel transparente. Más que hablar, la señora
O'Malley
exclamaba, proclamaba, estallaba y voceaba. Detestaba a muerte a los ingleses e Inglaterra, y había reconocido enseguida mi acento como el del enemigo. Sin embargo, al conocernos como exiliadas que escapaban de una situación sobre la cual nos habíamos mostrado vagas, pero que evidentemente nos pesaba en el corazón, le habíamos gustado enseguida. Desde luego, la señora
O'Malley
no se parecía en nada a las criadas a las que yo estaba acostumbrada, pero sus maneras expeditivas traían una bocanada de frescura típica del Nuevo Mundo. Me estaba enamorando ya de aquel sitio, con su descaro, los teatros de Union Square y aquellas locas representaciones que eran las *musical comedies*, tan distintas de mi amada ópera.

—¡¿Todavía está ahí remoloneando?! Le he limpiado los zapatos. Y el carruaje… el carruaje lleva tanto tiempo esperando que el caballo se ha dormido de pie. ¡Ya le digo, de pie! —vociferó la señora
O'Malley
aquel día que recuerdo como si hubiese sido ayer, apareciendo en la puerta de mi habitación con la cofia ladeada y mis botines en la mano, relucientes e inmaculados. Yo estaba terminando de abrocharme el vestido y, aunque estaba impaciente por salir, me di cuenta de que el temblor nervioso de mis dedos había acabado por hacer más lentos mis preparativos.

—¡Ya voy, ya voy! —respondí recuperando la sonrisa y agarrando los botines. Con ella terminabas repitiéndolo todo dos

veces…

—¿Y su música? —me dijo, agitando desdeñosamente un puñado de mis preciosas partituras, que incautamente había dejado desparramadas sobre el escritorio.

—Hoy no las necesito —contesté con una maliciosa sonrisa de conspiradora—. ¡Voy a otra clase de cita!

Le guiñé un ojo y la señora
O'Malley
volvió a persignarse.

—¡Bendita muchacha, que no sea ese tipo de cita! —respondió aludiendo a algún compromiso romántico, lo que en su opinión era extremadamente inconveniente antes de los diecisiete años, como mínimo.

Obviamente, lo había dicho para chincharla y no era en absoluto aquel tipo de cita. Pero he de reconocer que en aquel momento no había nada que pudiera acelerarme el corazón más de lo que estaba a punto de hacer. Saludé a mi madre, que me esperaba abajo, con un beso en la mejilla y un gesto mudo para tranquilizarla, y salí.

Capítulo 2

LAS CALLES DE MANHATTAN

Las calles de Manhattan ofrecían un espectáculo fascinante mientras las observaba desde la ventanilla del carruaje. Pese a la emoción del encuentro al que me dirigía, que había esperado durante días con ansiedad y había monopolizado todos mis pensamientos, no pude evitar que me atrapara de nuevo la vitalidad de aquella ciudad bulliciosa y ruidosa. Los coches de caballos circulaban raudos por las calles, y por todas partes se veían tiendas con sus letreros coloridos y comerciantes ocupados en cargar y descargar productos. Por las anchas aceras enlosadas paseaban damas bien vestidas y un tanto altivas, jovenzuelos sonrientes, chiquillos harapientos, obreros de hombros anchos y ropas de tejidos fuertes, hombres con chistera, bastón y aires de dueños del mundo. En todas partes se solapaban mil acentos y lenguas diversas, y por primera vez contemplaba muchos rostros de diferente color, como si un muestrario del mundo entero hubiese afluido a Nueva York para celebrar la complejidad de la humanidad. Sobre todo rostros de piel oscura, como la de mi amigo Horace Nelson. Al principio me sobresaltaba al verlos, y me mordía los labios para no pedir al cochero que se detuviera,

resistiendo a la tentación de abrirme paso entre la gente para ir en su busca, segura de que aquel cabello corto y negro que había entrevisto por un instante era precisamente el suyo.

Y había también verdaderos prodigios de la modernidad, que parecían salidos de la fantasía de Jules Verne, como la línea ferroviaria elevada, cuyos raíles sostenidos por pilares permitían a los ligeros vagones rodar a muchos metros de altura.

¡Habría dado lo que fuera por poder arrojarme de cabeza a la exploración de aquella metrópolis proyectada al futuro! ¡Inspeccionar cada uno de sus rincones, saborear su emoción, desvelar todos sus misterios! Ya había penetrado en mi piel, pero mi condición de fugitiva, por desgracia, exigía cierta cautela, así que me limitaba a mirar desde el carruaje. Observaba sin dejarme ver.

En todo caso, no habría sido lo mismo sin ellos.

Sherlock y Arsène.

Habíamos jurado que siempre permaneceríamos unidos y en cambio… Quién sabe cómo habían reaccionado al leer mi carta de adiós. No había conseguido engañarlos del todo y habían llegado al puerto de Liverpool justo cuando zarpaba el trasatlántico en que había embarcado. Nos habíamos despedido solemnemente, yo en cubierta y ellos en el muelle, alzando una mano como para prolongar hasta el último instante el juramento que por mi parte había decidido infringir. Si cierro los ojos, todavía hoy los imagino nítidamente mientras el *Atlantic* se aleja hasta volverse un puntito en el mar. A Arsène que despotrica con palabras irreproducibles y desfoga su rabia haciendo algo impulsivo y tonto por el simple placer de hacerlo. A Sherlock que, en cambio, se ensombrece, ostentando el máximo desapego y soltando solamente alguna breve frase cortante, la nariz afilada vibrando de indignación.

Ellos eran mis amigos. Eran de las pocas personas en el mundo a las que había querido de verdad y en ningún lugar, por increíble que fuera, encontraría otras iguales. Habían sido el precio, altísimo, de mi libertad. Y por muy segura que estuviera de que incluso si hubiera podido retroceder en el tiempo habría hecho lo mismo desde el principio, no podía librarme de la sensación de vacío creada por su falta. Quizá pudiera muchos años después, pero no aquel día, mientras iba en carruaje a aquella cita tan esperada.

«Piensa en quien tienes a tu lado, no en quienes has perdido…»,

me repetí apretando los puños.

—Quiero bajar aquí —dije de repente al cochero.

—¿Está segura? —preguntó él, asombrado, mientras el carruaje aminoraba la marcha.

—Necesito caminar un poco —expliqué resuelta.

—Pero las instrucciones de su madre…

—Mi madre se preocupa demasiado —corté en seco.

Tras un momento de titubeo, noté que el carruaje se paraba y, con un suspiro, abrí la portezuela y salté al suelo.

El olor de la ciudad era lo más sobrecogedor. En el carruaje estaba mitigado por las bolsitas de lavanda que la señora O'Malley, por indicación de mi madre, colgaba por todas partes. Respiré a pleno pulmón el soplo del mar y el estiércol de caballo, los efluvios de los guisos y los del agua estancada, el olor punzante del carbón quemado y el acre de algunos cuerpos desaseados. Mi destino era una zona elegante pero recóndita, así que, tras doblar un par de veces por otras tantas calles de bonitos jardines, dejé atrás el gentío y me encontré en un barrio tranquilo. El aroma de las plantas y de la tierra me transportaron por un momento a otros parajes. Farewell's Head, los Alpes, Saint-Malo… La memoria corría al pasado entre impresiones lejanas. El escalofrío de las pesquisas, las carreras a más no poder, mi mano en la de Sherlock, Arsène apretándome contra él sobre la tierra húmeda…

Cric. Cric. Cric.

Cric.

Me volví de sopetón, los sentidos bien alerta. Había alguien a mi espalda, alguien que dudaba desde que yo me había detenido. Haciendo como si nada, mientras los dedos me hormigueaban de la tensión, reanudé mi marcha. Unos pasos detrás de mí siguieron los míos al mismo ritmo.

«Calma, podría ser un simple transeúnte», me dije para animarme, pero sabía que no me engañaba: la cadencia de aquellos pasos era la misma que la de los míos, demasiado precisa para que fuese una casualidad.

Caminé más despacio y también las pisadas aminoraron.

Sin volverme, aceleré. Los pasos a mi espalda se hicieron lejanos

y regulares. Me estaba dejando ir. Quizá, si echaba a correr… Apretando los puños, doblé la esquina. Faltaba realmente poco, un par de esquinas más y estaría a salvo. Lo decidí todo en un instante: atisbé un zaguán resguardado, me eché a un lado y me escondí detrás de las columnas de entrada de un edificio señorial con la esperanza de que mi perseguidor estuviera aún al otro lado de la esquina y no me viera.

No me atrevía a respirar ni a mover un solo músculo. El resto de mi vida podía depender de aquel momento.

Capítulo 3

EL PASADO REGRESA

Mientras estaba allí escondida, una criada salió por una puertecita de la casa de enfrente con un capazo en la mano. Los pasos misteriosos, entretanto, habían doblado la esquina y avanzaban cada vez más rápidos por la acera. Faltaba poco, muy poco, no podía dejarme ver…

Luego, de improviso, el hombre pasó de largo por mi escondite y lo vi. Era un joven elegante, con vistosas patillas y un traje a medida cuidadosamente cepillado. Esperé que se alejara más y no me viera, pero a pocos metros del portal se detuvo.

«Ya está, todo se ha acabado».

El hombre, sin embargo, se volvió hacia el lado opuesto y encontró la mirada sorprendida de la criada. Él miró a su alrededor con circunspección y con unos pocos saltos ágiles llegó hasta ella y la estrechó contra sí.

—¡Sabía que te encontraría aquí a esta hora! —dijo.

—¿Estás loco? ¡Alguien podría verte! ¡Alguien podría reconocerte! —protestó la criada, pero sin resistirse al abrazo.

—He sido muy cauto, no me ha visto nadie —dijo él—. He tenido cuidado en que todas las calles estuvieran desiertas.

Abrí mucho los ojos. ¡Aquel hombre no me estaba siguiendo, me estaba evitando por miedo a que descubriera su relación clandestina! Salí del portal mientras los dos desaparecían por la puertecita y llegué riéndome a mi destino: el vestíbulo del elegante hotel Wickfield, lugar de la cita.

—Te encuentro radiante, cielo —dijo una voz familiar.

Con las mejillas coloradas, me eché en brazos de Leopold Adler, el hombre que me había criado como a una hija.

—¡Papá! ¿Puedo llamarte papá todavía?

—¡Irene! ¿O debo llamarte Agnès?

—Ah, como quieras. Total, no es más que un nombre.

—«La que llamamos rosa también con otro nombre tendría su perfume».

—¡Oh, papá, sabes que adoro a Shakespeare!

—No, a ti solo te apasionan la ópera y esas noveluchas llenas de investigaciones y homicidios que te prestaba a escondidas el señor Nelson, no creas que no lo sabía —repuso Leopold, riéndose y haciendo un amplio gesto con la mano hacia su derecha.

El corazón me dio un brinco en el pecho. ¿Cómo no lo había visto enseguida? Tan obnubilada por el abrazo con mi padre, no me había percatado de la presencia del gigante de piel oscura que estaba muy tieso en un rincón, con los dientes blanquísimos a la vista en una gran sonrisa.

—¡Horace! —grité, y di un medio saltito hacia él, aunque luego contuve mi impulso—. ¿Puedo abrazarte? —añadí, pero no esperé la respuesta. Nueva York era la ciudad del futuro y felizmente podían abandonarse ciertos rígidos convencionalismos del Viejo Mundo. Me lancé como una niñita al cuello del hombre que para mí había sido mucho más que un simple sirviente cuando era aún Irene Adler, y él se rio.

—He de decir que verdaderamente has revivido —comentó Leopold, feliz, haciéndome una señal de que lo siguiera a un coqueto saloncito adyacente al vestíbulo. Me senté en un pequeño sofá con él y Horace tomó asiento frente a nosotros. En la mesita había una tetera humeante, tres tazas y un platito de *scones* con nata y mermelada, iguales a los que comíamos en Londres.

—¡Cómo me alegra volver a verte, estaba harta de aplazamientos!

—Teníamos que ir con cuidado, el duque de Loewendorf estuvo meses pisándonos los talones, convencido de que yo sabía dónde encontrarte. Frente a la casa de Aldford Street ha habido un ir y venir de carruajes sospechosos en los últimos tiempos.

—¡Debe de haber sido terrible!

—Oh, no tanto. Horace se las ingeniaba para despistarlos y hacerlos dar vueltas en vano mientras yo corría al banco y la oficina de correos. ¿El señor Walker os trata con la debida consideración?

Yo sonreí al imaginarme al señor Nelson viéndoselas con espías y a Leopold ocupándose de que su amigo banquero hiciera confortable mi estancia en Norteamérica.

—Desde luego, no podía desear una llegada mejor —lo tranquilicé—. Papá, tengo que preguntarte una cosa: ¿estaré alguna vez a salvo? ¿Cuándo terminará esa locura del golpe de Estado en Bohemia?

Leopold suspiró, pero sonrió inmediatamente después.

—Paciencia, cielo. Resulta que tengo buenas noticias. Da toda la impresión de que los rebeldes están perdiendo crédito. Después de tu huida, circulan rumores de fuertes disensiones internas. Y parece que Von Ormstein, el actual soberano de Bohemia, se está abriendo a cautas medidas de modernización del país. Probablemente solo está aprovechando la debilidad del bando adversario, pero para ti podría ser una buena noticia de todos modos.

Suspiré de alivio. Entonces el mío no había sido un plan tan alocado y precipitado. Podía realmente tener la esperanza de llevar una vida normal. Mordí un *scone* y casi me conmoví con aquel sabor de mi vida anterior.

—Sé que son tus favoritos… —dijo Leopold, contento al verme comer con ganas.

Charlamos toda la tarde y, cuando llegó el momento de volver a casa, no me decidía a levantarme.

—Venid conmigo, tenemos dos espléndidos cuartos de invitados —sugerí, pero Leopold levantó la palma de la mano para pararme.

—Es demasiado peligroso aún, no tenemos que saber dónde vivís. Toda nuestra correspondencia tiene que pasar por la oficina del señor Golding, mi abogado de confianza aquí, en Estados

Unidos. Es lo que acordamos tu madre y yo.

Me encogí de hombros, pero no insistí. Los abracé de nuevo con el deseo de vernos pronto. Pero, cuando ya había reunido el valor necesario para salir por la puerta, el señor Nelson me detuvo.

—Señorita Irene…

Me volví enseguida al oír mi viejo nombre y vi que tenía en la mano una caja de madera con taracea, con una rosa en la tapa. Antes de que pudiera preguntarle qué era, él dijo:

—No me ha preguntado nada de ellos.

Sentí de nuevo un vacío que me absorbía desde dentro.

—No sé si de verdad quiero saber algo… —reconocí, reacia. Y añadí vagamente—: A estas alturas…

Los había abandonado, no tenía derecho a interesarme por sus vidas sin mí. Ya no me pertenecían.

—Pero te alegrará tener esto —intervino Leopold con una sonrisa, señalando la caja, y Horace me la entregó.

La abrí despacio, tratando de dominar el temblor de mis manos. Dentro había algunos objetos que muchos habrían considerado de poco valor, pero yo no. La tarjeta de visita de un tal Auguste Papon, periodista, identidad ficticia del transformista de Arsène. Un mapa de París lleno de anotaciones, un papelito escrito con la letra sobria y elegante de Sherlock. Y también, en el fondo, una libreta de tapas damasquinadas, arrugada y con picos de hojas doblados.

De la emoción, casi se me cae la caja de las manos. Horace, solícito, me sacó del apuro y me permitió concentrarme en la libreta. La hojeé casi con reverencia, como si pudiera desmoronarse entre mis dedos. Me parecía que llegara de otro mundo y otra época, y en cierto modo era así. Estaba apretadamente llena con mi letra, más apresurada e inconexa de como la recordaba. Miré la libreta, luego a Leopold y a Horace, de nuevo la libreta, atenazada por una duda repentina.

—No la hemos leído —me tranquilizó Horace.

—Pero sabemos que cuando escribías tan apretado solía ser porque habíais armado una de las vuestras… —añadió Leopold con una mirada benévola.

Me sonrojé. ¿Realmente había sido como un libro abierto? ¡Y yo que creía que tenía una vida secreta totalmente invisible a ojos de los adultos!

—¡Es la aventura del sótano embrujado! —exclamé impulsivamente, volviendo a coger la caja y metiendo dentro la libreta junto con los demás tesoros. Luego, con una sonrisa de sorna, añadí—: ¡Pero no os la voy a contar!

Y, después de despedirme otra vez, salí corriendo.

Capítulo 4

UN CRIMEN SIN VÍCTIMA

En el carruaje seguía hojeando aquellas páginas, que hacían surgir en mi mente muchos pequeños recuerdos dormidos en quién sabía qué recoveco de la memoria.

Nueva York me rodeaba con su bullicio y su modernidad, con sus cafés de moda y sus renombrados hoteles, con el puerto que todavía no albergaba la gran estatua pero que ya era símbolo de la libertad y de un nuevo comienzo. Solo que yo, ocupada en revivir lo que meses atrás había escrito en aquella libreta, no veía ya la ciudad. En el trayecto en carruaje y más tarde, mientras subía corriendo la escalera para precipitarme a mi habitación, yo no estaba ya allí, sino en Londres, con Sherlock y Arsène, pocos meses

antes de los hechos ocurridos en Port Glasgow, antes de que mi origen noble amenazara con arruinarme la vida para siempre. Cuando era feliz, estaba llena de ilusiones para el futuro y segura de que mis dos amigos permanecerían conmigo siempre.

Y así, una vez en mi cuarto, me hice un ovillo en la butaca, junto al tocador, sobre el que la noche anterior había tirado en desorden mi ropa (le había dado indicaciones precisas a la señora O'Malley:
mi cuarto lo arreglaba yo) y abrí la libreta. Todavía no había llegado el momento de dejar todo a mis espaldas. Había imaginado que sería difícil, pero no sabía que aquella constante sensación de faltarme algo seguiría flotando, como una tormenta que atronara a lo lejos sin irse nunca de verdad. Me pareció que el único modo de paliarla en aquel momento era zambullirme en los recuerdos del pasado.

Si tuviese que indicar un lugar de Londres que adore especialmente, no dudaría en nombrar la Shackleton Coffee House. No era, ciertamente, un local de moda, sino un tugurio de madera y ladrillo ennegrecidos, impregnado por el embriagador aroma del café y con la más extravagante, poco recomendable y colorida clientela posible. Además, increíblemente, en él se servía uno de los mejores chocolates calientes de Londres. O eso me parecía a mí, porque el gusto del chocolate se fundía con el del misterio y el de lo imprevisto. Como de costumbre, mis amigos y yo nos habíamos citado allí, aunque aquel día no teníamos ningún caso que resolver. El día primaveral, extraordinariamente soleado para el clima inglés, nos había infundido una mezcla de indolencia y agitación, como si olfateáramos en el aire vientos de cambio que pronto barrerían todas nuestras certezas y quisiéramos combatirlos a toda costa.

Poco antes, al pasar por las calles del centro con Horace, había insistido en entrar en una tienda con un espléndido escaparate lleno de papel de carta y cuadernitos de esmerada factura, y había comprado impulsivamente una libreta de tapas damasquinadas a la que daba vueltas en las manos en la *coffee house*. Se parecía al día, precioso pero fastidiosamente vacío.

Arsène, mientras, hojeaba *The Times* con la esperanza de encontrar algo interesante que indagar.

—«Semillas y abono para cosechas superiores…». ¡Tiene que ser

por fuerza un mensaje encriptado entre espías!

—O bien el anuncio de un negocio de simientes —respondió Sherlock, hundiéndose aún más en su butaca favorita. También había dejado a la mitad su chocolate, y aquello era mala señal. Sherlock no era goloso y me había confesado que no sentía particular placer con el sabor de aquella bebida, pero estaba convencido de que las propiedades del cacao estimulaban el cerebro. El hecho de que en aquel momento no creyera necesario bebérsela significaba que era presa de sus recurrentes crisis de aburrimiento.

—«Patatas, remolachas, zanahorias, tréboles…». En fin, en mi opinión son palabras en clave, nadie puede poner un anuncio tan banal en un periódico.

—El mundo está lleno de personas banales que hacen cosas banales —sentenció Sherlock, lacónico. En esos momentos podía ensombrecerse hasta parecer una siniestra corneja posada sobre una rama y quedarse así durante horas, cuando no días, nervioso, distante e irascible.

Arsène levantó los ojos del periódico un instante y los puso en su amigo. Luego me guiñó un ojo.

—¡Espera, he encontrado unos hechos que están claramente relacionados entre sí! —anunció con énfasis.

—¿Más vendedores de remolachas que en su tiempo libre urden intrigas internacionales?

—Oh, no, algo mucho más interesante… Escucha esto: un hombre ha sido atropellado por un carruaje —siguió diciendo Arsène, golpeando con el dedo la página del periódico.

—Decenas de personas terminan bajo los carruajes cada día. Se llama distracción.

—Sí, pero a tres manzanas de distancia del lugar del accidente los representantes de la Compañía de las Indias estaban a punto de ser recibidos por la reina Victoria, y si a esto le sumas que el precio del carbón ha subido tres puntos porcentuales en el curso de los dos últimos meses y que la noche anterior a los hechos un ladrón intentó introducirse en la casa de *lady* Gladstone para robar unos valiosos pendientes de diamantes y perlas negras, precisamente como el carbón, y, fíjate qué casualidad, apuesto a que las perlas procedían justamente de la India… ¿No se tratará acaso de un

complot del Ministerio de Finanzas Nacionales para convencer a la reina de poner freno a las importaciones de las colonias?

—No existe ningún Ministerio de Finanzas Nacionales y las perlas negras se encuentran en Japón y en Tahití, no en la India —rebatió Sherlock, pero era evidente que se estaba esforzando para no reírse con las bufonadas de Arsène.

Yo, en cambio, me reí abiertamente de sus ocurrencias, pero, en aquel momento, por la puerta de la *coffee house* entró un hombre que atrajo inmediatamente nuestra atención. El escaso y ralo pelo que tenía en la cabeza estaba erizado y revuelto, como si alguien le hubiera pasado las manos por encima sin muchos miramientos. Sus manos fueron precisamente lo segundo en que me fijé, porque temblaban visiblemente.

—¡Un brandy, por favor! —dijo el hombre acercándose a la barra.

—No servimos licores, señor —respondió el camarero, mirándolo mal.

—¿Ah, no? ¡Mejor! —soltó el hombre—. ¡Es más, me da que deberé abandonar mi acostumbrada copita de antes de la comida! Póngame un té, negro e hirviente. No, mejor una manzanilla…

Arsène, que un instante antes estaba sentado a mi lado, se había levantado de golpe y, con una sonrisa cordial, se acercó al recién llegado.

—¿Todo bien, señor?

El hombre lo miró parpadeando muchas veces, como si no consiguiera enfocarlo. Mientras, también Sherlock y yo habíamos llegado hasta él. El pésimo humor de Sherlock se había disipado y sus ojos estaban cargados de curiosidad. Los de aquel hombre, en cambio, parecían asustados y desorientados, apenas capaces de percatarse de nuestra presencia.

—Sí, muchacho… —le contestó a Arsène, apoyándose en la barra como un náufrago que se agarra a una balsa—. No, bueno, no exactamente… Estaba en mi establecimiento, ¿sabéis?… Poseo un taller de encuadernación a media manzana de aquí, a lo mejor lo habéis visto, al lado de la panadería del señor Moss, ese que es famoso en el barrio por el pastel de riñones y siempre hay cola…

Sherlock se estremeció por el fastidio que le provocaban aquellos detalles inútiles, pero se contuvo para no interrumpir el

torrente de palabras.

—He bajado al sótano, aunque había dicho que no bajaría durante un tiempo. Pero, qué diablos, no deja de ser el sótano de mi taller… Un hombre tiene derecho a hacer lo que le plazca en su establecimiento, y además solo era para coger mis herramientas…

Me mordí un labio para no instarle a ir por fin al grano y vi que mis dos amigos estaban, como yo, en ascuas. En aquella mañana aburrida, aquel hombre extravagante podía traer un soplo de novedad… O quizá no, me dije, mientras él seguía parloteando sobre resinas, cazos y otros útiles de la encuadernación. Probablemente a continuación nos contaría que un ratón le había roído un libro, o que una estantería se había caído, estropeándole todos los materiales y dándole un gran susto. Asuntos normales, banales. Un instante después negué con la cabeza, resoplando; no podía dejarme contagiar por el mal humor de Sherlock, me dije. Por entonces, a diferencia de mi amigo, estaba convencida de que los hechos excepcionales podían ocurrir continuamente, y a cualquiera. Y aquel trastornado encuadernador, que se presentó como John Grinsted, me lo confirmó justo después al declarar:

—En fin, que cuando he puesto el pie en el maldito sótano he visto a un tipo tendido en el suelo, muerto. Sí, señor. ¡Un fiambre!

—¡¿Un cadáver?! —exclamó el camarero de la Shackleton, palidísimo, adelantándose a los demás.

—¡Sí, señor! —dijo Grinsted, asintiendo repetidamente. Pero luego su mirada cayó sobre mí y, como si no me hubiera visto hasta ese momento, el hombre enmudeció—. Aunque no sé si puedo hablar delante de una señorita…

—¡No se preocupe por mí, señor! —repuse inmediatamente—. Está usted muy alterado, hablar le hará bien.

—Sí, me hará bien… —masculló el hombre, que parecía de verdad sobrepasado por los mil pensamientos que se le agolpaban en la cabeza—. No, no… ¡me tomaríais por loco! Igual que ha hecho la policía…

—¿Ha llamado a la policía, pues? —le preguntó Sherlock, sus ojos vigilantes clavados en el rostro de Grinsted.

—¡Por supuesto! ¿Qué otra cosa podía hacer? El tipo estaba ahí, seco, en el suelo de mi sótano…

—¿Lo conocía? —preguntó Sherlock.

—¡Jamás lo había visto! Pero me ha causado impresión de todos modos. Un muerto no causa menos impresión porque no lo conozca uno… Sobre todo si te lo encuentras en el sótano. Una vez vi a uno que murió ahogado en el Támesis y, cuando lo pescaron, estaba todo hinchado. Yo no era más que un niño, pero lo recuerdo bien. Soñé con él un montón de noches. Y creo que también voy a soñar con este. Aunque era menos desagradable de ver, me ha dejado impresionado, ¡vaya que sí!

—Así pues, ha ido a la policía —insistió Sherlock, tratando de encarrilar de nuevo a Grinsted.

—Por supuesto, como decía. Primero me he bebido un trago de la ginebra que guardo en un armarito de la tienda, como tónico reconfortante, ¿sabéis? Los mejores médicos lo recomiendan en caso de emergencia… Y luego he ido corriendo a la policía. Cuando hemos vuelto al taller y les he enseñado el sótano a los agentes, ellos me han llamado maldito borracho y me han amenazado con ponerme a la sombra.

—¿Cómo es eso? ¿Y qué han dicho del cadáver? —le pregunté —. ¿Los policías creían que había matado usted a ese hombre?

Grinsted balbució algo incomprensible.

—¿Cómo dice? —le preguntó Arsène cortésmente.

—He dicho que… Esperad, primero debéis saber que solo he bebido un trago, un solo trago de ginebra para recobrarme del susto. No estaba borracho y no lo estoy ahora. Y desde luego no estoy loco. O al menos no lo estaba, pero a lo peor ahora mismo estoy perdiendo el juicio…

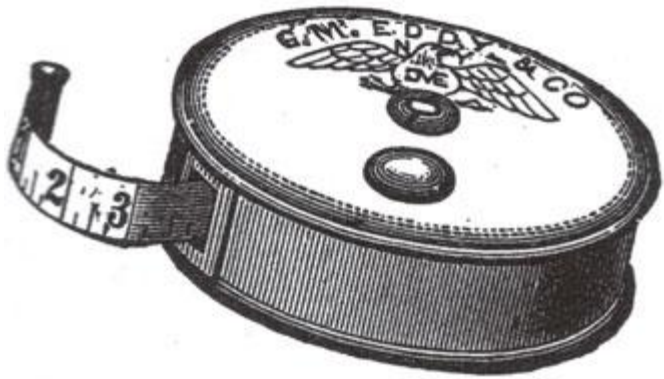
—¿Por qué dice estas cosas? —le pregunté, solícita, tendiéndole la taza de manzanilla que el camarero, acordándose de pronto de sus funciones, había corrido a preparar—. ¿Por qué cree que podríamos tomarlo por loco?

El hombre tragó un largo sorbo de manzanilla hirviente y contestó:

—Porque, cuando he vuelto al sótano con los agentes, el cadáver había… ¡había desaparecido!

Capítulo 5

LA COMPAÑÍA DE LAS AGUAS



Los ojos de Sherlock centellearon en la tranquila penumbra de la Shackleton Coffee House. Tal vez acabábamos de encontrar la manera de deshacernos del aburrimiento de nuestro día.

—Se lo ruego, señor Grinsted, siga contando —dijo mi agudo amigo en tono cortés.

—¿De verdad queréis oír mi historia? —se asombró Grinsted, que probablemente esperaba mucha mayor incredulidad por nuestra parte.

—Por supuesto, nos interesa mucho —le aseguré.

—¿De verdad me creéis? —dijo el hombre, pasmado.

—¿Por qué no íbamos a hacerlo? —preguntó Arsène con una sonrisa embaucadora.

—¡Ah, gracias al cielo! ¡Me habría gustado que la policía hubiese sido tan amable! Pero no, esos dos me han amenazado con hacerme pasar la noche en chirona por hacerles perder el tiempo. *Borrachuzo*, me han llamado. Nunca me habían tratado tan indignamente. Y os aseguro que siempre he tenido el máximo respeto por las fuerzas del orden. Desde luego, no voy a cambiar mi idea sobre quienes nos protegen por dos manzanas podridas, pero debo decir que mi confianza en ellas en este momento…

Grinsted interrumpió su parrafada para beber otro sorbo de

manzanilla. En honor a la verdad, la reacción de la policía, a juzgar por el olor a ginebra que emanaba del hombre, era bastante comprensible. Por mucho que el encuadernador jurara que solo había bebido un trago de licor, su mal aliento decía otra cosa.

—Señor, está usted muy alterado ahora, a veces los ojos juegan malas pasadas. ¿Está seguro de lo que ha visto en el sótano? —pregunté, esperando no ofenderlo.

Grinsted alzó una mano en el aire y se llevó la otra al corazón.

—Le doy mi palabra, nunca he estado tan seguro de algo. El cadáver estaba rígido y parecía de cera. Lo recordaré mientras viva y estoy seguro de haber visto lo que he visto, ¡lo juro sobre la tumba de mi difunto padre, que el Señor omnipotente tenga en la gloria!

Después, como si hubiese puesto en aquel juramento todas las fuerzas que le quedaban, se dejó caer en un taburete y empezó a mirarse las manos apoyadas en la barra.

Mis amigos y yo cruzamos unas miradas rápidas. Arsène parecía bastante intrigado, mientras que Sherlock, tras el entusiasmo inicial, tenía una expresión escéptica. Yo los miré encogiéndome de hombros, como diciendo: «¿Tenemos algo mejor que hacer?».

—Ay… —suspiró Grinsted en aquel momento, con un leve respingo—. Claro que, entre el susto y el tratamiento indigno que he recibido, estaba tan nervioso y mortificado que a esos policías ni siquiera les he hablado del ingeniero de la Compañía de las Aguas.

—Perdone, ¿qué compañía? —preguntó Sherlock, poniéndose alerta.

—La Compañía de las Aguas —repitió Grinsted—. Se ocupan de todas las canalizaciones de la ciudad, o al menos eso me pareció entender.

—¿Sería tan amable de disculparnos un instante? —le preguntó Sherlock, que luego nos hizo una señal a Arsène y a mí de seguirlo hasta nuestra mesa favorita.

—¿Qué ocurre? —le pregunté en voz baja—. ¿Qué es lo que no te cuadra?

—La Compañía de las Aguas —respondió lacónico Sherlock.

—¿Qué pasa con ella? —le preguntó Arsène.

—Bueno, nada, salvo que es como tu Ministerio de Finanzas Nacionales: no existe. La moderna red de alcantarillado de Londres

fue construida en 1858. Antes de esa fecha, las aguas residuales se vertían directamente al Támesis, pero eso causaba epidemias de cólera y de otras enfermedades. Después, tras un infausto acontecimiento debido a la sequía y llamado «el gran hedor», que creo no necesita mayor explicación, el Parlamento autorizó la construcción de más de tres kilómetros de canalizaciones para permitir el vertido de los líquidos producidos por la población y para el aprovisionamiento hídrico.

—¿Cómo sabrá todas estas cosas? —me susurró Arsène.

Sherlock le dirigió una mueca cómicamente altanera y prosiguió:

—Lo realmente importante es que de ello se ocupó la Metropolitan Board of Works. La Compañía de las Aguas es una pura invención.

—¿Crees que se lo ha inventado todo, que de verdad es culpa del alcohol? —preguntó Arsène, desilusionado.

Yo sonreí, en cambio, y los ojos de Sherlock brillaron de complicidad.

—Está demasiado alterado para habérselo inventado y es bastante improbable que haya ideado una historia así para entretenimiento de tres chicos que están tomando chocolate —dije, razonando en voz alta—. Así que algo debe de haber ocurrido, por fuerza.

—Pero, entonces, ¿cómo ha podido hablar con el ingeniero de una empresa que no existe? —rebatió Arsène, e inmediatamente después sus facciones se distendieron por una comprensión instantánea—. ¡Pues claro! ¡No es invención suya, fue el supuesto ingeniero quien se inventó su identidad y esa fantasmagórica compañía!

—Diría que convendría tratar de descubrir algo más —propuse yo, y nuestro trío volvió compacto a la barra, donde Grinsted seguía inmóvil mirándose las manos, como si hubiesen sido las del céreo cadáver que, si se le daba crédito, había visto en el suelo del sótano.

—Señor Grinsted… —lo llamé para espabilarlo del sopor, pero no obtuve resultado.

—¡Señor Grinsted! —exclamó entonces Sherlock con voz estentórea. El hombre se sobresaltó y Arsène lo pilló al vuelo, evitándole una desastrosa caída del taburete.

Sin insinuar siquiera una excusa por haberlo asustado, Sherlock

se puso a acribillarlo a preguntas. Y así, entre mil digresiones y titubeos, Grinsted nos contó que dos semanas antes un ingeniero, un tal Jones o Johnson, había ido a verlo a su taller y le había pedido ver el sótano. Habían bajado juntos y el ingeniero se había puesto a dar golpecitos con los nudillos en las paredes, a tomar medidas con un metro y a menear la cabeza con disgusto. Grinsted le había pedido aclaraciones y el ingeniero le había hablado de un fallo de planificación, un problema estructural ligado a las tuberías del alcantarillado que pasaban por detrás de aquellas paredes. Entonces Grinsted había empezado a angustiarse y el otro no había hecho nada para mitigar su preocupación.

—¡Si no intervenimos pronto ocurrirá un desastre! —había dicho, y le había explicado que la única manera de evitar una pérdida de capacidad de los tubos enterrados, quisiera decir lo que quisiera decir aquello, era proceder a una serie de mediciones precisamente en aquel sótano, que por pura suerte estaba justo al lado del nudo vital de todas las canalizaciones de la Compañía de las Aguas. En apoyo de sus palabras, el ingeniero había airado delante de las narices del señor Grinsted un puñado de papeles formado por mapas y documentos con muchas pólizas y sellos. Grinsted, atemorizado por las maneras seguras del ingeniero, y cada vez más inquieto ante la idea de un desastre que habría podido llevarse por delante su taller y todo el barrio circundante, había accedido inmediatamente a poner su local a total disposición de la Compañía de las Aguas para que el ingeniero pudiese realizar sus importantísimas mediciones. El ingeniero le había explicado que tenía que utilizar aparatos modernos y muy delicados, razón por la cual durante dos semanas el encuadernador no podría poner el pie en aquel lugar, por ningún motivo.

«Para los ajenos al trabajo, el riesgo de hacer algún estropicio durante las mediciones y mandar todo al traste es altísimo», le había explicado el ingeniero, o eso al menos nos contó Grinsted.

—¿Y usted se lo creyó? —le preguntó Sherlock, alzando una ceja.

Toda aquella cháchara de problemas estructurales y nudos vitales me había parecido enseguida decididamente oscura y sin base, y mis amigos también pensaban así, a juzgar por sus expresiones. Incluso el camarero, que se mantenía discretamente

apartado, había puesto una cara poco convencida.

—Desde luego. Era una persona que sabía su oficio. Tendrían que haber oído cómo hablaba… ¡Como un libro impreso! —respondió Grinsted sin mostrar, por su parte, ni sombra de sospecha. Y añadió en voz baja—: Además, la Compañía de las Aguas me dio una suma que no dudaría en calificar de muy generosa. Por las molestias, se entiende.

—Por tanto, les dejó el sótano durante dos semanas —recapitulé yo.

—Sí. Me llevé trabajo a casa y permití que aquel importante ingeniero hiciera el suyo.

—¿Y lo vio alguna vez manos a la obra? —le preguntó Arsène.

—No.

—Por tanto, no sabe con precisión qué es lo que estaba haciendo.

—Oh, dudo que yo hubiera comprendido algo, por lo que decía era un trabajo muy difícil…

—¿Y no le ha contado estos hechos a nadie? —preguntó Sherlock.

—No. El ingeniero me pidió encarecidamente que no dijera ni una palabra. Afirmó que era mi deber cívico callarme y soportar el peso de este secreto en soledad. Dijo que era por razones de orden público, para no provocar el pánico entre la gente ni atraer a curiosos que pudieran entorpecer su valioso trabajo. Y me aseguró que me explicaría bien todo al término de la intervención, pero que mientras tanto no había ni un segundo que perder…

Grinsted parecía realmente persuadido de aquellas palabras y orgulloso de ser dueño de un sótano tan esencial para la salvación de todo el barrio, pese a ignorar la naturaleza de aquel letal peligro subterráneo.

—Sin embargo, ahora usted ha contravenido lo que se había acordado y ha vuelto, ¿verdad? —lo acució Sherlock.

El encuadernador, acorralado, se sonrojó y se desinfló un poco.

—Bueno, sé que no ha sido algo que esté bien por mi parte… Pero esta mañana estaba encuadernando un libro un poco complicado y me he dado cuenta de que me faltaba cierta espátula de hueso de un tamaño concreto…

—Así que ha vuelto para cogerla.

—Sí. He llamado al ingeniero desde lo alto de la escalera, pero no me ha respondido nadie. No podía volver a casa con las manos vacías, así que he pensado que, si bajaba con cuidado y cogía solo lo que me hacía falta, no haría nada malo…

—Así que ha bajado al sótano —quiso abreviar Arsène.

—Os juro que no lo habría hecho si no hubiera sido necesario. Pero mi cliente, el señor Willoughby, es muy estricto con los plazos…

—Y ha sido entonces cuando ha visto al muerto —atajó Sherlock.

—Eso es —confirmó el encuadernador, asintiendo vigorosamente con la cabeza—. ¡Creedme, había un muerto, estaba allí mismo, en el suelo!

—Y ni rastro del ingeniero.

—Pues no. Ni rastro.

Sherlock, Arsène y yo cruzamos una mirada de entendimiento.

—¿Qué le parece, señor Grinsted, si nos lleva a ver ese sótano suyo tan singular? —le pidió Sherlock con una sonrisa afilada que anunciaba la desaparición de cualquier traza de aburrimiento en su mente.

Capítulo 6

INSPECCIÓN CON SORPRESA

—Hum, no sé… —dijo Grinsted, de repente reacio.

Sherlock contuvo un silbido de impaciencia. Yo lo miraba disimuladamente, sonriendo. Cuando mi amigo olía algo interesante, era como el más implacable de los sabuesos. Imposible desviarlo del rastro.

—Podemos ayudarlo —intervino Arsène—. Todavía no nos hemos presentado, discúlpenos. Yo soy Arsène Lupin y mis amigos aquí presentes son Sherlock Holmes e Irene Adler, y… Nos crea o no, tenemos cierta experiencia en misterios ¡y no solemos precipitarnos a sacar conclusiones erróneas, como los señores de Scotland Yard!

Grinsted nos miró a los tres abriendo mucho los ojos, que fijó en mí durante más tiempo del que dedicó a los otros dos.

—Ejem… es que… —balbució, dirigiéndose a Sherlock y Arsène — se trata de un homicidio, comprended que no quiera involucrar a una señorita. Las chicas son muy impresionables, no me gustaría que quedara turbada…

Fue mi turno de desorbitar los ojos. Una chica impresionable, ¿yo? Pero ¿con quién creía que estaba hablando?

Arsène soltó una tosecilla, escondiendo la carcajada detrás de la palma de la mano, y yo le lancé una mirada furiosa.

—Le aseguro que la señorita está perfectamente acostumbrada a situaciones, digamos, movidas —le garantizó Sherlock, y por un momento sentí el deseo de darle un beso en la mejilla.

—Sí, pero no deja de tratarse de un cadáver…

—Pero el cadáver ha desaparecido, por lo que, si visitamos su sótano, Irene no verá nada inconveniente —repuso Arsène, conciliador.

—Bueno, no te falta razón, pero…

—Y además, el papel de la señorita Irene es fundamental en nuestro equipo —prosiguió Arsène, y pensé automáticamente que tendría que haber reservado un beso también para él, pero justo después, dándome un resto de lapicero, añadió—: Si no, ¿quién tomaría notas?

Le pisé un pie como protesta, pero, puesto que el señor Grinsted asentía como si fuese un motivo más que sensato para no dejarme fuera de la investigación, saqué del bolsillo la libreta damasquinada y, con una sonrisa forzada, se la enseñé junto con el lapicero.

Grinsted, tras un último titubeo de indecisión, accedió a llevarnos a su sótano.

—¿Está completamente seguro de que no se trata de la broma pesada de algún amigo burlón? —le preguntó Arsène mientras caminábamos hacia nuestro destino.

—Lo estoy, ¡tan seguro como de llamarme John Grinsted! Tengo pocos amigos y son todos gente sin pájaros en la cabeza — respondió el encuadernador repitiendo el gesto del juramento antes de abrirnos la puerta de su taller.

El local era modesto pero estaba bien iluminado, abarrotado de máquinas de madera y superficies de trabajo.

Había una gran prensa, una especie de telar y multitud de pequeños útiles para encuadernar libros cuya existencia jamás había

imaginado. Contra la pared del fondo estaba adosada una gran librería, cubierta por una cortina polvorienta, en la que se amontonaban materiales y trabajos terminados. Junto a la librería, una puertecita de madera entreabierta dejaba ver una escalera que se hundía en la oscuridad.

Grinsted se detuvo delante de ella, retorciéndose las manos.

—Ya hemos llegado… —dijo señalando la escalera—, al sótano se va por ahí.

Parecía, sin embargo, que no se resolvía a descender, así que Arsène lo precedió tras coger una lámpara de aceite del banco de trabajo.

—Con permiso.

—Pasa… —dijo el hombre, aliviado por que se adelantara otro.

Sherlock siguió a Arsène y yo estaba a punto de hacer lo mismo cuando Grinsted, tal vez avergonzado por el hecho de tener menos valor que una muchacha, se plantó delante de mí con una torpe media reverencia y dijo:

—Si me permites, voy por delante. Pon atención al bajar, estos peldaños son muy viejos y están desgastados.

Yo esbocé una sonrisa y lo seguí. El sótano era un espacio angosto, un minúsculo cuarto cuadrado con un par de viejos armarios pegados a las paredes. Cuando llegué a él, vi a Sherlock mirando febrilmente en torno suyo en busca de pistas.

—¿Nos puede indicar dónde se encontraba el cadáver? —le pidió a Grinsted.

—Estaba aquí —respondió el hombre, señalando un punto en el suelo de piedra, justo en el centro del sótano.

Sherlock se arrodilló y Arsène y yo lo imitamos.

—Alumbra aquí —solicitó Sherlock señalando el suelo y Arsène acercó la lámpara—. Nada de sangre, ni una señal que haga pensar en una muerte violenta —dijo, observando la superficie limpia—. Señor Grinsted, ¿recuerda en qué postura estaba el cadáver?

—Hum, sí…

—¿Podría indicárnosla?

Grinsted, tras un momento de duda, alzó los brazos y una pierna en lo que parecía la imitación de un jeroglífico egipcio.

—¡No, así no, aquí en el suelo! —bufó Sherlock, impaciente.

—¡¿En el suelo?! —replicó Grinsted, haciendo un gesto

supersticioso.

Pero la mirada de Sherlock podía ser verdaderamente convincente, así que el encuadernador, suspirando, se tumbó en el suelo y adoptó una postura descompuesta. Sherlock lo observó con satisfacción, poniéndose en pie y mirándolo desde arriba.

—¿Vio signos de lucha en el cuerpo? Una herida o alguna alteración evidente, como una fractura de cráneo…

—Brrr… ¡no digas esas cosas! —exclamó Grinsted, y se incorporó—. ¡Podría impresionar a la señorita! Por cierto, ¿no tenía que tomar notas?

Se me escapó un suspiro, agarré el cuaderno y garabateé alguna información sobre el caso solo para contentarlo.

Mientras, el encuadernador había continuado respondiendo a las preguntas de Sherlock, explicando que no, no había visto ninguna señal que aclarara la causa de la muerte. Reconoció, no obstante, que no se había acercado demasiado debido al susto.

—He corrido enseguida a la policía y cuando he vuelto… —Y terminó la frase con un gesto de los brazos, como indicando que había encontrado el sótano tal cual lo veíamos ahora.

Pero Sherlock, entretanto, había dejado de escucharlo y estaba observando atentamente algo en el suelo, a poca distancia del punto en que Grinsted había apoyado la cabeza poco antes, cuando nos había mostrado la posición del cadáver. Arsène acercó la lámpara a aquel punto y Sherlock tocó una pequeña mancha de una losa del pavimento.

—¿Qué es? —pregunté. A la luz de la lámpara parecía una gotita de un brillante color azul.

Sherlock me hizo seña de aguardar un instante y preguntó:

—Señor Grinsted, ¿por casualidad hace usted pequeñas restauraciones?

—¿Restauraciones? ¿De qué clase?

—De cuadros, por ejemplo.

—No, ¿por qué me lo preguntas?

Sherlock señaló la mancha.

—Es una gota de pintura al óleo. ¿Acaso es un material que use alguna vez en su trabajo?

Grinsted se agachó para observar de cerca la manchita.

—No, no he utilizado el óleo en mi vida…

—¿Y este sótano es suyo desde hace mucho tiempo?

—Era de mi padre antes de mí, y de mi abuelo antes de él.

—¿Y ninguno de ellos era pintor?

—No. Siempre hemos sido encuadernadores —contestó Grinsted —. A lo mejor uno de los endemoniados aparatos del tipo de la Compañía de las Aguas necesitaba pintura al óleo para funcionar. ¡Hoy se inventan las máquinas más raras, creedme!

Sherlock resopló por su nariz afilada, irritado ante aquella respuesta estúpida. Mientras, Arsène había continuado la inspección y en aquel momento observaba uno de los dos maltrechos armarios.

—Mirad aquí —dijo, señalando unas marcas en el suelo. En el lado izquierdo del armario se veía un semicírculo, como si el armario hubiese sido movido arrastrándolo con brusquedad sobre las losas sin preocuparse por vaciarlo.

—¿Ha movido recientemente el armario? —le pregunté, escribiendo en el cuaderno para seguir con la escenificación de mi papel.

—No. Quizá lo moviera el ingeniero…

Arsène lanzó una mirada de entendimiento a Sherlock y los dos alzaron el armario y lo desplazaron a un lado.

—¡¿Y esto?! —preguntó Arsène, asombrado.

Bajo el armario había una trampilla.

—¡Ah, una cosa vieja, de hace cien años! —exclamó Grinsted, descartando aquello con un gesto de la mano—. ¡Ni siquiera me acordaba de ella! Pero no encontrarán más que ratones muertos, se lo aseguro…

—¿Y si el cadáver estuviera ahí? —pregunté yo, y fue como si una capa de hielo cayera sobre el sótano.

—Ejem… dices que tal vez… —balbució Grinsted, mucho menos bravucón.

—Bueno, solo hay una forma de saberlo —declaró Arsène, que abrió la trampilla de un tirón hacia arriba.

Cuando miré dentro, solté un suspiro que había contenido sin darme cuenta. No había ningún cadáver a la vista, solo una escalera de mano sujeta al muro y que se perdía en la oscuridad.

—¿Bajamos a ver? —propuso Arsène.

—Ejem, yo diría que no conviene —intervino Grinsted.

—Pero… ¡señor Grinsted! ¿No quiere descubrir lo que ha

sucedido aquí dentro? —pregunté yo, estupefacta.

—Francamente, no sé qué creéis que vais a encontrar ahí abajo. No pensaréis que el cadáver ha huido por la trampilla…

—A lo mejor, sin embargo, sí lo ha hecho el asesino —rebatí.

Sherlock negó con la cabeza y comentó:

—En ese caso habríamos encontrado el armario movido.

—Bueno, entonces quizá sea mejor dejarlo correr —propuso Grinsted, palmeándose las rodillas con ambas manos—. Es casi hora de comer y yo tengo muchas cosas que hacer. Seguro que también vosotros tendréis compromisos más importantes…

—¿Más importantes que descubrir la verdad sobre un homicidio? —preguntó Sherlock, incrédulo.

—No veo, sinceramente, cómo podríamos descubrirla —dijo Grinsted, empujándonos hacia la escalera con repentina prisa—. Además, después de la mañana que he pasado, no quisiera tener más líos con la policía. Soy un ciudadano honrado, ya ha sido bastante humillante oír llamarme esas cosas a dos agentes de Scotland Yard. Y ahora, si me perdonáis…

Grinsted nos había conducido hasta la puerta de su taller. Nos miramos perplejos, pero no teníamos más pretextos para insistir, así que salimos y vimos cómo cerraba con llave la puerta del establecimiento.

—Si me disculpáis, tengo que marcharme sin falta —dijo Grinsted con cierta urgencia en la voz.

Lo miramos mientras se alejaba a buen paso, como si algo lo hubiera puesto a la defensiva o como si de repente hubiese recordado un compromiso importante.

—¿Soy el único que piensa que nos está escondiendo algo? —preguntó Arsène con una sonrisa escéptica.

Capítulo 7

UN COMPORTAMIENTO SOSPECHOSO

Aquel cambio de comportamiento por parte de Grinsted nos puso alerta enseguida. ¿Lo habría causado el descubrimiento de la trampilla bajo el armario? Quizá el encuadernador no nos había contado toda la verdad sobre el extraño homicidio acaecido en su sótano. Después de todo, a falta de cadáver, solo podíamos basarnos en lo que habíamos visto con nuestros propios ojos. Que, lamentablemente, no era mucho: un viejo sótano, una mancha de pintura al óleo y una trampilla que conducía quién sabía adónde, pero que no habíamos podido explorar.

—¿Creéis que es porque hemos encontrado la trampilla? —pregunté pensativa—. Tal vez la utiliza para algo turbio y tenía miedo de que lo averiguáramos…

—Pero, entonces, ¿por qué llevarnos a ver el sótano y correr el riesgo de que lo descubriéramos? —contestó Sherlock.

Arsène levantó ambas manos para interrumpir de raíz nuestro debate y dijo:

—En mi opinión solo podemos hacer algo, y hacerlo inmediatamente.

—¿El qué? —quise saber.

—Un buen seguimiento —respondió Arsène, y salió disparado.

Grinsted había doblado a la derecha y acababa de salir de nuestro campo de visión, Arsène se dirigió con seguridad en aquella dirección. Era casi mediodía y la ciudad hervía de personas. Entre los transeúntes de las aceras y los carruajes que circulaban, no era difícil pasar desapercibidos, pero teníamos que ir con mucho cuidado, porque a cada esquina nos arriesgábamos a perder de vista a nuestro hombre. El encuadernador se movía con paso decidido y rápido, como si tuviese mucha prisa en llegar a algún sitio.

—¿Creéis que lo hemos puesto sobre aviso por algún motivo? —les pregunté a mis amigos sin quitarle los ojos de encima.

—Tal vez se haya asustado ante la idea de que la policía pudiera volver a su sótano —aventuró Arsène—, quizá temiera que mencionaríamos la trampilla.

—Todo esto no tiene sentido —rezongó Sherlock—. ¿Por qué iba a llevarnos allí para luego echarnos tan bruscamente?

—A lo mejor es que de verdad estaba muy borracho y se olvidó de la trampilla, obsesionado por el asunto del cadáver —supuse—, pero luego, cuando la hemos encontrado, ha recuperado la sobriedad por los nervios y ha comprendido que había dado un paso en falso.

—Eso si queremos creer que la trampilla y el cadáver no tienen ninguna relación entre sí —observó Sherlock.

—¿Y la tienen, según tú?

—Pensadlo, tenemos un supuesto ingeniero de una empresa inexistente, un cadáver y una trampilla. Estos tres elementos tienen que estar relacionados a la fuerza.

—O bien es pura casualidad —rebatió Arsène.

—La casualidad es a menudo una forma de definir una relación de causa-efecto por parte de quienes no saben observar atentamente —rebatió Sherlock con sequedad.

Arsène se encogió de hombros, nos miró a ambos con una sonrisa maliciosa y respondió:

—¡Que sí! A fin de cuentas, ¿tenemos algo mejor que hacer?

Iba a darle la razón a mi amigo, pero mis palabras se convirtieron en un grito ahogado. Grinsted acababa de bajar de la acera sin mirar justo cuando un carruaje rodaba en su dirección a

toda velocidad. Se produjo un alboroto de voces humanas, relinchos y ruedas arañando el adoquinado. Yo cerré los ojos instintivamente, esperando oír un ruido horrible de huesos rotos. Pero todo lo que llegó a mis oídos fue un sonoro:

—¡Imbécil, a ver si miras por dónde vas!

Reabrí los ojos y, entre las figuras de los transeúntes que atestaban las aceras, distinguí a Grinsted, con la cabeza metida entre los hombros y farfullando excusas mientras se apresuraba a ponerse a salvo en la acera de enfrente.

—¡Tiene auténtica prisa! —comentó Arsène, abriéndose paso entre los curiosos que se habían agolpado en el momento del evitado accidente y que ahora se desparramaban en todas direcciones. Cuando también nosotros llegamos al otro lado de la calle, Grinsted había desaparecido.

—¡Maldición! —exclamó Sherlock.

Miramos alrededor febrilmente. Por todas partes, en nuestro campo visual, había rostros en movimiento, pero ninguno era el que nos interesaba. Cuando estaba a punto de rendirme, vi asomar una cabeza despeinada por encima de una tapia, en un callejón apartado.

—¡Por ahí! —señalé a mis amigos, y volvimos a seguir con tenacidad la estela de Grinsted. Ya habíamos dejado atrás las tranquilizadoras calles de las inmediaciones de la Shackleton Coffee House y nos habíamos adentrado en un zona de mala fama. Corrillos de ociosos poblaban las escaleritas de viviendas de aspecto humilde y algunos de ellos nos miraron de pies a cabeza de una manera que no me gustó nada. Arsène se dio cuenta y se puso a mi lado, hinchando el pecho. Su actitud protectora y un poco fanfarrona me arrancó una sonrisa.

Mientras, Grinsted había acelerado más su paso y, cuando dobló la enésima esquina, apenas llegamos a tiempo para verlo abrir la puerta de un mesón con el letrero desconchado.

—Hog's Head —leyó Arsène—. Un lugar con clase, ¿eh?

—¡Ya era hora, Grinsted! Todavía queda algo para ti, llegas justo a tiempo —dijo una voz ronca y cortante dentro, entre el griterío de los demás parroquianos.

Nos acercamos cautelosamente y atisbamos por el cristal. Y entonces vimos, para gran consternación nuestra, lo que Grinsted

había ido a buscar en aquel lugar vulgar y fétido, dejando a medias una investigación sobre un misterioso homicidio en su sótano y arriesgándose incluso a ser arrollado por un carruaje.

El hombre estaba sentado a una mesa y miraba con concupiscencia un plato humeante lleno de lo que parecía estofado de salchichas y patatas.

—Ya que estamos aquí… —dijo Arsène, que entró antes de que pudiera detenerlo.

Sherlock y yo lo seguimos. Traté de ignorar las miradas de los clientes, pero digamos que no eran, desde luego, el tipo de compañía que una señorita de buena familia, por aventurera y desenvuelta que sea, quiera a su lado.

—¡Señor Grinsted! Pero ¿qué hace aquí? —le preguntó Arsène, jovial, haciéndose el tonto.

—¡¿Vosotros?! —exclamó Grinsted con la boca completamente llena.

—Menuda casualidad, a veces tienen lugar encuentros fortuitos que uno ni se imagina… —comentó Sherlock, siguiéndole el juego a Arsène.

—Si hubiésemos sabido que usted también tenía intención de venir aquí, habríamos hecho juntos el camino —añadí yo para rematar.

—Nunca os había visto por estos lugares —se entrometió el mesonero, mirándonos mal. Me di cuenta de que era bizco y tenía los ojos colocados al tuntún en la cara, uno más arriba que el otro.

—Hemos oído hablar muy bien de sus salchichas —dijo Sherlock, olfateando el aire—. De las de salvia, para ser preciso.

El mesonero se rio.

—¡Ah, pues para esas llegáis tarde! Se venden como rosquillas, o llegáis a mediodía en punto u os quedáis sin ellas. El último plato se lo ha adjudicado el viejo Grinsted.

¡Así que el encuadernador había salido corriendo de aquel modo sospechoso para ir a atiborrarse de salchichas!

—Me han dicho que están *de muerte*… —comentó Arsène, aludiendo al evitado accidente de antes.

—Me las trae mi primo de Lincolnshire, solo los sábados. Tendréis que esperar a la semana que viene.

—No faltaremos —aseguró Arsène, cordialmente—. Y puesto

que ya estamos aquí, ¿qué me dice del resto del menú?

Efectivamente, era la hora de la comida y, después de hacer aquella escena, no podíamos irnos con el estómago vacío. Así que pedimos *shepherd pie* y encurtidos para los tres y comimos con ganas. Grinsted había resultado ser un sujeto decididamente poco fiable en un montón de aspectos, pero su paladar era una excepción. Aquel mesonero de ojos descolocados como una jugada de dados desafortunada sabía lo suyo de cocina.

—¿Y ahora? —preguntó Arsène, mojando un trozo de pan crujiente en lo que quedaba de la densa salsa de carne y verduras en su plato.

—Y ahora tendríamos que inventarnos algo para pasar la tarde —respondió Sherlock, pero en su rostro no quedaba ni rastro de la indolencia de aquella mañana.

—¿Y el caso? ¿Lo abandonamos así? —pregunté, segura de que tenía algo en mente y con curiosidad por saber el qué.

—Solo por hoy —dijo Sherlock—. Mañana es domingo y, si alguien fuese tan amable de usar sus *llaves especiales* para abrirnos cierta puerta, podríamos seguir adelante con la investigación sin ser molestados…

Arsène se rio con malicia, aceptando el reto. No hacían falta más palabras, estaba decidido. Al día siguiente nos colaríamos en el taller de Grinsted.

Después de quedar con mis amigos para la mañana siguiente volví a casa y encontré angustiado a Leopold. Conocía perfectamente el motivo, pero, en vez de sentirme culpable, experimenté un arrebato de rebelión e intolerancia.

—Te esperaba para comer —dijo Leopold.

—He comido con Sherlock y Arsène —respondí, seca.

—Irene, me alegra que tengas a dos amigos tan buenos, pero debes entender que no puedes entrar y salir de esta casa sin avisar y sin respetar los horarios.

—Lo siento. Así que te aviso ahora mismo para mañana. Iré a comer a casa de Holmes, me han invitado hace un rato.

Me arrepentí enseguida de lo que había dicho. Tanto por el tono como por la mentira. La verdad es que entre Leopold y yo se estaba produciendo en aquellos días una ruptura que no creía posible y yo era la primera sorprendida. Él siempre había sido mi adorado padre

y descubrir que no era realmente hija suya había sido un golpe, pero no había menoscabado el cariño que le tenía. Y, para reconocerle debidamente sus méritos, debo decir que siempre había sido muy paciente y permisivo, intuyendo mi necesidad de libertad y comprendiendo que cualquier intento de refrenar mi temperamento aventurero me habría hecho sufrir. Pero todas las preguntas sobre mi pasado, sobre Sophie y sobre mi agobiante familia de origen, estaban cavando un profundo surco entre nosotros, y en aquel momento tuve la terrible sensación de que las cosas no volverían a ser como antes. Por un instante sopesé la posibilidad de arrojarme a sus brazos, pedirle perdón y dejarme acunar por su gentil abrazo y su tranquilizador olor a colonia. Pero me daba demasiada vergüenza aquel pequeño estallido de rebelión y corrí escalera arriba para encerrarme en mi cuarto, del que no salí hasta la cena. Leopold no volvió sobre el tema, es más, me concedió permiso para ir a comer a casa de Holmes, y eso hizo que me sintiera aún más ingrata.

Si pudiera retroceder ahora hasta aquellos momentos de vida familiar, trataría de saborearlos al máximo. Hablaría con Leopold, le pediría perdón por no ser buena hija a veces, porque ciertamente él fue un excelente padre. Estaría más tiempo con él en el salón, pulsando las teclas del piano. Observaría con atención la belleza de la luz que penetraba entre las gruesas cortinas de la casa, irrumpiendo como una cuchilla desde las altas ventanas y cortando en dos el suelo y las preciadas alfombras.

Siempre me ha costado estarme quieta en un lugar; solía tener que moverme constantemente para sentirme viva. Pero ahora, después de haber vivido muchos años de embriagadora intensidad, me doy cuenta de que aquellos lugares que a menudo me resultaban reducidos son islas de paz ancladas en mi memoria, puertos seguros a los cuales desearía desesperadamente volver.

Capítulo 8

BAJO LAS CALLES DE LONDRES

A la mañana siguiente me presenté temprano a la cita con mis amigos en la Shackleton Coffee House. Ni Holmes ni Lupin habían llegado aún, pero era comprensible: yo había salido muy pronto por temor a que Leopold, en vista de mis intemperancias del día anterior, decidiera retirarme el permiso de salir. Horace, al dejarme en el lugar de la cita, me había hecho mil recomendaciones, y yo me había mostrado acomodaticia, pero sin excesos, por miedo a que una palabra de más pudiera traicionarme.

En la *coffee house* me senté a la mesa de costumbre y pedí un té negro Darjeeling, con una gota de leche. Me lo bebí despacio, saboreando el gusto intenso y afrutado. Solo ahora comprendo de verdad cuánto me gustaban aquellos momentos de espera cargados de anticipaciones por la aventura que viviríamos. Y uno de los mejores ingredientes de todo aquello era el secreto. Sherlock, Lupin y yo compartíamos algo que ni siquiera imaginaba el resto del mundo a nuestro alrededor. Así que, aquella mañana, quien hubiese entrado en la Shackleton Coffee House habría visto a una chiquilla que, atrevidamente, bebía te en completa soledad. Pero aquello no era más que la superficie.

«¡Ah, si supieran ustedes!», me habría gustado decirle al

camarero y a los pocos clientes presentes. Pero no, ciertos secretos adquirían valor justamente por el hecho de ser compartidos solo con quienes los compartían.

—¿A qué debemos esa sonrisa? —preguntó Arsène con una mueca pícara mientras se acercaba con Sherlock a nuestra mesa favorita.

—Oh, a nada. Solo estaba pensando que nos espera un día lleno de sorpresas —respondí yo poniéndome en pie.

—Como siempre, ¿no? —repuso él, y me guiñó un ojo.

—Venga, vayamos —cortó en seco Sherlock, siempre tan práctico. Vi que llevaba un macuto al hombro, pero no le pedí ninguna explicación.

Nos aproximamos con cautela al taller de Grinsted. Como habíamos imaginado, estaba cerrado. Atisbamos por la ventana. Dentro todo parecía tranquilo. También los demás negocios de la calle, en día de descanso, estaban vacíos. Una ganzúa brilló en la mano de Lupin.

—Hacedme de vigías —dijo, y Holmes y yo nos apostamos en extremos opuestos de la calle. Por mi lado no venía nadie y le hice una señal a Arsène de que procediera. Lo mismo hizo Sherlock, y nuestro amigo se puso a trajinar en la cerradura del establecimiento. Mi mirada se disparaba en todas direcciones y mi corazón había acelerado los latidos. Si nos descubrían sería difícil salir bien librados. A saber lo que habría dicho Leopold si la policía se presentaba en nuestra casa para referirle que su adorada hija había cometido una infracción, la de allanar el taller de un encuadernador…

—¡Ya está! —anunció Arsène, y abrió la puerta.

Sherlock y yo, después de echar una última ojeada para asegurarnos de que nadie nos veía, nos apresuramos a seguirlo al interior del establecimiento.

Todo estaba igual que como lo habíamos visto el día anterior. Arsène, por seguridad, cerró la puerta detrás de nosotros. Sherlock dejó el macuto en el banco de trabajo y sacó de él una lámpara de minero.

—He pensado que podía sernos útil en nuestra exploración —dijo mientras la encendía.

Sin más demora, bajamos al sótano. Mis dos amigos se pusieron

a los lados del armario que tapaba la trampilla y lo movieron tal como habían hecho el día anterior. Allí estaba, lista para conducirnos a los subterráneos de Londres.

—Esperemos que no sea solamente el acceso a otro inútil cuarto polvoriento —dije.

—Solo hay un modo de descubrirlo —respondió Sherlock abriéndola y desapareciendo en su interior, travesaño a travesaño.

Arsène, en una burlona imitación de galantería, me hizo una señal de adelantarme a él y yo le correspondí con una media inclinación fingidamente ceremoniosa.

Nos encontramos en un estrecho túnel que torcía hacia la oscuridad. Sosteniendo la lámpara de minero delante de él, Sherlock fue abriendo camino. Pronto terminamos en una galería más amplia de la que salían otros túneles.

—¡Increíble! —exclamé, y mi voz retumbó entre las paredes de ladrillo produciendo un leve eco—. ¿Alguna vez se os ha pasado por la cabeza que pudiera haber algo así bajo la ciudad?

—A decir verdad, sí —contestó Arsène—, pero creía que solo era una leyenda que circula… en fin, en ambientes no del todo recomendables. Supongo que más de un sujeto con intenciones no muy claras habrá aprovechado estas galerías…

—Parece un laberinto —observé—, ¿cómo haremos para no perdernos? ¡Nos haría falta el hilo de Ariadna!

—No es un hilo, pero he pensado que podría venirnos bien —intervino Sherlock, y sacó del bolsillo una tiza con la que dibujó una flecha en la pared junto a él.

Sonreí. ¿Cómo había podido pensar que Holmes no estaría perfectamente equipado para aquella exploración?

—Según vosotros, ¿los arqueólogos que han explorado la pirámide de Keops se habrán sentido así? —pregunté. Recientemente había leído la noticia del hallazgo de una cámara secreta en la pirámide de Keops a cargo de un ingeniero británico y aquella extraña situación me lo había hecho recordar.

—Esperemos que no haya momias ni airadas divinidades antiguas… —bromeó Arsène, pero Sherlock nos hizo una seña de callarnos.

Los tres nos quedamos inmóviles. Un ruido cadencioso y continuo repiqueteaba a poca distancia.

—¿Serán pasos? —susurré a la luz de la lámpara.

Las caras de mis amigos, en el cono de luz, parecían más caras hieráticas, en tensión para percibir hasta el menor signo de la presencia de alguien más en aquellas galerías.

Después, Sherlock avanzó apresuradamente tras marcar la dirección con tiza y hacernos una señal de seguirlo. Pasados un par de recodos, nos indicó una grieta en el techo de una de las galerías, de la cual caía un goteo de agua.

—¡Y yo que pensaba que era un fantasma! —bromeó Arsène.

—¿Qué creéis vosotros, que el misterioso ingeniero estaba interesado en estas galerías? —pregunté yo, haciendo caso omiso de un escalofrío que, pese a que hubiésemos descubierto la inofensiva fuente del ruido, me había corrido por la espina dorsal.

Sherlock asintió con la cabeza y añadió:

—Mi pregunta es: ¿por qué?

—Quizá buscaba algo…

Sherlock, como asaltado por una intuición repentina, nos ordenó bruscamente:

—¡Seguidme!

Arsène y yo estábamos acostumbrados para entonces a esos arranques súbitos y obedecimos sin hacer preguntas. Total, no habría contestado, demasiado ocupado en seguir una pista que solo él había localizado. Rehízo sus pasos hasta la escalera de mano y, dando la espalda a esta, se puso a inspeccionar palmo a palmo la pared a su derecha, iluminándola con la lámpara.

—¡Lo he encontrado! —exclamó de pronto, señalando una marca en la pared. Parecía una muesca hecha con un cincel u otro instrumento puntiagudo.

—¿Cómo no lo he pensado enseguida? ¡También nuestro ingeniero debe de haber usado su personal hilo de Ariadna! —explicó, señalando la incisión de la pared.

Como prueba de lo acertado de su intuición, encontramos más muescas a distancias regulares que indicaban la dirección recodo tras recodo. Estábamos tan concentrados en aquel electrizante descubrimiento que tardamos en percibir el leve ruido, seco y constante, que se acercaba a nosotros. El primero en oírlo fue Arsène, y nos hizo un gesto para que nos detuviéramos. Nos quedamos en completo silencio y también cesó el ruido. Solo se oía

una vaga corriente gélida que soplaba por los túneles.

—¿Pensáis que es otra gotera? —pregunté en un susurro.

—Parecían pasos —murmuró Arsène.

La situación me estaba poniendo mucho más nerviosa de lo que quería mostrar. Podía ser el supuesto ingeniero o bien uno de los tipejos poco recomendables mencionados por Lupin poco antes. O bien podía ser… Sacudí la cabeza para borrar las imágenes de fantasmas, momias y otras bobadas que mi febril fantasía, animada por mis eclécticas lecturas, me sugería.

Noté que también Sherlock y Arsène estaban de todo menos tranquilos, a juzgar por la postura defensiva que habían adoptado.

—Sostén la lámpara —me dijo Holmes, y yo obedecí.

Él alzó los puños a la altura de la cara, como preparándose para enfrentarse a un enemigo invisible. También Arsène parecía listo para luchar. Sopesé la lámpara. En el peor de los casos, en un enfrentamiento peligroso, podría golpearle en la cabeza al potencial agresor… Pero correría el riesgo de apagarla y nos encontraríamos en la oscuridad más absoluta.

Algo rodó repiqueteando por el túnel, a nuestra derecha. Arsène le indicó a Sherlock que lo siguiera. Me habría gustado decirles «¡No me dejéis atrás!», pero desde luego no podía quedar como una señorita asustadiza. Mis pies, sin embargo, no querían despegarse del suelo, así que me retrasé unos pasos, sosteniendo la lámpara para iluminar todo lo posible el espacio circundante. Y, de repente, noté que me tocaban el hombro.

Con un salto y un grito, me volví de sopetón. Un rostro me miraba, iluminado por el claroscuro de la lámpara, que trazaba un arco de luz trémulo a mi alrededor.

—¡Irene! —exclamó Sherlock, y oí retroceder sus pisadas y las de Arsène.

En el rostro desconocido se dibujó una gran sonrisa de duende y una mano se alargó rápida hacia mí. Antes de que pudiera hacer nada, la mano se apoderó de la lámpara y la desasió de mi agarre, débil por el susto.

En solo un instante, el duende se había quedado con la única fuente de luz de que disponíamos en aquella peligrosa exploración y había desaparecido.

—¿Estás bien? —me preguntó Sherlock, y sentí sus dedos largos

y finos apretándome la muñeca.

—Sí, estoy bien —respondí, pero no era totalmente cierto.

Estábamos a oscuras, bajo tierra. No estábamos solos y no sabíamos cómo encontrar la salida.

Capítulo 9

UN DESAFÍO EN LA OSCURIDAD

—¡Por aquí! —exclamó Arsène al cogerme de la mano, y echó a correr en la oscuridad.

Yo tropecé, pero agudicé todos mis sentidos para evitar caerme. La mano de Sherlock, mientras, se había cerrado alrededor de mi muñeca, con lo que acabamos avanzando agarrados el uno al otro.

—¡Arsène! ¡Nos vamos a perder! —le grité yo.

—¡Ya estamos perdidos! —respondió él, tan tranquilo—. Pero todavía tenemos una oportunidad si guardamos silencio.

—La de seguir el ruido de los pasos —confirmó Sherlock, entrelazando los dedos con los míos.

Delante de nosotros, en la oscuridad, los zapatos del ladronzuelo resonaban en el suelo de las galerías. El que me había parecido un duende, pero que no era más que un simple chaval, había abandonado por completo sus movimientos furtivos de poco antes y corría sin ningún sigilo, quizá por miedo a que lo atrapáramos o por

la euforia de habernos burlado tan fácilmente.

Mis ojos no veían nada y me aferraba a aquel ruido de pasos tanto como a las manos de mis amigos, denodadamente, con la esperanza de no quedarme sola en la oscuridad.

—¡Mirad! —exclamó Arsène de repente.

Al principio no comprendí, luego vi un tenue, lejano resplandor.

¡La lámpara!

En respuesta a aquella exhortación, los pasos del ladronzuelo resonaron aún más cercanos, pero desacompasados. Nosotros, en cambio, guiados por Arsène, que se movía en aquella oscuridad con la seguridad de un gato, íbamos ganando terreno. El débil resplandor se transformó en un lejano cono de luz y luego en un haz intenso que dibujaba grandes sombras en las paredes de las galerías.

—¡Quieto! —gritó Sherlock.

—¡Nunca! —respondió el pilluelo con voz aguda y un poco asustada.

Me llamé tonta. ¿Cómo había podido tomarme el pelo un niño? Porque mi duende maléfico era eso, un niño. Un ladronzuelo que nos había gastado una broma horrible y peligrosa, pero que no dejaba de ser un niño.

Ya veíamos su espalda a pocos metros por delante de nosotros.

—¡Devuélvenos la lámpara! —le gritó Arsène.

—También lo necesitamos a él —susurró Sherlock—, no conocemos el camino de vuelta.

Entretanto, el chiquillo intentaba de todas las formas posibles acelerar y despistarnos, pero ya estábamos encima de él. La lámpara que nos había robado lo hacía visible como un faro tras cada recodo y cada tentativa de esconderse detrás del enésimo muro. Habría sido más astuto apagarla y esfumarse por aquellas galerías que, seguro, conocía mejor que nosotros, pero comprendí, por sus pisadas afanadas y sus imprecaciones, que estaba demasiado agitado para pensar lúcidamente.

—¡Para! —le exigió Arsène cuando el chiquillo estaba a solo un brazo de distancia, tratando de agarrarlo por un hombro.

—¡No! —gritó el otro, que se arrojó hacia delante y cayó al suelo.

Se me cortó la respiración, temía que la lámpara se rompiera. Sin ella no seríamos capaces de volver a la trampilla.

La lámpara rodó hasta dar contra la pared, pero no se rompió. Siguió proyectando su luz danzarina sobre las paredes del angosto túnel y pude verle la cara a nuestro asaltante. Tendría doce años como mucho, y su rostro, de tez oscura, se deformaba con una mueca de rabia.

—No os acerquéis —dijo, recogiendo la lámpara rápidamente y llevándose una mano al bolsillo. Algo relampagueó a la luz de la lámpara. Era una navaja.

Arsène se rio.

—¿Y eso? —le preguntó mi amigo con aires de fanfarrón—. ¿Es para pelar patatas o sabes hacer algo más con ella?

El ladronzuelo lanzó una rápida ojeada a su propia arma y luego miró a Lupin, que no tenía nada en las manos pero sí aspecto de no estar nada impresionado, y contaba con su mayor envergadura. Mientras el pillo decidía si enfrentarse a él, Arsène hizo un movimiento brusco hacia delante y pisó fuerte como quien quiere espantar a un perro, y el chaval renunció al instante a toda intención belicosa para darse media vuelta de sopetón y correr hacia un túnel a su derecha.

Sherlock nos hizo un gesto con la cabeza en la dirección por la que había huido el ladronzuelo y Arsène asintió. Guiados por la lejana luz de la lámpara, lo seguimos.

Un resplandor mucho más fuerte que el de nuestra lámpara de minero apareció ante nuestros ojos pasados un par de recodos. Con gran estupor entramos en algo que parecía una gran estancia excavada en el subsuelo, iluminada por decenas de velas y llena de trastos de toda clase. Colchones sucios y cojines esparcidos por todas partes, cortinas lisas colgadas de cualquier manera que pendían del techo como viejas telarañas, pilas de objetos variopintos y de dudosa procedencia… Pero sobre todo chiquillos. Una docena al menos de niños entre los nueve y los trece años, acurrucados entre aquellos trastos, que nos miraban con enojo.

—¡Maldito seas, Lukas, los has traído aquí! —exclamó un pequeñín de aspecto feroz, con una vistosa costra en el labio.

Lukas, nuestro ladronzuelo, encorajinado por el hecho de estar en su territorio, había vuelto a blandir la navaja amenazadoramente con la mano derecha, mientras con la izquierda sostenía la lámpara.

—Tú los has traído aquí y tú los echas, ¿entendido? —dijo el

que parecía el mayor de la banda y, a juzgar por sus maneras, también el jefe. Tenía el pelo claro, muy corto, y la piel más blanca que había visto nunca. Consideré probable que no saliera nunca de aquel subterráneo y aquello me provocó un escalofrío. Estaba reclinado en una vieja otomana completamente coja, que habría sido llevada hasta allí quién sabía cómo y ahora le servía de trono, y nos miraba con la condescendencia de un rey.

—¡Claro, Fishbone, yo me encargo! —dijo Lukas hinchando el pecho. Pero, mientras, seguía girando nerviosamente la navaja en la mano.

—¿Y qué tienes intención de hacer? —le preguntó Arsène—. Somos tres contra uno, por si no lo has visto…

—Tres contra toda la banda, querrás decir —respondió inseguro Lukas.

—Oh, sí, pero tu jefe te manda a ti por delante —dijo Arsène, impertérrito—. Así que, pensándolo bien, nosotros tenemos pocas posibilidades de salir triunfantes de la guerra, pero es seguro que tú perderías la primera batalla.

Lukas le dirigió una rápida mirada a Fishbone, el jefe, que sin embargo permaneció impasible.

—Ahora verás, basta de charlas —gruñó Lukas, pero no se movió.

—¡Ánimo, Lukas! ¡Dales una lección! —gritó alguien, y de repente toda la guarida retumbó con gritos y silbidos. Lukas, alentado por el apoyo de los suyos, enderezó la espalda e hizo un rápido movimiento con el brazo.

Al mismo tiempo, yo proferí un grito y aparté de un empujón a Sherlock, mientras que Arsène lo esquivaba girando sobre la punta del pie derecho con la elegancia de un bailarín.

La navaja de Lukas, con un silbido, se clavó en la pared, a nuestra espalda, donde campeaba un cartel con los picos despegados de no se sabía qué viejo espectáculo circense: representaba a un domador de grandes bigotes haciendo retroceder con el látigo a un león amenazador y erguido sobre las patas traseras. La hoja de la navaja se había clavado justo en mitad de la frente del domador.

—Vaya, Lukas —dijo Fishbone con burlona desaprobación—, has estropeado mi cuadro favorito.

—¡Perdona, jefe! —dijo Lukas, metiendo la cabeza entre los hombros.

—¿Y vosotros qué queréis? —nos preguntó a los tres Fishbone, ignorando al chiquillo.

—Nuestra lámpara —contestó Sherlock.

—Ahora es nuestra —respondió Fishbone, lacónico—. Quien encuentra algo, se lo queda.

—¡No la ha encontrado, nos la ha robado! —solté.

Los chiquillos de la banda, ante mis palabras, empezaron a refunfuñar y vocear.

—Porque habéis sido tan torpes como para dejárosla birlar. Y aún tenéis que dar gracias, porque Lukas no es muy espabilado, pero suele ser rápido y hábil con la navaja —sentenció Fishbone, señalando al domador estampado en el cartel y la navaja clavada en su cabeza.

—Tengo una idea —dijo Lupin, imponiendo de nuevo el silencio con una pausa teatral.

Fishbone lo observó atentamente, pero resistió la tentación de hablar primero. Entre los dos se estaba librando una batalla de miradas y los demás, a un lado y al otro, esperábamos conteniendo la respiración.

—Una apuesta —explicó Arsène con una sonrisa pasado un tiempo que juzgó suficiente. Ahora tenía la atención de todos. Fue a la pared de su espalda y desclavó la navaja del cartel. Luego sacó del bolsillo un naipe y se lo enseñó a los presentes como habría hecho un prestidigitador ante su público. Era un rey de corazones. Por un instante me prometí preguntarle por qué lo llevaba consigo, pero, dados los objetos extraños que podían encontrarse en los bolsillos de alguien como Arsène, me convencí de la inutilidad de aquella pregunta.

—Has dicho que Lukas es un buen lanzador —dijo mi amigo dirigiéndose a Fishbone—. Pongamos la carta en aquella pared de allí y apuesto a que puedo hacer blanco desde el punto en que estoy ahora.

Desencajé los ojos. Era una distancia considerable.

A nuestro alrededor volvieron los murmullos, pero Fishbone los acalló con un gesto seco de la mano.

—Me gustan las apuestas, extranjero —dijo riéndose—. Pero en

toda apuesta hay que jugarse algo. ¿Estoy en lo cierto?

—Naturalmente —asintió Lupin—. Si lo consigo, nos devolveréis la lámpara y Lukas nos guiará hasta donde nos ha encontrado…

—Y si, por el contrario, resulta que no eres más que un maldito fanfarrón y no aciertas a la carta… —presionó Fishbone, haciendo carcajearse a toda la banda.

Arsène no se descompuso, hasta sonrió ligeramente, se metió una mano en un bolsillito y sacó un pequeño reloj. No era ninguna maravilla de la joyería Garrard, pero parecía en buen estado e iba sujeto a una cadenita de plata.

—Si no le acierto a la carta, además de la lámpara te quedas con este primor, *monsieur* Fishbone, y nosotros nos vamos sin más historias. ¿Qué me dices?

El pálido jefe de la banda se rio, mirando el reloj que brillaba entre los dedos de Lupin.

—¡Digo que acabas de hacer una bonita apuesta, extranjero! —exclamó, dándose una palmada en el muslo—. ¡Adelante, divirtámonos un poco!

Las palabras del jefe fueron recibidas con gritos de aprobación por la banda.

Con estudiada lentitud, Fishbone se levantó de la destartalada otomana y se acercó a Arsène. Cogió la carta que este le tendía, fue hasta el lugar indicado por Arsène y la colocó sobre un ladrillo saliente, a la altura de sus ojos. Nuestro amigo, ligeramente más alto que el jefe de la banda de ladronzuelos, se dio por conforme con un gesto de la cabeza. Sherlock y yo, aparte, conteníamos la respiración.

Arsène respiró hondo y cerró los ojos por un instante, como un acróbata preparándose para el salto.

Cuando los reabrió, Fishbone le lanzó una mirada de desafío y abrió los brazos para instarle a poner fin a la espera.

Algún berrido resonó en la estancia, pero la mayor parte de los presentes guardaba silencio. Yo estaba tan nerviosa que me costaba tragar saliva, porque la garganta se me había cerrado.

Arsène se tomó aún un buen rato para mirarnos a todos y luego, sin perder su sonrisa de seguridad, lanzó la navaja.

—¡Maldición! —gritó alguien.

Yo, por mi parte, abracé a Sherlock en un impulso y él,

sorprendido por mi gesto, se puso rígido, cohibido.

La navaja se había clavado exactamente en el centro de la cabeza del rey de corazones.

Los chavales de la banda protestaron ruidosamente, vociferando y pateando.

—¡Qué más da, Fishbone!

—¡Hagámoslos papilla!

Pero una vez más el cabecilla restableció el orden con un simple gesto de la mano.

—¡Cuando Fishbone acepta una apuesta, después la respeta! —sentenció—. El extranjero ha tenido suerte… Tendrá su lámpara y su guía.

—¡Uf! —resopló Lukas, balanceando los brazos.

—Bien, ya podemos irnos —intervino Sherlock, impaciente por reanudar la investigación.

—Sí… pero no tan deprisa —dijo sibilinamente Fishbone.

Capítulo 10

LA LEY DE FISHBONE

Por un momento se me paró el corazón, temiendo que el honor de que Fishbone había hecho gala poco antes fuese solo teatral. Pero el chico, afortunadamente, solo quería hacernos una pregunta.

—¿Qué hacíais aquí abajo? Sin querer ofender, pero, pese a la habilidad de vuestro amigo en el lanzamiento de cuchillos, parecéis peces fuera del agua —dijo, perplejo.

—Ha caído en nuestras manos… un misterio —respondió Sherlock, sopesando las palabras. Había evitado deliberadamente usar el término «investigación», probablemente para no dar lugar a que se nos asociara con Scotland Yard e irritar a la banda.

—¿Qué clase de misterio? —preguntó Fishbone con curiosidad.

—Alguien ha matado a un hombre —explicó Sherlock sin medias tintas.

—Y está por medio alguien que conocemos —añadí yo en

términos vagos. Técnicamente no era un mentira y, aunque nuestra amistad con Grinsted era superficial, por decir poco, no había ninguna necesidad de que Fishbone se enterara.

—Y el asesino podría haberse escabullido utilizando estos pasadizos subterráneos —concluyó Arsène.

Esas palabras desencadenaron de nuevo cierto alboroto.

—¡Ya te dije, jefe, que últimamente había más movimiento que de costumbre! —dijo un muchachote pelirrojo en tono belicoso.

—En efecto, estos días hemos notado un poco de jaleo —confirmó Fishbone sin perder la calma.

—¿De qué se trata? ¿Qué sabéis? —pregunté.

—Nada —respondió escuetamente Fishbone.

—¿Y no estáis preocupados… por vuestros negocios? —preguntó Arsène.

—Por ahora nadie ha venido a molestarnos —dijo Fishbone—, así que me limito a acatar mi ley.

—¿Tu… ley? —dije yo, con los brazos en jarras. Todo aquel calculado descaro empezaba a ponerme de los nervios.

—¡*No te metas mientras no te pongan un cuchillo en la garganta*! —recitó Fishbone con la enésima carcajada.

—Podría darse tarde o temprano —replicó Sherlock—, puesto que ya han liquidado a un hombre. No debe de ser gente con demasiados escrúpulos…

Un murmullo bajo corrió entre los presentes.

—Entonces estamos de suerte —replicó Fishbone—, porque ya os estáis encargando vosotros. No veo por qué tendría que preocuparme.

—Por tanto, no somos tan incapaces como decías hace un momento… —intervine yo, y después me mordí la lengua.

Él me miró subiendo y bajando las largas pestañas sobre sus ojos oscuros, que resaltaban en la blancura de su rostro como manchas de hollín.

—Os vais por vuestras propias piernas y eso quiere decir que no os las habéis arreglado mal —dijo. Luego le habló a Sherlock—: Y aquí tenéis la lámpara, así se le pasará el susto a la señorita.

Me crucé de brazos al tiempo que me reía y repliqué:

—No me da miedo la oscuridad. Y, todos vosotros me disculparéis, pero ¡no me gusta ser sorprendida por la espalda y

robada por un ratonzuelo con forma humana!

—¡Cállate, bruja! —protestó Lukas al oír esas calificaciones de sí mismo.

Fishbone, en cambio, volvió a mirarme con aquellos ojos negrísimos y se echó a reír.

—Ahora entiendo por qué lleváis con vosotros a la señorita —les dijo a Sherlock y Arsène—, con ella uno nunca se aburre, ¿eh?

—¡Bah! —respondí yo y le di la espalda.

—Venga, *ratonzuelo*, guía a los señores —le dijo riéndose el jefe de la banda a Lukas antes de perderse en la oscuridad. Y esa fue nuestra cómica despedida de aquella especie de príncipe de las entrañas de Londres que respondía al nombre de Fishbone.

—El jefe es un duro —nos contaba Lukas minutos más tarde, mientras nos conducía al punto de nuestro borrascoso encuentro. La proeza de Arsène no había servido solo para recuperar la lámpara, sino que le había procurado la estima del chiquillo, que ahora trataba de todas las formas posibles de quedar bien a sus ojos.

—¿Fue él quien decidió crear un cuartel general en estos túneles? —le preguntó Sherlock.

—¡Claro! ¡Los encontró él! Había entrado en una casa para… en fin, que estaba en la calle y tenía hambre, así que se coló en una casa para coger algo de comer —explicó Lukas precipitadamente—. Pero la piojosa de la sirvienta lo vio y decidió encerrarlo en el sótano y llamar a la policía.

La última palabra había sido pronunciada con asco, como si fuese una horrible blasfemia.

—Pero él encontró una trampilla —sugirió Sherlock.

—¡Exacto! —exclamó Lukas, inspirado—. Pensaba que era una nevera o algo así, pero no tenía otro lugar por el que escapar y se metió por allí, con la navaja en la mano. Ya sabéis, para defenderse. Fishbone no es alguien que se deje coger sin luchar, y de hecho nadie lo ha cogido hasta ahora.

—Y, en vez de un agujero, encontró una escalera que bajaba a una red de túneles —dijo Arsène.

—¡Exacto! —respondió Lukas con una sonrisa—. Un momento, ¡¿también os ha pasado a vosotros?! —añadió, y en sus ojos el respeto por Arsène, y de rebote también por Sherlock y por mí, creció un grado más.

—Algo por el estilo, sí… —respondió Arsène, quitándole importancia deliberadamente para aumentar en la mente del niño la idea de una hazaña memorable como la de Fishbone.

—¿Adónde llevan estas galerías? —le preguntó Sherlock—. No creo que siempre uséis como entrada y salida los sótanos de los demás…

—No, así es. Entre otras cosas porque por esta parte solo hay dos o tres sótanos. Pero hay una salida cerca del Támesis, más allá —dijo Lukas, que señaló a su izquierda—. Por allí, en cambio, hay una trampilla que lleva a un patio, detrás de una panadería. La descubrí yo, ¿sabéis? Siguiendo el aroma del pan. El panadero había dejado tres hogazas en el antepecho, para que se enfriaran, y ¿adiviináis quién se las comió todas?

—Muy astuto —lo aduló Arsène—. Y tienes también un notable sentido de la orientación.

—¡Soy el mejor de la banda! ¡Siempre me mandan a mí a buscar nuevas galerías!

«Así, si te pierdes no es una gran pérdida», pensé, recordando el tono de suficiencia con que Fishbone lo había tratado. Pero me cuidé mucho de comentarlo. A lo mejor me equivocaba. A lo mejor Fishbone apreciaba a cada uno de sus compañeros de aventuras tanto como Sherlock, Lupin y yo nos apreciábamos entre nosotros, solo que prefería no dejarlo ver.

—¡Ya hemos llegado! —dijo Lukas cuando alcanzamos el punto de partida.

—Gracias —dijo Arsène, estrechándole la mano, y el otro pareció inflarse casi como un pavo real, halagado por aquel tratamiento de igual a igual.

—No os perdáis otra vez, ¿eh? —bromeó Lukas.

«No nos habríamos perdido tampoco la primera vez si tú te hubieras abstenido de fastidiarnos…», pensé yo, pero de nuevo me obligué a callar.

—Prometido —le dijo Arsène, jovial—. Pero si por algún motivo nos encontráramos en apuros, ¿puedo considerarte un amigo con el que contar?

—¡Claro que sí! ¡Cuenta con contar conmigo! Es decir… en fin… —farfulló el chiquillo, que no podía creerse estar recibiendo un honor así.

Arsène emitió un silbido agudísimo y dijo:

—Esta será mi señal. Si la oyes y estás por el lugar, agradecería recibir tu ayuda, y entonces te deberé un favor.

Miramos alejarse a Lukas, enorgullecido, a la luz de un pequeño farol que había encendido después de darnos nuestra lámpara.

—¿Por qué tanta cortesía? —se mofó Sherlock.

—Amigo mío, deberías aprender a apreciar la importancia de hacer todos los aliados posibles cuando se está en terreno hostil —respondió Arsène con una mueca—. Por ejemplo, si Lukas no me hubiera cogido simpatía, no nos habría contado la historia de Fishbone. Y a mí no me habría venido a la cabeza la excelente idea que, en cambio, me ha venido.

—¿Qué excelente idea? —le pregunté yo, pero Sherlock sonrió al instante.

—¡Busquemos los otros sótanos! —exclamó, anticipándose a mí.

Procedimos sistemáticamente. Holmes dibujaba una flecha en la pared a cada giro mientras que yo anotaba el cambio de dirección en el cuaderno, que resultó más útil de lo previsto.

Lukas tenía razón, el otro sótano no estaba lejos. Encontramos una escalera de mano idéntica a aquella por la que habíamos bajado desde el sótano del señor Grinsted. Arsène la miró con los brazos en jarras y la expresión de quien tiene un plan en mente.

—Yo iría a echar un vistazo, si estáis de acuerdo —dijo.

—Está bien —respondí, dando un paso adelante.

—No, espera, Irene, es mejor que vaya yo solo.

—¿Tú solo? —le preguntó Sherlock, considerando esa posibilidad.

—No sabemos lo que habrá ahí. ¿Y si nos encontramos con la criada que encerró a Fishbone en el sótano? Un solo explorador tiene más probabilidades de que no lo descubran, y de arreglárselas si las cosas se ponen mal.

—Y ese explorador eres tú… —comentó Sherlock, dubitativo. Pero luego dijo—: Me parece sensato. De los tres eres el más ágil y rápido.

Tuve que concordar con esa sencilla constatación, así que Sherlock y yo vimos desaparecer a Arsène por la trampilla. Nos quedamos solos, él y yo, en silencio, esperando. A lo lejos resonaba el goteo que habíamos oído antes de encontrarnos con Lukas y la

banda de Fishbone, y aquel ruido continuo y regular me resultó enervante. El tiempo, cuando se espera con impaciencia algo desconocido, parece no pasar nunca, y nos encontrábamos precisamente en aquella clase de situación.

—¿Tú crees que necesita ayuda? —le pregunté tras un tiempo que se me hizo eterno.

—Arsène es perfectamente capaz de apañárselas solo, ya lo sabes —respondió Sherlock con sentido práctico.

—Y entonces, ¿por qué no vuelve?

—Habrá encontrado algo interesante. Desde luego, no podemos arriesgarnos a irrumpir ahí arriba sin saber lo que está pasando. Podríamos ponerlo en dificultades en vez de ayudarlo.

—¡Esta espera es agotadora! —resoplé después de otra infinidad de interminables minutos.

Había perdido la noción del tiempo y la exasperación hizo que se desbocara mi imaginación, creando escenarios posibles en los que afuera ya había anochecido. Quizá Horace diera vueltas por Londres en mi busca y Leopold estuviera asomado a la ventana presa de la angustia por su única, incorregible y temeraria hijastra. Cada instante que pasaba era para mí una punzada de ansiedad y trepidación.

A la luz de la lámpara, incluso el rostro afilado de Sherlock, aunque inmóvil y casi inexpresivo, parecía delatar algún signo de impaciencia. Me pidió la lámpara y se puso a caminar de un lado para otro, observando las paredes que nos rodeaban. Pero, aparte de algún refunfuño ocasional, no dijo nada. Por mi parte, yo no conseguía despegar los ojos de la trampilla, como si mi mirada pudiera, de algún modo, propiciar y acelerar el regreso de Arsène.

Al poco, esta se abrió de nuevo y nuestro amigo se precipitó abajo, donde estábamos nosotros, casi sin usar los travesaños de la escalera.

—¡No podéis imaginar lo que he visto! —exclamó con una sonrisa de listillo.

—¡No nos tengas en ascuas! —solté yo, exasperada por la espera.

—Nunca me creeríais —contestó él con calma.

—Déjate de pavoneos, no somos tan impresionables como tu nuevo amigo Lukas —ironizó Sherlock.

—Está bien, pero no nos quedemos justo aquí debajo, podría oírnos alguien —dijo Arsène, señalando la trampilla, así que lo seguimos en la dirección por la que habíamos llegado, prolongando todavía unos instantes la impaciencia y la curiosidad.

Capítulo 11

UNA TRANQUILA CASA BURGUESA

—He visto… —anunció Arsène, abriendo mucho los ojos en una de sus teatrales pausas.

—¡Ah, demonios, eres insoportable! —bufé.

—¡Y un actor del montón, por decir poco! —se burló Sherlock.

—¡Vale, vale! No he visto gran cosa, debo confesarlo. Solo quería teneros un poco en ascuas. ¡Vaya caras teníais cuando he bajado! —se rio Arsène.

—¡Claro, porque has tardado un siglo! —lo apremié yo—. ¿Y qué quiere decir que no has visto gran cosa?

—Algo debes de haber visto —protestó Sherlock.

—Agarraos fuerte… He visto una trivial, aburrida, tranquila casa burguesa —respondió Arsène—. A juzgar por las provisiones del sótano, el mobiliario y el tamaño de la casa, diría que en ella vive una familia acomodada. Por suerte la criada estaba en el piso de arriba, así que he podido echar un vistacito al escritorio del estudio. He encontrado correspondencia y he descubierto que los señores que viven aquí se llaman Hastings.

—¿Eso es todo? —suspiré desilusionada.

—Eso es todo —confirmó Arsène.

—Entonces puede que sea yo quien haya descubierto lo más interesante —nos asombró Sherlock, luciendo una expresión

divertida.

—¡¿Tú?! —exclamó Arsène, que me miró como si quisiera una confirmación o un desmentido.

Yo le correspondí con una mirada perpleja y dije:

—Pero si has estado aquí, conmigo, todo el tiempo…

Holmes parecía decidido a tomarse la revancha de Lupin haciéndose el misterioso, tal como había hecho su amigo poco antes. Pero luego prevaleció el deseo de compartir su descubrimiento. Levantó la lámpara y señaló un ángulo del muro a pocos pasos de la escalera de mano.

—¿Y? ¿Qué hay? ¿Un raro ejemplar de coleóptero? —se burló Arsène.

Yo, en cambio, sonreí y dije:

—¡Es el hilo de Ariadna de nuestro falso ingeniero, la muesca en la pared!

—Exacto —dijo Sherlock con el tono de un profesor exigente frente a la intuición brillante de un alumno—. Y no hay más a partir de esta trampilla —añadió, indicando las paredes de la galería que se prolongaban frente a nosotros.

Así pues, las muescas que empezaban en el sótano de Grinsted solo llegaban hasta la casa de los Hastings.

—O al contrario —puntualizó Sherlock.

—Por tanto, puede que nuestros tranquilos señores Hastings sean menos aburridos de lo que pensaba… —observó Arsène en tono divertido.

—A menudo las cosas más interesantes están escondidas —sentenció Sherlock.

—Solo hay una manera de descubrirlo… —anuncié, pero luego me callé: era mi turno de tenerlos en ascuas. Pero ciertamente fui más clemente que ellos, porque, tras una breve pausa, añadí—: ¡Vamos a conocer a esos señores Hastings!

Poco después llamábamos a una bonita casita blanca de ventanas enrejadas. Habíamos salido del taller de Grinsted con cuidado para que nadie nos viera y Arsène, hábilmente, había conseguido cerrar la puerta con sus instrumentos, para evitar que alguien se apercibiera de nuestro paso por él.

Acabábamos de cometer un allanamiento, arriesgándonos a ser pillados y entregados a la policía, luego habíamos corrido el peligro

de perdernos en los túneles y terminar acuchillados por ladronzuelos, por lo cual la idea de hablar cortésmente con los habitantes de una casa de aspecto tan respetable no habría tenido que hacer demasiada mella en mi ánimo. Me percaté, por contra, de que mi corazón latía enloquecido.

Vino a abrirnos la puerta un mayordomo de camisa perfectamente almidonada y actitud altiva. Llevaba el pelo negro partido en lo alto de la cabeza por una raya impecablemente recta. Los labios carnosos estaban contraídos en un gesto de enfado. En resumidas cuentas, tenía un aspecto agradable, pero había algo en él que me irritó a primera vista. Quizá fuera culpa de aquella mirada suya desde arriba.

—¿Qué desean? —preguntó bastante secamente.

—Buenos días, ¿están en casa los señores Hastings? —respondí yo, reuniendo valor, con mi mejor sonrisa de señorita de bien.

El hombre frunció el ceño y nos valoró con la mirada. Imaginé el motivo de su perplejidad: tres chiquillos desconocidos que, no obstante, iban demasiado bien vestidos para ser delincuentes callejeros.

—¿A quién debo anunciar? —dijo al fin.

—A los voluntarios de la Sociedad Benéfica de Jóvenes Samaritanos en la recogida de ropa para huérfanos y necesitados. Estamos haciendo una colecta casa por casa y nos preguntábamos si a los señores Hastings les gustaría contribuir —respondí con determinación. Sherlock, Lupin y yo habíamos acordado un motivo plausible para nuestra visita, con la esperanza de que los señores Hastings fueran proclives a la filantropía y la beneficencia.

—Esperen un momento —dijo el mayordomo, dejándonos en la puerta para ir a repetir nuestras palabras a los dueños de la casa. Apareció un instante después y nos hizo una seña de seguirlo.

—Los señores Hastings tienen el placer de recibirlos —dijo, caminando rígido y estirado hasta un acogedor saloncito rebosante de encajes, cojines de bordados de flores y viejas estampas de cacerías.

—Buenos días —dijo una radiante viejecita, sentada en uno de los sillones. Tenía el pelo blanco recogido en un moño y una sonrisa de niña, y sostenía en la mano una hoja de periódico.

Junto a ella estaba un hombre aún más anciano, con las piernas

tapadas con una manta.

—Disculpen que no me levante —dijo el hombre, señalando primero un bastón apoyado en el reposabrazos y después sus propias piernas, como dando a entender que estaba imposibilitado para hacer aquel movimiento.

Lupin corrió hasta él para estrecharle la mano, y lo mismo hicimos Holmes y yo. La señora Hastings, en cambio, se levantó y vino hacia nosotros con paso trastabillante y señalándo el sofá, en el cual nos sentamos con profusión de agradecimientos por su hospitalidad.

—Coughlan, por favor, como Carol todavía no ha vuelto de la compra, ¿podría preparar un té para nuestros invitados? —dijo la señora, y el mayordomo hizo una leve inclinación para luego dar media vuelta sobre los talones y desaparecer por la puerta.

—No se molesten… —dije yo.

—Oh, no es molestia —dijo la señora Hastings—. Nunca recibimos visitas y hoy no hay nada interesante en la *agony column*…

—Mi mujer solo lee la *agony column* del *Times* —intervino el marido, guiñándonos un ojo—. Hace que nuestro mayordomo se la recorte todos los días. Es una apasionada de los anuncios de bodas, las búsquedas de personas desaparecidas y los extraños mensajes en clave que esconden quién sabe qué embrollos poco honorables.

Lancé una miradita divertida a Holmes. Evidentemente, él y la señora Hastings, pese a la notable diferencia de edad, tenían una pasión en común.

—Qué quieren que les diga… estimulan mi fantasía. ¡A nuestra edad es importante hacer trabajar un poco el cerebro! Y el resto del periódico es basura, se lo aseguro. ¡Auténtica basura! —exclamó la señora—. Así que sois voluntarios de la…

—Sociedad Benéfica de Jóvenes Samaritanos —me apresuré a confirmar yo—. Estamos haciendo una especie de colecta puerta a puerta para recoger ropa, mantas y otras cosas para los niños necesitados.

—Eso os honra mucho —dijo el señor Hastings, dándose una palmada en la rodilla con una mano nudosa.

—Gracias, señor —respondió Arsène con una de sus sonrisas irresistibles—. Nosotros somos chicos afortunados, tenemos familias

que se preocupan por nosotros y la posibilidad de recibir una buena educación. Pero ahí afuera hay muchos niños abandonados a su suerte, obligados a vivir en la calle.

—Y el riesgo es que caigan en la delincuencia —cargó las tintas Sherlock, y yo tuve que contenerme para no reírme. Nuestro encuentro de aquella mañana había sido un excelente acicate para inventar una excusa capaz de abrirnos las puertas de aquella casa.

—¡Es terrible! —comentó la señora Hastings, retorciéndose las manos.

—Por no hablar de las noches que pasan al raso, expuestos a cualquier peligro… —dije yo con expresión contrita.

—Por eso nosotros recogemos ropa y mantas, para que tengan la posibilidad de llevar una existencia más decorosa —apostilló Holmes con una compunción digna de un arzobispo.

Entretanto, el mayordomo había vuelto con el té.

—Coughlan, ¿tenemos aún aquel viejo baúl con las mantas heredadas de mi hermano? —le preguntó la señora Hastings.

—Por supuesto, señora.

—¿Sería tan amable de bajarlo del desván y dárselo a estos voluntariosos muchachos?

La expresión de Coughlan traicionó un destello de preocupación que Holmes captó al vuelo.

—Si pesa mucho, puedo ayudarle —se ofreció, poniéndose en pie.

—Mil gracias —dijo el mayordomo con los dientes apretados, y Sherlock salió con él del salón.

Exulté dentro de mí. Mientras Arsène y yo dábamos conversación a la señora, inventándonos variadas actividades ficticias de nuestra igualmente ficticia organización benéfica, Sherlock tuvo oportunidad de curiosear en el resto de la casa. Si había algo raro, con seguridad lo notaría.

Volvió poco después en compañía del mayordomo y con un baúl verde con aristas de latón. Nos hizo una seña imperceptible con la cabeza, aprovechando la distracción de los moradores de la casa, ocupados en magnificar la calidad del legado del hermano de la señora. Arsène y yo comprendimos al vuelo y nos levantamos al unísono.

—Se lo agradecemos infinitamente, han sido extremadamente

gentiles y generosos —dije yo, despidiéndome.

—¡Oh, tonterías! —respondió el señor Hastings—. Nosotros estamos solos, ya no tenemos a nadie en el mundo, es justo que lo que no nos sirve vaya a los más necesitados.

También Sherlock y Arsène se prodigaron en cumplidos y agradecimientos, ensalzando el buen corazón del matrimonio Hastings. Después, el mayordomo nos acompañó hasta la puerta. Sherlock y Arsène transportaron el baúl y los tres nos alejamos con la vaga idea de ir a comer algo a la Shackleton Coffee House.

—¿Y esto? —preguntó Arsène, sopesando el baúl.

—Podríamos donarlo de verdad, qué sé yo… a una parroquia —sugerí.

—A no ser que Arsène quiera dárselo a su nuevo amigo Lukas —se burló Sherlock.

—Bueno, este baúl conjuntaría muy bien con la otomana de Fishbone —le siguió la broma Arsène.

La opción de la parroquia era mucho más factible, así que le dimos todo al estupefacto pastor de la pequeña iglesia de Saint George, que se encontraba en una zona no exactamente señorial, donde aquellas viejas mantas sin duda le servirían a alguien.

Llegamos a la Shackleton Coffee House justo a tiempo para la comida; todas las aventuras de aquella mañana nos habían dado mucho hambre. Pedimos *scones* y devoramos una buena mitad antes de que Sherlock se decidiera a ponernos al corriente.

—¿Has visto algo interesante? —le preguntó Arsène.

—No, por desgracia no. Solo una normalísima casa habitada por dos ancianos, con mayordomo y presumiblemente una criada, Carol.

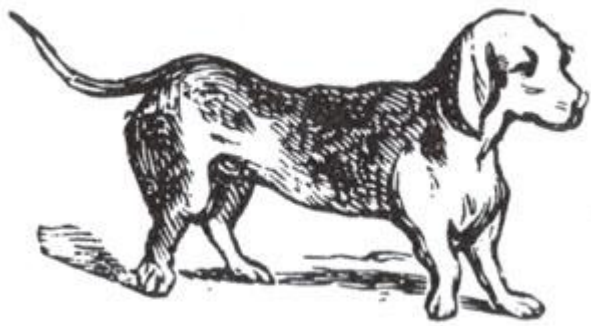
—Seguro que los Hastings no pueden estar implicados en nuestra investigación —observé—. Son tan viejos que les cuesta andar, no consigo imaginármelos explorando los subterráneos…

—¿Y ahora? —preguntó Arsène, metiéndose en la boca el enésimo bollito.

—Yo retomaría la exploración a partir de donde la hemos interrumpido —dijo Sherlock—. Después de todo, Lukas habló de tres sótanos, yo diría que antes de rendirnos tenemos que encontrar al menos el tercero.

Capítulo 12

UN POETA ALGO VANIDOSO



Minutos después estábamos de nuevo en el subterráneo. Siguiendo las señales dejadas por Sherlock con la tiza, conseguimos encontrar fácilmente el acceso al sótano de los Hastings.

—¿Y ahora? —pregunté yo, mirando las paredes que nos rodeaban.

No había rastro de más señales dejadas por el supuesto ingeniero.

—Podríamos intentar dibujar un mapa de las demás galerías —propuso Arsène.

—Pero es raro que las señales se acaben aquí. ¿Qué le pareció tan interesante a nuestro hombre en el sótano de los Hastings?

—Os aseguro que no había nada destacable —dijo Arsène.

—Y tampoco en el piso de arriba —confirmó Sherlock—. Pero tengo una teoría.

A la luz de la linterna observamos las paredes rugosas en busca de indicios de la teoría de Sherlock, pero no conseguimos encontrar nada reseñable.

—Está bien, me rindo —resopló Arsène entre risitas—. ¿Cuál es tu teoría?

—Que estas muescas son solamente el principio de la

exploración del supuesto ingeniero y que van en dirección opuesta a la nuestra —dijo Sherlock.

Arsène y yo cruzamos una mirada perpleja.

—¿Piensas, pues, que llegó desde el sótano de los Hastings?

—Puede ser, pero creo que hay otra hipótesis: el ingeniero no bajó aquí solo, al menos no enseguida. Alguien lo guio hasta aquí.

—Fishbone y los suyos hablaban de jaleo —observé yo—. Es probable que más de una persona haya pasado por aquí, y no solo una vez.

Sherlock asintió y añadió:

—Sea como sea, tenemos que encontrar otro hilo de Ariadna. A menos que quien condujera aquí al ingeniero conociera estas galerías tan bien como Fishbone y los suyos, que las recorren de memoria.

Dejando atrás el sótano de Grinsted, avanzamos en busca de rastros del paso de alguien. Los muros estaban completamente desnudos y carentes de marcas. Pero cuando estábamos a punto de perder la paciencia, Arsène, después de adelantarse corriendo unos pasos mientras nosotros escrutábamos palmo a palmo las paredes, lanzó un silbido de triunfo.

—¿Has encontrado el hilo de Ariadna? —le pregunté esperanzada.

—¡No, he encontrado algo mejor! —respondió Arsène muy contento.

Llegamos hasta él y vimos que señalaba otra escalera de mano clavada al muro y otra trampilla.

—He aquí por qué ya no hay ningún hilo de Ariadna —comenté —. No es necesario, ¡el túnel es completamente recto!

—Bien, ahora subo a ver —dijo Arsène.

—¿Y si esta vez fuese yo? —propuso Sherlock.

—¡Demasiado tarde! —exclamó Arsène, saltando ya a la escalerita.

—¡Sss! ¡Hablad bajo, que os van a oír! —susurré, y me llevé el dedo índice a los labios.

Arsène hizo el gesto de coserse los labios y Sherlock bufó y se cruzó de brazos mientras su amigo desaparecía al otro lado de la trampilla. Pero esa vez no tuvimos ocasión de exasperarnos por la espera. El lejano goteo que habíamos oído durante todo el día se

transformó en un sonoro fragor y, poco después, un ruido agudo se propagó por los túneles, creciendo poco a poco.

—No me digas que es lo que pienso… —le susurré a Sherlock.

Porque aquel ruido que se acercaba parecía totalmente el chillido de una estampida de ratones. Instintivamente, me agarré los bordes de la falda para mantenerla alzada del suelo, en una imagen muy poco apropiada para una señorita respetable. Un instante después llegaron a la carrera. No eran ratones, eran grandes ratas peludas de largas colas lampiñas. Contuve la respiración con los ojos desencajados y mordiéndome los labios. Pero, cuando una rata decidió pasar justo entre mis pies, no pude contenerme más y proferí un alarido tan fuerte como una sirena de barco.

Mi voz retumbó en los túneles y, mientras las ratas desaparecían de nuestra vista, Sherlock y yo nos quedamos inmóviles. Yo me tapé la boca con las manos, pero para entonces el alarido ya se me había escapado.

Instantes después, la trampilla se abrió. Esperé que fuera simplemente Arsène, alertado por mi chillido, con la intención de ver si había ocurrido algo. Pero en su lugar, por la trampilla asomó una cabeza rubia con una linda cofia.

—¡Subid inmediatamente o guardad silencio, o lo pasaréis mal! —murmuró la criada que acababa de descubrirnos.

Tras una rápida mirada a Sherlock, me resolví a subir por la escalerita. Aparecí en un sótano muy parecido al de Grinsted, pero abarrotado de provisiones ordenadamente dispuestas en pulcras estanterías de madera. A un lado estaba Arsène, con expresión abochornada. Me fijé en la mirada un tanto embelesada que mi amigo dirigía a la criada, una torneada belleza de melena reluciente, y me dieron ganas de pisarle un pie. ¿Cómo podía estar galanteando en una situación así? Luego recordé que nos encontrábamos en aquella situación precisamente por mi culpa y sentí una punzada de consternación.

—¡Apaga ahora mismo esa lámpara! —le dijo la criada a Sherlock, que la escondió en una cesta de mimbre—. ¡Y tú, rápido, cierra la trampilla! —le ordenó a Arsène, que se apresuró a obedecer y la cubrió con el cubo del carbón. Noté que había trozos de carbón esparcidos por todas partes y me reí maliciosamente.

¡Entonces no había sido solo culpa mía! Arsène, tan empeñado en hacerse el bravucón con Sherlock, no se había dado cuenta del peso sobre la trampilla y, al abrirla, había volcado el cubo que estaba sobre ella. Eso era lo que había alertado a la criada, y mi alarido había hecho el resto. Y ahora, encima de nosotros, se oía el ruido de unos pasos ligeros.

—¡No habléis por ningún motivo de la trampilla! ¡E inventaos una excusa, ya! —nos ordenó la criada.

La puerta del sótano se abrió y en el umbral apareció la extraña figura del petimetre más atildado que había visto nunca.

Tenía el pelo castaño un poco demasiado largo, para tapar una incipiente calvicie, y un bigotito que le adornaba el labio superior. Llevaba un atuendo de estar por casa con un pañuelo de seda color púrpura vaporosamente enrollado en torno al cuello. Traslucía afectación en cada movimiento y cuando habló consiguió incluso aumentar el efecto gracias a una cómica voz nasal:

—¿Qué está sucediendo aquí, Susan?

—Nada, señor Sinclair, estos chicos, ejem… —balbució la criada.

Sherlock miró a su alrededor y vio una ventanita medio abierta que daba a la calle, por la que entraba la luz de la tarde.

—Perdónenos, señor, estamos buscando a mi perrito, *Rufus* —dijo con convicción.

—¿Tu perrito? —le preguntó el dueño de la casa, dubitativo—. ¿Y por qué iba a estar en mi sótano?

—Porque, verá, es un perro raposero y, cuando ve un agujero en el suelo, no puede resistirse —explicó Sherlock, señalando la ventanita.

Al señor Sinclair se le iluminó la cara.

—¿Un perro raposero, dices? ¿De qué raza?

—Un perro salchicha, de pelo duro —dijo Sherlock con toda seriedad.

—Pero ¡qué maravilla!, ¡son perros pequeños, pero enérgicos!

—Incluso demasiado, señor —coincidió Sherlock, que había entrado completamente en su papel—. Nunca lo había traído a la ciudad, no está acostumbrado. Debería haber tenido más cuidado.

—¿Y crees que ha entrado aquí precisamente?

—Lo he perdido de vista un instante y, cuando he doblado la

esquina, ya no estaba. Entonces he visto la ventanita de su sótano abierta y he pensado pedirle a su amable criada que me dejara entrar para comprobarlo con mis amigos.

—Así es —confirmó Susan, asintiendo con cara inocente.

Arsène y yo la imitamos.

—Lamentablemente, estaba equivocado —añadió Sherlock con un suspiro lleno de sufrimiento—. ¡Mi *Rufus* no está aquí!

—No te dejes abatir, mi joven amigo —dijo el señor Sinclair—, da la casualidad de que yo también tuve un perro raposero, se lo compré al reverendo John Russell en persona. Una raza de terrier seleccionada por él, ¿sabes? ¡Un temperamento vivacísimo! Ah, el viejo *Toby* fue mi gran compañero de aventuras. Ahora ya no está entre nosotros… Pero era habilísimo escondiéndose en casa. Si tu *Rufus* se parece aunque solo sea un poco a él, puede que se haya escabullido hasta arriba.

Yo me iluminé y pregunté de un tirón:

—¿Nos acompañaría a echar un vistazo? No quisiera importunar, pero… Con su permiso, nos gustaría buscarlo.

—Pues claro, querida —respondió acariciándose el bigote—. Pero ¡qué pésimo anfitrión!, ni siquiera me he presentado. Me llamo Orville D. Sinclair, bienvenidos a mi humilde morada.

La morada no resultó ser tan humilde. Por todas partes había jarrones antiguos, bonitos cuadros en las paredes, telas preciosas y adornos procedentes de todo el mundo.

—Me encanta rodearme de cosas bellas, encuentro que alimentan mi inspiración —nos explicó el señor Sinclair al observar nuestras miradas de admiración—. Escribo poesía, ¿sabéis? Porque es realmente la única manera de expresar toda la complejidad de mi desasosiego interior.

Lupin y yo cruzamos una mirada divertida. ¡Aquel hombre estaba convencido de ser el nuevo Lord Byron! Entretanto, con la excusa de buscar al perro salchicha *Rufus*, Holmes escrutaba cada rincón en busca de indicios interesantes. Después de una vuelta completa por la casa, puso una cara contrita realmente convincente y, casi al borde de las lágrimas, dijo:

—Por desgracia me he equivocado, *Rufus* no está aquí. A no ser que esté…

Mi amigo señaló una puerta que se encontraba detrás del señor

Sinclair, la única habitación de la casa en que no había podido husmear.

—Oh, no… Este pequeño estudio siempre está cerrado. Ahí tengo el Rembrandt heredado de mi pobre tío Algernon, pero no entro nunca. Un pintor demasiado tétrico para mi gusto —concluyó con maneras afectadas.

Al oír aquellas palabras, Holmes meneó la cabeza.

—Entonces no hay nada que hacer… *Rufus* no está aquí.

—¡Ánimo, mi joven amigo!, no puede haber ido demasiado lejos. Además, ¡los perros salchicha son muy inteligentes, no temas! Estoy seguro de que os reencontraréis.

—Venga, volvamos a la calle para buscarlo —intervino Lupin.

—Perdonad que no os acompañe en vuestra búsqueda, pero tengo un soneto inacabado que languidece en la hoja —dijo Sinclair, acariciándose el bigote—. Últimamente he viajado mucho por Inglaterra para ver catedrales y ruinas y no he escrito ni una línea, ay… Así que me he prometido quedarme en mi estudio de dos a seis de la tarde, ¡en compañía de la caprichosa musa Euterpe! —añadió, dando por supuesto que los detalles de su vida privada debían parecernos interesantísimos.

—Ya ha hecho mucho —le di las gracias.

—Os acompaño hasta la puerta.

—No es necesario —lo tranquilizó Arsène—, no queremos distraerlo más de su soneto. Puede hacerlo Susan…

Sinclair malinterpretó la motivación de Arsène, aunque, pensándolo bien, no iba muy desencaminado dada la mirada de adoración que poco antes mi amigo había lanzado a la guapa criada. En todo caso, el dueño de la casa le dirigió una mirada divertida y llamó a Susan, luego se despidió y se retiró a su estudio. Fue ella la que nos acompañó hasta la puerta y parecía dispuesta a librarse de nosotros en el menor tiempo posible.

—Espera, Susan… —le dijo Arsène—, deja que nos marchemos por la trampilla.

—Ni hablar.

—¡El señor Sinclair no lo sabrá nunca, está concentrado en su soneto, ya lo has visto! —protesté yo.

—Solo tú estás al tanto de la existencia de la trampilla —constató Sherlock con voz gélida— dado que la usas habitualmente.

La criada palideció y nos hizo una seña de seguirla al sótano.

—¡Está bien, largaos! —dijo mientras apartaba el cubo de carbón.

—¡Esperad, cojo la lámpara! —dije, y metí la mano en la cesta. Y entonces descubrí un cojín en su interior y un collar con una plaquita: *Toby*. Se lo enseñé a Sherlock, que respondió con una sonrisa pícara. ¡Lo había visto enseguida, por eso se había inventado aquella enrevesada historia del perro *Rufus*! Su talento para improvisar me asombró una vez más.

—¿Con qué propósito usas esta trampilla? —le preguntó Sherlock a Susan.

—¡Ni una palabra más!

—¿Te suena la Compañía de las Aguas? —le preguntó a bocajarro Arsène.

Susan lo miró perpleja y dijo:

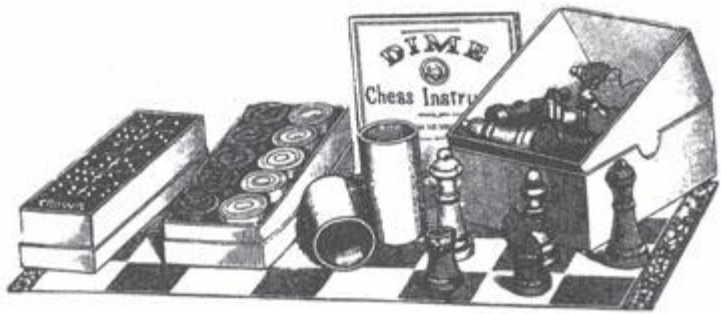
—¿Compañía de las…? Pero ¿qué demonios deliras? ¡Marchaos ya, no tengo intención de que me despidan por vuestra culpa!

—¿Y el ingeniero? —la apremió Arsène mientras se metía por la trampilla seguido por Sherlock y por mí.

—¡No conozco ninguna compañía de vete a saber qué ni a ningún ingeniero! —soltó Susan, y cerró bruscamente la trampilla sobre nuestras cabezas.

Capítulo 13

UN BESO, MIL SOSPECHAS



A la mañana siguiente, Sherlock y Arsène estaban los dos ocupados y yo insistí para que Horace me acompañase a dar un paseo. El día era sereno y lo alegraba una dulce brisa, pero no era el tiempo lo que me empujaba a salir de casa con tanta impaciencia.

—¿Adónde vamos, señorita Irene? —me preguntó Horace, perplejo. Había declinado todas sus propuestas de ir a los lugares habituales de paseo, como el parque o Piccadilly, y me había dirigido con seguridad hacia un tranquilo barrio de casas burguesas —. ¿Acaso está buscando algo o a alguien? —insistió con sonrisa de sorna.

—No, es solo que este lugar me pone de buen humor… —dije yo vagamente, fijando los ojos en la casa del señor Sinclair.

El día anterior, mis amigos y yo habíamos hablado largo rato. Parecía claro que Orville D. Sinclair era ajeno a las maquinaciones del misterioso ingeniero. A juzgar por cómo se había comportado, ni siquiera conocía la existencia de la trampilla en el sótano. Susan, en cambio, nos había parecido decididamente sospechosa: sus esfuerzos por esconderle a su señor el pasadizo subterráneo la convertían en una persona interesante para nuestras pesquisas. ¿Estaría implicada de algún modo en lo sucedido en el sótano de Grinsted? Sin embargo, cuando le habíamos mencionado la

Compañía de las Aguas y a un ingeniero, la chica había sido extremamente franca en su reacción. Yo había prestado atención y estaba segura de que, al oír aquellas palabras, Susan no había mostrado la menor traza de estupor o titubeo. No, si de algún modo era parte de aquel caso, desde luego no era una de las mentes que había detrás de la maquinación en perjuicio de Grinsted.

—Comprendo que las fachadas de estas casas sean agradables, y las aceras tranquilas y limpias —me pinchó Horace—, pero ahora hasta podríamos pensar en cambiar de manzana.

—¿Usted cree? Pues a mí me parece un buen lugar para reflexionar.

—¿Y qué es lo que ocupa de tal manera sus pensamientos para llevarla a buscar un lugar adecuado para la meditación?

—Nada importante.

—¿No estará metida de nuevo en una de esas extravagantes aventuras en que suele meterse junto con sus amigos?

Sonreí, haciendo como si nada. Mi fiel amigo y sirviente me comprendía con solo mirarme.

—Tal vez debiera dejar a un lado por un instante esa clase de pensamientos, si me permite decírselo, y preocuparse un poco más por algo que ciertamente es importante para usted.

Lo miré atónita y le pregunté:

—¿Qué quiere decir, Horace?

—No he podido evitar darme cuenta de que últimamente su padre está inquieto por usted, incluso más que de costumbre —dijo el señor Nelson después de una larga pausa de silencio.

Metí la cabeza entre los hombros. Tenía razón: mi reciente distanciamiento de Leopold no respondía a ningún motivo concreto.

—No sé qué me ocurre últimamente —confesé.

—Señorita Irene, es más que comprensible que las revelaciones de estos últimos tiempos hayan dejado huella.

—Tiene razón, Horace, pero me temo que hay algo diferente. Es como si… —abrí los brazos en busca de las palabras—. Es como si no pudiera estarme quieta. Como si las paredes de casa me oprimieran. Me siento como Alicia, la protagonista de la novela de Lewis Carroll, cuando crece desmesuradamente.

—Su padre siempre lo dice: «Me temo que el mundo sea demasiado pequeño para Irene».

Aquella afirmación me arrancó una sonrisa.

—¿Eso dice?

Horace asintió.

Ahora sé que no se equivocaba. Y quizá lo sintiera también entonces, porque dentro de mí algo se desbloqueó en aquel momento. Una sensación de caluroso afecto invadió mi espíritu. Había sido una hija terrible en los últimos tiempos, pero Leopold siempre acertaba a intuir mi mal humor y mis motines internos y a sacar lo mejor de mí con paciencia y amor incondicional.

—¿Qué le parece si regresamos, Horace? —le pregunté de pronto.

—Naturalmente —respondió mi mayordomo, mostrando su blanquísima sonrisa.

Sin embargo, precisamente cuando nos encaminábamos ya a casa, vi algo que me dejó completamente pasmada. Susan, la criada de Sinclair, estaba apostada detrás de una esquina, entre dos casas ligeramente separadas que creaban un resguardo a miradas indiscretas, y lanzaba ojeadas a los lados como si estuviera esperando a alguien.

Me paré de golpe, aduciendo como excusa la intención de oler unas plantas trepadoras que adornaban una verja y entretanto eché vistazos furtivos a la joven. Mi mente empezó a rumiar hipótesis. ¿Y si nos hubiera tomado el pelo a los tres interpretando soberbiamente el papel de la joven criada que ignoraba todo? ¿Y si de verdad fuese cómplice de nuestro fantasmagórico ingeniero? Pero, mientras mi imaginación se desbocaba, vi a otra persona que se acercaba a aquel rincón apartado. Era un hombre que abrazó a Susan con pasión y le dio un beso en los labios.

—¿Por casualidad los conoce? —me preguntó Horace al ver que los observaba.

—Oh, no, simplemente me ha parecido un gesto un tanto descarado —dije riéndome y escondiendo la cara detrás de una mano para simular vergüenza. En realidad, en mi mente había algo muy distinto. Un cuadro nuevo iba tomando forma, pero aún no conseguía ver qué estaba representado en él. Porque aquel hombre era Coughlan, el mayordomo de los Hastings.

La comida con Leopold fue completamente tranquila. No hubo aclaraciones entre nosotros, más que nada porque no habría sabido

por dónde empezar a pedirle perdón y por qué exactamente. Pero la conversación se volvió distendida y natural como no lo había sido desde hacía tiempo, y eso bastó para poner un poco de paz en mi corazón atormentado de hija descastada.

Por la tarde, en señal de buena voluntad, me senté al piano. Tocaba desganadamente los acordes que acompañaban mis gorgoritos cuando alguien llamó a la puerta. Eran Sherlock y Lupin. Sus ojos brillaban.

—¿Puedo salir a dar un paseo? —le pedí a Leopold sin preguntarles siquiera a mis amigos qué habían descubierto. ¡Estaba claro que había novedades en nuestro misterioso asunto subterráneo!

Leopold, después de saludarlos con su habitual cordialidad y haberme hecho las recomendaciones debidas, me dio permiso, así que nos vimos caminando por mi barrio, emocionados como niños la mañana de Reyes.

—¡Nuestro Holmes ha atacado de nuevo! —empezó diciendo Arsène con una gran sonrisa.

—Esperad, yo también tengo que deciros algo, si no, podría olvidarlo —me adelanté yo, y les conté lo de la relación entre Susan y Coughlan.

—Pobre muchacha… —suspiró Arsène con un gesto teatral.

Lo miré perpleja.

Sherlock, en cambio, desorbitó los ojos, cada vez más entusiasmado por el caso.

—¡Todos los caminos parecen conducir al mismo hombre! —anunció, y a continuación se puso a contarnos sus descubrimientos.

Aquella mañana debía presenciar un torneo de ajedrez al que se había inscrito su hermano Mycroft. Uno de aquellos acontecimientos del gran mundo en el que su madre quería hacer entrar al primogénito, en el cual estaban depositadas todas las esperanzas de recuperación económica de la familia. Y, obviamente, una de aquellas ocasiones en que Sherlock se sentía fuera de lugar. Pero luego la casualidad había puesto al alcance de sus oídos una conversación interesante. Al salir a tomar el aire, había interceptado la charla entre dos jueces.

—¿Todavía nada sobre el tal Punter? —había dicho uno.

—Por desgracia, no. Es realmente fastidioso tener a un evadido

en circulación —había contestado el otro.

Y en la memoria de Sherlock se había abierto un cajoncito. Fingiendo un malestar improviso, recibido con extrema contrariedad por su madre, había corrido a la British Library para consultar la hemeroteca y había dado con la noticia de la evasión de un astuto estafador, aquel Punter del que hablaban los dos jueces, que se había escapado de la cárcel unos meses antes y se había desvanecido en la nada. El caso había dado que hablar en la prensa durante días antes de caer en el olvido.

—¿Y eso qué tiene que ver con nuestra investigación? —le pregunté yo con el corazón en un puño.

Sherlock sacó del bolsillo una hoja de periódico, cuidadosamente doblada, que había «tomado prestada» de la hemeroteca. El retrato de Punter me arrancó un gritito. Aunque el cabello estaba más despeinado y la boca formaba una mueca cruel, no tuve ninguna duda.

—Pero ¡si es Coughlan! —exclamé.

—¡Exacto! —confirmó Arsène—. Así que he pensado en tener una charla con la criada de los Hastings, Carol, una simpática señora de mediana edad con debilidad por el jerez. Me ha confirmado que Coughlan sustituyó hace poco al viejo mayordomo tras presentarse con recomendaciones del matrimonio Powers, recientemente trasladado a la India.

—¿Y? —lo acucié yo, notando el centelleo de sus ojos.

—Los Powers, según Carol, vivían a solo dos manzanas de distancia, así que hemos ido a hacerles unas preguntas a sus vecinos y hemos descubierto que su mayordomo no se llamaba Coughlan, sino Foster, y se mudó a Brighton para servir a un nuevo señor.

—Así que Coughlan es un impostor, un estafador y, por si fuera poco, ¡ha seducido a la criada de Sinclair! —observé.

Sherlock sonrió y luego dijo lacónicamente:

—Ahora solo tenemos que averiguar para qué.

Capítulo 14

EXQUISITECES TEUTÓNICAS

Hasta aquel momento todo había sucedido vertiginosamente. La investigación nos había absorbido por completo y nos parecía estar a un paso de la solución, o al menos del viraje siguiente. Pero luego, inevitable en toda travesía aventurera, llegó un momento de calma chicha. Había sido Sherlock el que había concebido el próximo movimiento, una estrategia digna de un ajedrecista.

Me asombró una vez más que su familia no le diera el crédito que merecía: habría debido participar él en el torneo con Mycroft, y quizá hasta lo hubiese batido. Pero los hermanos Holmes estaban en permanente conflicto y, dentro de sí, Sherlock estaba convencido de ser menos que el primogénito. Obviamente, era demasiado orgulloso para admitírselo a sus amigos, pero yo había estado varias veces a punto de decirle que no lo habría cambiado ni por diez Mycrofts. Y no solo porque el primogénito de los Holmes fuera de una soberbia y una indolencia realmente singulares.

En todo caso, la jugada concebida por Sherlock era sagaz pero

no inmediata, así que, pese a que yo estuviera impaciente por proseguir de alguna manera las pesquisas, habíamos tenido que tomarnos un día de descanso. A Sherlock, su madre, como si fuera adrede, lo había reclutado para otro acontecimiento en beneficio de Mycroft, y esa vez la señora Holmes le había pedido que no saliera huyendo de mala manera. Y Arsène… Tengo que confesar, incluso ahora, que no estoy del todo segura de saber qué hacía Arsène en nuestra ausencia. Tenía una especial habilidad para evitar mis preguntas directas respondiendo con una sonrisa que desarmaba y eso tenía el efecto de crear en torno a él un halo de misterio.

Me encontré en casa, pues, durante todo un día, sin planes y con unas ganas desesperadas de distraerme para no pensar en la investigación.

—¿Qué te ocurre, cielo? —me preguntó Leopold, sacándome de mis pensamientos.

Estábamos sentados en el salón desde hacía ya una hora. En el desayuno y en la comida habíamos cruzado pocas palabras y el tiempo restante lo habíamos pasado inmersos en la lectura. O mejor dicho, en lo que a mí respectaba, intentándolo.

—Nada, papá —respondí con una sonrisa.

Leopold me valoró con la mirada, perplejo.

—Llevas una hora leyendo *The Times* y me parece que no has pasado ni una hoja —comentó en tono benévolo.

—No es nada, de veras. Solo estoy un poco distraída, desconcentrada, tal vez porque no he dormido bien —dije yo, inventando una excusa en el momento.

—Entonces necesitas una cura reconstituyente, y yo también. Últimamente hemos sido poco nosotros, ¿no te parece? —observó Leopold y, antes de que pudiera contestarle, asaltado por una idea repentina, llamó a nuestra cocinera, la señorita Fowler.

Esta se acercó, tiesa y hosca.

—¿Qué desean los señores?

—Quisiera un plato especial para la cena —dijo Leopold—, algo que Irene nunca ha probado pero que me recuerda mi juventud en Alemania.

—Pues claro, señor Adler. ¿De qué se trata?

—Del *saure Kutteln*.

—Me temo que nunca he oído hablar de él…

—Es un plato a base de tripas.

La señorita Fowler se puso más rígida aún, pese a que ya estaba más tiesa que un palo de escoba.

—¿Tri-tripas? Entonces dudo que sea un plato digno de una mesa señorial —respondió, seca, dejando a Leopold con un palmo de narices.

Mientras nuestra cocinera pedía y obtenía permiso para retirarse, yo contuve una carcajada que se me escapó en cuanto la cocinera salió de la habitación.

—Pero ¡qué insubordinación! —bromeó Leopold—. A veces me pregunto quién es el señor en esta casa…

—Quizá sea mejor así… Perdona, pero ¡no me tienta mucho la idea de comerme un plato de tripas! —repliqué yo.

—Estoy rodeado de mujeres desconfiadas —bromeó Leopold—, si el *saure Kutteln* es un plato de reyes. ¡Calienta el corazón y el alma! Siempre me lo preparaba mi querida tía Hilde, pero ahora me temo que tendré que renunciar a él. La señorita Fowler no es exactamente una cocinera inclinada a la experimentación ni a la cocina internacional, y yo no tengo programado ningún viaje a Alemania en el futuro inmediato… Me da que me quedaré con las ganas mucho tiempo.

Leopold había hablado en tono de broma, pero algo en su voz me hizo comprender que aquel anhelado sabor era un vehículo de dulces recuerdos. Había muchas cosas que no sabía de él, como por lo demás les sucede a todos los hijos con sus padres, pero quizá a mí más. Nunca me había hablado mucho de su pasado, puede que por una innata reserva o por miedo a que pudiera intuir la naturaleza ficticia de nuestro parentesco. Pero aquel día sentí la necesidad de colarme entre los recuerdos de mi padre adoptivo y, al mismo tiempo, regalarle nuevos recuerdos de nosotros. No sé si presentía que todo estaba a punto de terminar o si simplemente me encontraba en uno de aquellos momentos del crecimiento en que se comprende que se alzará el vuelo hacia la independencia pero que, en ocasiones, hace falta aún acurrucarse en la tibieza del nido familiar.

El hecho es que se me ocurrió una propuesta realmente singular para la época y para nuestra condición social.

—¡Cocinemos nosotros! Si la señorita Fowler no quiere

prepararte el *saure Kutteln*, ¡desde luego no podrá impedirte entrar en la cocina y hacértelo tú mismo! Y yo te ayudaré. Ya he intentado cocinar alguna vez. ¡Verás, será divertido!

Leopold frunció el ceño por un instante, y luego lo distendió mientras una sonrisa le iluminaba la cara.

—¿Por qué no? ¡Podría serlo de verdad! Además, de pequeño miré muchas veces a mi tía Hilde mientras cocinaba, algún secreto debí de aprender…

Y, así, nos lanzamos a aquella aventura. Pese a la insistencia de Horace, que quería enganchar el carruaje, decidimos ir a pie los dos solos a comprar los ingredientes que faltaban en nuestra despensa. Entramos en una carnicería de un barrio respetable, pero modesto. Leopold compró una cantidad de tripas que habría podido dar de comer a un ejército entero ante los ojos perplejos del carnicero y de los otros clientes y pidió que se las cortaran en tiras finas.

—¿Qué más hace falta para el *saure Kutteln*? —le pregunté cuando salimos.

—Mantequilla, caldo de carne, harina, sidra… ¿o era vinagre de manzana? —enumeró Leopold, inseguro—. Tal vez las dos cosas…

—Pero ¿no has dicho que mirabas a tu tía Hilde mientras lo preparaba? —le pregunté riéndome y apretándome contra su brazo.

—Sí, pero tendría seis o siete años como mucho…

Pese a las dudas de Leopold, compramos sidra y corrimos a la cocina. La señorita Fowler nos dejó libre el campo de muy mala gana, después de entregarnos los ingredientes necesarios de la despensa. Ya no se atrevía a oponerse más a la voluntad del señor de la casa, pero estaba clarísimo que tomaba aquella invasión de sus dominios como una afrenta personal y quiso dárnoslo a entender resoplando como una locomotora de vapor.

Yo, mientras, me había anudado un delantal a la cintura y me disponía a ser un perfecto pinche de cocina.

—¿Por dónde empezamos? —le pregunté, blandiendo un cazo.

—Podrías intentar cortar las cebollas —sugirió Leopold.

Instantes después, mis ojos ardían como tizones.

—¡Entonces es cierto que hacen llorar! —exclamé, pasándome instintivamente una mano impregnada de cebolla por los ojos, con lo que solo conseguí empeorar la situación.

Leopold me tendió su pañuelo y me hizo una señal para que me

apartara.

—Deja que pruebe yo, no te creía tan delicada.

Al cabo de un momento también él tenía los ojos hinchados e irritados, y además se había cortado en un dedo con el afiladísimo cuchillo. Le devolví el pañuelo, riéndome.

—¿Quién es tan delicada? —le pregunté, toda angelical.

—Recuérdame que le aumente el sueldo a la señorita Fowler. Nunca me había dado cuenta de que su trabajo está lleno de trampas y peligros.

—¿Cómo va, si puedo preguntar? —preguntó la cocinera, como si nuestra conversación la hubiera llamado, mientras Leopold se curaba el dedo.

Tratamos de disimular, pero nuestros ojos enrojecidos nos delataron inmediatamente. La cocinera se cruzó de brazos en claro signo de desaprobación.

—¿Cómo ha dicho que se llama este plato? —preguntó con escepticismo.

—Tripas a la Wincklemann, señorita Fowler. ¡Será un triunfo, ya verá! —exclamé yo, sacándola gentil pero firmemente de la cocina.

Entretanto, Leopold había calentado la mantequilla y estaba sofriendo la cebolla, a la que había añadido un par de cucharadas de harina. La mezcla resultante era grisácea y grumosa, pero me cuidé mucho de hacer comentarios.

—Ahora debería añadir el caldo —dijo Leopold, y yo le pasé el cazo. Pero él parecía indeciso—. No, quizá debo echar las tripas, remover y luego cubrir con el caldo…

No sabiendo cómo resolverlo, optamos por alternar una cucharada de tripas y un cazo de caldo en la cazuela. Parecía que todo iba bien cuando Leopold derramó caldo sobre el fuego y la cocina se llenó de vapor con un fuerte olor a quemado.

—¡Santo cielo! —exclamó la señorita Fowler, que reapareció en la puerta atraída por el olor. Tenía una expresión decididamente alarmada, como si esperase encontrar toda la cocina en llamas.

—¡Los vapores de caldo son fundamentales para preparar las tripas agrias a la Schopenhauer! —improvisé.

—Pero ¿no había dicho que se llamaba…? —empezó a decir ella, recelosa, pero luego resopló por enésima vez y se retiró por propia voluntad.

—¡Oh, pobre de mí, faltan los tomates! —exclamó en aquel momento Leopold, dándose una palmada en la frente.

—¿Tomates?

—Tía Hilde hacía una salsa y la añadía al plato.

—Pero ¡si no es temporada de tomates!

—Lo sé… —se abatió Leopold—. ¿Y ahora?

—¡Este será el *saure Kutteln* a la Leopold! —repuse yo, tratando de reavivar su alegría—. ¡Y el *saure Kutteln* a la Leopold no lleva salsa de tomate, evidentemente!

Leopold me sonrió y dijo:

—¿Por qué no? Mientras, tú vete preparando las patatas con mantequilla, yo me encargo del *saure Kutteln* a la Leopold, ¡es mi especialidad!

Después de hora y media aproximadamente, y tras haber añadido bayas de jengibre, laurel, sal, pimienta y otras especias cogidas al azar y olidas una por una, nos declaramos satisfechos y corrimos a cambiarnos para la cena.

En la mesa, Leopold se sirvió una generosa ración de *saure Kutteln* y la probó con los ojos cerrados.

—¿Cómo está? —le pregunté yo.

—¡Exquisito! El mejor *saure Kutteln* que haya comido nunca, incluso superior al de mi tía Hilde —respondió él, radiante.

—¿Has visto? ¡Eres un chef excepcional!

—¡El secreto es cocinarlo dejándose llevar por la inspiración del momento! —afirmó Leopold, guiñándome un ojo—. ¡Venga, pruébalo!

Para contentarlo, pinché un par de trocitos, pero, al metérmelos en la boca, sentí un sabor agrio y punzante que me provocó una mueca.

—He de confesar que para mí es un poco fuerte.

—¡Ah, es que el *saure Kutteln* a la Leopold es solo para paladares resistentes! —bromeó Leopold—. ¿Hago que la señorita Fowler te prepare otra cosa?

—No, por favor, está tan enfadada que podría carbonizar cualquier comida con la mirada —bromeé—. Me comeré las patatas, ya sabes que me pirran.

La cena prosiguió en aquel tono burlón y Leopold se puso a contar anécdotas de cuando yo solo era una niña recién llegada a su

casa, y se explayó particularmente en lo difícil que era hacerme probar las comidas sin que yo las rechazara furiosamente lanzándolas a todas partes o untándomelas por las mejillas. En un momento había desaparecido toda la distancia creada entre nosotros.

Todavía hoy me siento agradecida por aquella pausa en la investigación, que me permitió gozar de un día tan espléndido con mi padre. Es uno de los recuerdos más hermosos que guardo de él, y me hace comprender cómo a veces las acciones más sencillas, como cocinar juntos aquel plato tan raro, valen más que mil complicadas palabras.

Mientras tanto, nuestro plan avanzaba, encarrilado por la vía tendida por Sherlock. Y *The Times*, abandonado sobre la mesita de nuestro salón y abierto por la página de la *agony column*, lo atestiguaba.

Capítulo 15

UN ENCUENTRO MUY MOVIDO

Al día siguiente, en el desayuno, Leopold estaba claramente de buen humor y yo también me había despertado llena de alegría y energía. No me había dado cuenta hasta aquel día de lo mucho que nuestro distanciamiento había pesado en toda la casa. Era como si se hubiesen despejado unas nubes de tormenta y se hubieran abierto claros en el cielo sereno por los que penetraba la luz del sol. No era la única en darse cuenta: cuando Horace nos dio los buenos días trayéndonos los periódicos, tenía la expresión satisfecha de un gato que acabara de zamparse a un canario. Le sonreí a mi vez mientras untaba mantequilla y mermelada de naranja en una tostada.

—¿Puedo coger *The Times*? —pregunté.

—Irene, por casualidad no te habrás aficionado a ese nido de despropósitos que es la *agony column*… —me dijo afablemente Leopold, dándole sorbitos a su té.

Consideré la posibilidad de negarlo, pero luego decidí no estropear el buen ambiente creado en casa y contesté:

—Hay un intercambio de mensajes en el que confieso estar muy

interesada.

Por entonces, los mensajes particulares enviados a los periódicos constituían una manera original y eficaz de comunicarse. Los diarios tenían una enorme difusión y no era nada raro que las personas confiaran a sus páginas anuncios, secretos y declaraciones. Había anuncios de bodas y búsquedas de personas desaparecidas, pero también mensajes mucho más enigmáticos y a menudo auténticos *feuilletons* que hacían soñar a los lectores. Sherlock me había contado que desde hacía meses causaban sensación las vicisitudes de un lord que había llevado en su carruaje a una joven aristócrata en inconcretas dificultades y que luego había intentado dar con ella por medio de la *agony column*, iniciando así un intercambio epistolar con la misteriosa muchacha ante los ojos de toda Inglaterra. El hecho de que Sherlock estuviese al corriente me había dejado de piedra en un primer momento, pero luego, al pensarlo, me había dado cuenta de que era muy típico de Sherlock el interesarse por los asuntos ajenos. Mi amigo, a diferencia de la mayor parte de los lectores de esa sección, no lo hacía por amor al chismorreo, sino más bien con la esperanza de hallar algún misterio que resolver. Un ánimo, con seguridad, totalmente diferente a aquel con el que la amable señora Hastings, como ella misma había explicado, leía cotidianamente la *agony column*. Pero precisamente esta clase de información había sido el punto de partida de Sherlock para idear su plan.

En *The Times* del día anterior, el que había mirado nerviosamente durante una hora antes de meterme en la cocina con Leopold, había aparecido este anuncio:

> *A mi regreso de muy lejos, estaré de visita en Londres unos días gracias a un importante encargo de la prestigiosa Compañía de las Aguas, para la cual tengo el honor de trabajar. Quisiera encontrarme con un primo que no he tenido oportunidad de ver desde hace muchos años, de nombre Coughlan, para saludarlo a él y también a Susan. En el caso de que él o algún conocido suyo lea este mensaje, le ruego que acuda al pub Three Horseshoes, en Freeman Street, a las seis de la tarde.*

Obviamente, no existía ningún primo y el mensaje había sido

escrito por Sherlock, Arsène y yo precisamente para dar con Coughlan, o quizá debiera decir Punter. El plan de Sherlock se basaba en un sencillo razonamiento lógico: la señora Hastings leía la *agony column* todos los días y seguro que llamaría su atención la homonimia con su mayordomo. Nuestra esperanza era que la anciana señora le hablara a Coughlan del mensaje y que el supuesto mayordomo se fijara en las alusiones a la inexistente Compañía de las Aguas y a Susan. Seguro que aquellos dos indicios, que solo él podía reconocer, harían sonar un timbre de alarma en su mente. Se preguntaría quién estaba al tanto de sus secretos y sus fechorías y con un poco de suerte caería en nuestra trampa.

—Bah, me pregunto cómo pueden llegar esos confusos mensajes a sus destinatarios. Algunos son realmente absurdos —comentó Leopold, echando una ojeada al periódico por encima de mi hombro.

—Creo que cumplen su objetivo más de lo que pueda creerse —repliqué. Y pensé: «O al menos así lo espero».

Aquella tarde me inventé otra invitación de la familia Holmes. Si Leopold sospechó, no lo dejó ver. Quizá la distensión en nuestra relación lo había alegrado hasta tal punto que no quería arriesgarse a desencadenar otro temporal.

Yo era muy consciente de que, para la época en que vivíamos, mi padre adoptivo me concedía una libertad inusitada. Cuando, muchos años después, le pregunté por qué, él contestó que estaba convencido de que yo era una persona extraordinaria y que a las personas extraordinarias hay que darles libertad para buscar lo que desean, incluso a costa de saltarse las convenciones dictadas por la sociedad.

Pero, echando la vista atrás, he comprendido una cosa fundamental. Yo era una chiquilla rebelde y llena de vida y él nunca intentó, en ningún momento, ni siquiera para protegerme, poner freno a aquella sed mía de aventuras. No debió de serle fácil y seguro que le ocasionó muchos tormentos y muchas noches en vela, a causa también de las maquinaciones que se cernían sobre nuestras cabezas. Habría sido más fácil ponerme límites, imponerme la autoridad paterna, hacerme más parecida a las chicas de mi tiempo. Leopold, sin embargo, nunca lo hizo. Nunca antepuso una vida tranquila a mi felicidad. Si ha habido alguna persona

extraordinaria en nuestra familia, creo sinceramente que fue él.

Y así, a la hora convenida, me encontré con Arsène delante de la casa de Sherlock, que estaba estratégicamente cerca del pub indicado en el anuncio.

—¿Y Sherlock? —pregunté, mirando a todas partes.

—Tendría que salir de un momento a otro —dijo Arsène. Y, señalando la ventana de la habitación de nuestro amigo, añadió—: ¡Ahí está, de hecho!

Yo me llevé las manos a la boca para contener un gritito de estupor. Los pies de Sherlock acababan de aparecer en el alféizar de la ventana y un instante después el resto de su cuerpo fue visible, en equilibrio a varios metros del suelo.

—Pero ¡¿qué hace?! —exclamé.

—¡Sortear de un modo audaz la prohibición de su madre! —me explicó Arsène con una sonrisita mientras Sherlock se agarraba al canalón y bajaba cautelosamente por el muro.

Cuando aterrizó sano y salvo en la acera, se alisó los faldones de la chaqueta un poco demasiado grande para él y, como si nada, vino corriendo hacia nosotros. Pese a la sorpresa, no hice comentarios. Todos nosotros habíamos hecho varias veces algo temerario y también habíamos corrido serios peligros con tal de participar en una investigación.

Faltaban pocos minutos para la cita y nos apostamos en las inmediaciones del pub. La entrada daba a una calle estrecha y Sherlock había elegido a propósito aquel local escasamente frecuentado para poder identificar a Punter con facilidad. Pero el imprevisto retraso de Sherlock nos había hecho perder unos cuantos minutos preciosos y, cuando Punter dobló la esquina, todavía no habíamos entrado. Me puse rígida y noté que también mis amigos hacían otro tanto. El hombre nos lanzó una mirada distraída y estaba a punto de entrar en el pub cuando se detuvo de golpe y se volvió.

—Buenas tardes, señor Punter —se encaró con él Sherlock.

—¡¿Vosotros?! —exclamó el hombre al oír pronunciar su nombre y comprendiendo al instante que había sido engañado—. ¡Sabía que no habíais dicho la verdad!

—¿Y qué me dice de usted, entonces, que se escapó de la cárcel y se hace pasar por mayordomo? —repliqué.

—¿A qué viene toda esta historia? ¿Es que ahora los buenos samaritanos, o lo que diablos dijerais que sois, se meten a justicieros? —preguntó Punter, y echó una mirada nerviosa a su espalda.

—¿Qué había en el sótano de Grinsted? —lo acució Sherlock—. ¿Era usted el ingeniero de la Compañía de las Aguas?

Punter apretó los labios y golpeó rabiosamente el suelo con el pie.

—¡Maldito Burlington, no podía tener el pico cerrado! —masculló con los ojos centelleándole de ira—. Hablasteis con él, ¿verdad?

—¿Y Susan, la criada de Sinclair? —presioné más yo.

—¿Qué tiene que ver Susan? ¿Os ha dicho algo? ¿Y qué sabe esa estúpida, esa pequeña espía? —bufó Punter, acercándose y adelantando las manos como para agarrarme por los hombros.

—Ni lo intente —dijo Arsène, y sacó una pistola.

Me hizo falta toda mi sangre fría para no gritar de sorpresa.

—Me gustaría mucho ver cómo te las apañas con el gatillo, niño —replicó Punter con una sonrisita condescendiente, pero levantando los brazos en señal de rendición—. ¿Qué queréis hacer, arrestarme? ¿Scotland Yard usa ahora a chavalillos como agentes? —preguntó Punter, despectivo.

—No somos policías, pero queremos saber qué tramaba en el sótano de Grinsted. ¿Dónde ha metido el cadáver? —siguió aguijoneándolo Sherlock.

La actitud segura del hombre empezaba a resquebrajarse. Punter miró de nuevo a su alrededor, buscando con los ojos una vía de escape.

—No sé de qué me habláis… Y sobre todo no sé quiénes sois. ¿Amigos de Burlington quizá?

—Scotland Yard viene de camino —se tiró un farol Sherlock, encogiéndose de hombros.

—Esto se ha acabado —confirmó Arsène, moviendo la pistola.

Pero en aquel momento, un ruido de ruedas renqueantes llenó la callejuela. Una carreta maltrecha, cargada de ropas viejas y conducida por un trapero de aspecto miserable, pasó junto a nosotros. Por un instante nos quedamos quietos todos, incluido Punter. Pero luego el prófugo hizo un extraño movimiento hacia la

carreta y, levantándola con ambas manos por un lado, la volcó hacia Lupin, que se apartó justo a tiempo mientras el caballo se encabritaba y el cochero terminaba en el suelo con un grito.

En un abrir y cerrar de ojos, Punter se esfumó.

—¡Socorro! —exclamó el trapero, y Arsène y yo corrimos en su auxilio.

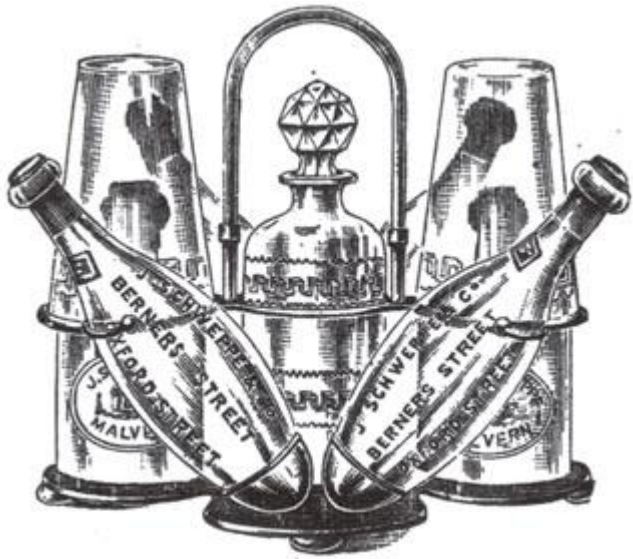
—Guárdate ese chisme —le susurré a mi amigo, que todavía empuñaba la pistola.

—Está descargada —se justificó él, pero se la metió deprisa en el bolsillo, antes de que el trapero pudiera verla.

Holmes estaba de pie al final de la callejuela con los puños apretados, sin hacer caso del alboroto que el caballo encabritado y el trapero enfurecido armaban a su espalda. Para él aquello era algo sin ninguna importancia en comparación con el hecho de que acabara de dejar escapar a un peligroso prófugo, único sospechoso en el misterioso caso que llevábamos días intentando resolver.

Capítulo 16

EL MISTERIOSO SEÑOR BURLINGTON



—Todavía no me puedo creer que se me escapara —se lamentó Sherlock al día siguiente, cuando estábamos sentados a nuestra mesa de siempre en la Shackleton Coffee House. Teníamos delante tres tazas de chocolate humeante, y esta vez Sherlock no parecía tener intención de dejarse ni una gota. Lo tomé como una señal de que, pese a la humillación, para él el caso no estaba ni mucho menos cerrado.

—Esta mañana he ido a charlar un rato con Carol, la criada de los Hastings —dijo Arsène—, y parece que Coughlan no volvió ayer por la noche.

—Tal como esperábamos —constaté yo.

—La he invitado a una copita de jerez mientras hacía la compra y Carol me ha contado que los señores Hastings están muy preocupados —añadió Arsène.

—Pobrecillos —suspiré—, parecen tan amables, no se merecen estar angustiados por semejante canalla.

—Quién sabe, quizá podríamos volver a su casa para hacerles

algunas preguntas —propuso Sherlock.

Pero Arsène negó con la cabeza y dijo:

—Carol me ha hablado de Coughlan como de un tipo muy reservado. Y si la angustia de los señores Hastings es sincera, no creo que tengan ni una vaga idea de quién es realmente su querido mayordomo.

—¿Y Susan, la criada de Sinclair? —pregunté yo.

—¡Es verdad, podríamos hablar con ella! —exclamó Arsène.

Pero Sherlock desechó aquella propuesta con un gesto de la mano, como se hace con una mosca fastidiosa.

—¿Qué pasa? Casi puedo ver los engranajes de tu cerebro girando furiosamente, amigo mío, pero ¡no sé con qué maldita finalidad! —se burló Arsène.

—Estoy pensando que Punter tenía razón en una cosa.

—¿En cuál? —pregunté.

—En que desde luego no podemos arrestarlo nosotros. Tenemos que involucrar a Scotland Yard.

—¿Y dejar que disfruten de toda la diversión? —bufó Arsène.

—Reconozcámoslo —dijo Sherlock, inclinándose hacia delante y juntando las manos—, nosotros somos buenos, mejores que el típico detective de la policía. Pero hay cosas que no podemos hacer. Mi plan de ayer no funcionó porque era demasiado imprudente. ¿Qué creíamos, que un criminal curtido como Punter cantaría inmediatamente toda la verdad?

—Un elemento sí nos lo proporcionó… —sugerí yo.

—Burlington —respondió Sherlock, asintiendo con la cabeza—. Desde luego, yo también opino que vale la pena seguir esa pista, pero es innegable que mi jugada fue precipitada.

—¿Que te… equivocaste? Y que… ¿admites que te equivocaste? —se rio Arsène—. ¡Irene, saca esa libreta tuya de notas y apunta esta fecha, porque creo que es más que rara, única!

—De todos modos, tengo ya en mente un remedio —replicó Sherlock, poniendo sobre la mesa una hoja en blanco, un sobre y un lápiz—. Una nota anónima a Scotland Yard.

—Me parece una buena idea —aprobé—. Después de todo, es cierto, no podemos arrestar a Punter, así que ponernos a buscarlo por nuestra cuenta no tiene mucho sentido.

—Pero podemos buscar a Burlington —insistió Sherlock.

—De él no sabemos más que su nombre… —resopló Arsène.

—Seguro que no es ningún angelito —comenté—. A fin de cuentas, debe de estar implicado en este misterioso homicidio sin cadáver. Apuesto a que también Burlington, como Punter, tiene antecedentes penales.

—Ahora solo hay que encontrar el modo de verificarlo —dijo Sherlock—, puesto que no podemos acceder a los registros de Scotland Yard.

—Pero ¿qué te ocurre hoy? ¿Tienes envidia de los pies planos? —bromeó Arsène—. Da la casualidad de que también nosotros tenemos recursos de cierto nivel. Un nivel por debajo del suelo, para ser preciso.

—¿Qué tienes en mente? —pregunté yo, pero empezaba a comprender adónde quería ir a parar Lupin.

—A los granujas hay que buscarlos en los bajos fondos —asintió Sherlock, demostrando que había comprendido a su vez.

—Y gracias a mí tenemos a un amigo en los bajos fondos —respondió Arsène—. ¿Veis como hice bien congraciándome con él?

—¿Con Lukas? —me reí yo.

—Bueno, parecía dispuesto a ayudarnos en caso de necesidad —observó Arsène—, pero pensaría en algo que darle a cambio de la información, como incentivo.

—¿Qué te parece una lámpara como la que imprudentemente intentó robarnos? —preguntó Sherlock, y Arsène asintió.

El carnet del Alpine Club de Inglaterra daba acceso a Sherlock a toda una serie de materiales e instrumentos muy apetecibles, entre ellos lámparas de minero y equipos de espeleología. El joven Holmes tardó algo menos de medio día en procurarse una lámpara roja flamante y después, juntos, nos dirigimos a casa de Sinclair con la intención de hacerle una visita de cortesía a Susan, la joven criada seducida por Punter.

—¡Ni hablar! —soltó Susan cuando le expusimos el plan—. No os dejo pasar por el sótano del señor Sinclair.

—¿Ni siquiera si eso pudiera ayudar a Coughlan? —preguntó Sherlock, y ella se mordió una uña, indecisa.

Le hicimos algunas preguntas y descubrimos que no tenía ni idea de dónde había acabado Coughlan, ni sabía que aquel hombre era en realidad un prófugo llamado Punter.

Para mi gran sorpresa, el estupor mostrado por Susan al recibir aquella noticia no se convirtió en absoluto en rabia. Imaginé que, en vez de sentirse engañada por su amante, la joven criada se sentía ahora como la protagonista de una novela por entregas, su destino entrelazado con el de un audaz aventurero.

Me pregunté si yo en su lugar habría reaccionado de una manera distinta… Pero no había tiempo para dejar volar la imaginación. Pasamos, en cambio, a preguntarle por la trampilla del sótano.

Aunque con cierta renuencia, Susan admitió que le había enseñado los pasadizos subterráneos a Coughlan y que los habían usado para sus citas amorosas. Coughlan había mostrado enseguida gran curiosidad por aquellos lugares, cuya existencia conocía pero no había visitado nunca, y Susan se había divertido explorándolos con él.

—¿Creéis que puede estar en peligro? —preguntó la criada, que se llevó una mano al pecho para después sobresaltarse, como turbada por un pensamiento repentino—. ¿Y vosotros? ¿Qué tenéis que ver vosotros en todo este asunto?

—Un conocido común nos ha pedido que ayudemos al viejo Punter —improvisó Sherlock. Aquellas palabras fueron dichas por mi amigo con la pronunciación áspera de los bajos fondos, como si solo en aquel momento hubiera querido revelar su verdadera voz—. Somos gente que no se echa atrás si hay que ayudar… ¿Y tú? —terminó diciendo con el mismo soniquete.

Al oír aquellas palabras, Susan cedió y nos dejó entrar a escondidas en la casa. El señor Sinclair estaba encerrado en su estudio componiendo sonetos y no se percató de nada.

—Traedlo de vuelta —nos dijo Susan, que cerró la trampilla sobre nuestras cabezas.

—¡Cuenta con ello! —mintió Sherlock, culminando aquella inspirada actuación suya.

Poco después, Arsène profirió su silbido de llamada y solo nos quedó esperar. Pasaron largos minutos en los que, para matar el tiempo, anoté en la libreta damasquinada todo lo que habíamos descubierto, a la luz de la lámpara de minero de Sherlock, mientras que la lámpara gemela para Lukas estaba guardada en el macuto que mi amigo llevaba al hombro.

—¿Y si no viene? —pregunté yo al rato, empezando a dudar de

la palabra del ladronzuelo.

—No hay honor entre ladrones —masculló Sherlock, fastidiado por la espera, citando un dicho popular.

—En realidad, a menudo los delincuentes obedecen a un particular código de honor suyo —contestó Arsène con una sonrisa enigmática.

Sherlock y yo no hicimos más comentarios. Sabíamos que Arsène conocía aquel ambiente a causa de las acciones no exactamente ejemplares de su padre, pero ni Sherlock ni yo, al menos por lo que sabía, habíamos afrontado nunca abiertamente el tema con él.

En todo caso, en aquella ocasión Arsène tuvo razón y, de repente, desde el túnel que se encontraba a nuestra derecha, asomó Lukas. Detrás de él venía Fishbone.

—Habéis vuelto —constató el jefecillo, escrutándonos como si quisiera sopesar nuestras intenciones.

—Necesitamos vuestra ayuda —dijo Arsène.

—¿Y qué os hace pensar que nos gustaría ayudaros? —replicó Fishbone, seco.

—Traemos algo que quizá os interese —dijo Sherlock, y sacó la lámpara de minero del macuto y se la enseñó a los dos ladronzuelos.

—Nos dio la impresión de que queríais una —dije yo, que todavía no conseguía encajar el robo sufrido en nuestro primer encuentro.

Fishbone se rio y dijo:

—¿Y qué queréis a cambio de vuestra preciosa lámpara?

—No, no mucho… una información —respondió Arsène.

—¿Por qué creéis que nosotros la tenemos?

—Tu banda está bien situada aquí abajo —explicó Arsène— y estoy seguro de que tú sabes moverte también por arriba, ¿estoy en lo cierto, Fishbone?

—Si pretendes hacerme la pelota, extranjero, déjalo, que no cuela —repuso duramente el jefe de la banda.

—Solo estoy diciendo cómo están las cosas. Nosotros no tenemos acceso a…

—¿Ciertos antros de mala fama? —intuyó Fishbone con una carcajada de estar divirtiéndose.

—Digamos que… a cierta clase de ambientes, sí —respondió

Arsène, asintiendo.

—Lukas, coge la lámpara —dijo Fishbone, y el chiquillo, que hasta entonces había estado callado y quieto, se adelantó para cumplir la orden.

—Espera, todavía no sabes cuál es nuestra pregunta —dijo Sherlock, apretando bien el asa de la lámpara.

—Tomaré vuestro regalo como señal de buena voluntad —respondió Fishbone.

Sherlock nos miró a Arsène y a mí. Arsène le hizo una seña con la cabeza, indicándole que aceptara. Sherlock resopló, pero le dio la lámpara a Lukas.

—Ahora que hemos sellado el pacto —intervino luego Arsène—, ahí va lo que queremos saber.

Fishbone se quedó en silencio mientras le hablaba de Punter y Burlington.

—En resumen, me estáis pidiendo que haga de espía. Para eso, una lámpara no es pago suficiente.

—Hagámoslo así —propuso Arsène—: Tú descubres quién es el tal Burlington y luego decides si decírnoslo o no. Después de todo, también a ti te puede interesar, en vista de que Punter estaba tramando algo aquí abajo. Algo de lo que tú, evidentemente, no te habías enterado pese a que sea tu territorio.

—Como ya te dije, hasta que no me ponen un cuchillo en la garganta no me interesa.

—Pero debería interesarte evitar que eso suceda. Ha habido un homicidio, ¿quién dice que el próximo no será uno de los tuyos? Bastaría con que uno de vosotros se topara por casualidad con el asesino y… ¿qué ocurriría? Si fuera tú, no me arriesgaría.

—Y aunque encontrara esa información, ¿por qué os la debería dar a vosotros?

—Porque sobre los intrusos que circulan por vuestro territorio nosotros hemos descubierto en unos cuantos días más que vosotros en meses enteros —respondió Sherlock, tajante.

—Podemos ayudarnos mutuamente, Fishbone —añadió Arsène, ahora más conciliador—. Si descubrís algo, dejad un mensaje para nosotros en la Shackleton Coffee House.

Fishbone guardó silencio largos instantes y luego le hizo una seña a Lukas que solo ellos dos conocían. Ambos dieron media

vuelta y desaparecieron por donde habían venido.

—¿Tú crees que nos ayudarán? —le pregunté a Lupin cuando el ruido de sus pisadas se extinguió.

—Hemos hecho lo que podíamos para convencerlos… ¡Ahora ya solo nos queda esperar y ver! —contestó él, abriendo teatralmente los brazos.

Capítulo 17

LA VOZ DE LOS BAJOS FONDOS

Dos días más tarde, Fishbone nos esperaba con Lukas en un callejón. Como habíamos convenido, nos habían hecho llegar un mensaje, escrito con letra insegura en una hoja arrugada, en el que nos citaban en un callejón apartado desde el que podía oírse el discurrir de las aguas del Támesis; debía de estar cerca de la entrada a los túneles de la que nos había hablado Lukas, pero era también un lugar tranquilo y poco frecuentado a aquella hora del día, aunque conservara el halo de peligro típico de las zonas poco recomendables de la ciudad.

A la luz del sol, la piel diáfana del jefe de la banda de ladronzuelos parecía aún más translúcida e innatural. Semejaba una criatura de los abismos marinos que hubiera salido a la superficie por curiosidad. Aunque trataba de ocultarlo, sus pestañas blancas subían y bajaban para proteger sus ojos de color obsidiana. Sin embargo, se movía por el callejón como si fuera su dueño y, pese a que no estuviese en su ambiente natural, no había dejado de observarnos con regio desapego, como extranjeros que hubieran entrado en su reino para pedir audiencia. Lukas, por su parte, no dejaba de mirar en torno suyo nerviosamente, como si tuviera

miedo de que nuestra conversación pudiera ser escuchada por oídos indiscretos.

—Gracias por el mensaje —dijo Arsène con una sonrisa.

—Hasta el último momento hemos estado a punto de no presentarnos y dejaros con un palmo de narices —repuso Fishbone.

—Sin embargo, aquí estáis —constató Sherlock— y has traído a tu pupilo, así que es algo serio.

Lukas se sonrojó, hinchó el pecho y lanzó una mirada de lado a Fishbone como pidiendo confirmación de su propio papel, del que solo se daba cuenta entonces. Fishbone ni se dignó mirarlo y siguió diciendo:

—No habrá más encuentros entre nosotros.

—Está bien —le aseguró Arsène—. Pero ahora juguemos con las cartas boca arriba.

—Sabemos quién es vuestro Burlington —admitió Fishbone.

—Y si estáis aquí es para decírnoslo —atajó Sherlock—, si no, ¿por qué tomarse tantas molestias?

—Es espabilado tu amigo —dijo Fishbone mirando a Arsène.

—Ni siquiera te imaginas cuánto… —replicó él con una sonrisa de seguridad.

—¿Qué habéis descubierto? —pregunté yo, impaciente.

Se estaban comportando todos como niños, compitiendo a ver quién era más duro y cínico. ¡Hombres! A veces parecían pavos reales que intentaran demostrar quién tenía el plumaje más colorido, pero que no impresionaban a nadie. Ciertamente, no a mí.

—La señorita, en cambio, es alguien que va al grano —comentó Fishbone entre risas y clavando en mí sus ojos oscuros—. Estáis hechos unos buenos tipos, no hay duda. Para ser hijos de papá, quiero decir.

—No estamos aquí para dejarnos insultar, señor Fishbone —bufé, aguantando la mirada descarada del joven ladrón.

—Está bien, yo tampoco estoy aquí para divertirme… Tenemos información que os interesa mucho —replicó Fishbone—, así que esperamos un poco más de respeto y gentileza, querida mía.

—El respeto hay que ganárselo —sentencié—, y tú todavía no nos has dicho nada. ¿No será porque la información que posees no es tan valiosa?

—¡Díselo, Fishbone! —exclamó Lukas al sentir que se ponía en

duda el honor de su jefe y, por tanto, de toda la banda—. Diles que…

—Con calma, Lukas —dijo Fishbone, que se volvió hacia él y le hizo un gesto con la mano. Luego se dirigió otra vez a nosotros—: Primero tengo que dejar claro que os daré esta información no porque sea un espía, sino porque debo proteger mi guarida y a mi banda.

—Lo tenemos muy claro y jamás hemos pensado otra cosa —respondió Arsène, por una vez muy serio.

—Hemos estado preguntando por ahí —empezó por fin Fishbone cuando estuvo seguro de que todas sus exigencias habían sido aceptadas y se entendían sus propósitos—. Y hemos descubierto que varias personas conocían a un tal Burlington. Es más, en ciertos ambientes es un nombre bastante famoso. Parece ser que era uno de los mejores falsificadores de cuadros de Londres, si no el mejor.

—¡Un falsificador de cuadros! —exclamé—. ¡Seguro que es «nuestro» Burlington!

—Sí, la mancha de pintura al óleo que encontramos en el sótano de Grinsted señala precisamente en esa dirección —estuvo de acuerdo Sherlock.

—¿Y dónde podemos encontrarlo? —preguntó Arsène.

—Ah, eso es otro cantar… —dijo sarcásticamente Fishbone.

—No volvamos con los jueguecitos —lo interrumpí—. O lo sabes o no lo sabes.

—¡Qué furia, señorita! —dijo Fishbone, y soltó un silbido—. Pero no te dejes llevar demasiado por tu ánimo ardoroso, la cuestión es que no lo sabe nadie. Burlington era asiduo a un par de «abrevaderos» para gente de cierta clase y alguno está seguro de haberlo visto con Punter, pero hace una semana que no da señales de vida. Parece que se ha desvanecido de un día para otro.

La cara de Sherlock se iluminó.

—¿Hace una semana, dices? Entonces quizá nosotros sepamos qué ha sido de él.

¡Pues claro! Era la única hipótesis sensata. Mis amigos y yo cruzamos una mirada breve e intuimos que los tres estábamos pensando lo mismo: el enigmático cadáver desaparecido del sótano del señor Grinsted.

—Gracias por toda la información, Fishbone —dijo Sherlock.

—Nuestros caminos se separan aquí —dijo el ladrón— y no creáis que lo he hecho como un favor a vosotros.

—Claro, debes defender a tu banda, lo hemos entendido —repliqué yo, pero se había disipado un tanto mi animosidad hacia él. Gracias a su tan valiosa como inesperada ayuda, ahora todo nos parecía un poco más claro.

Poco después estábamos de nuevo en la Shackleton Coffee House. El camarero nos recibió con un ademán distraído de la cabeza, para entonces pasábamos todo nuestro tiempo libre en aquel lugar y para él nos habíamos convertido en una presencia fija y característica del local, como los muebles estropeados o los visillos lisos. Por suerte, el estado de gracia en las relaciones entre Leopold y yo perduraba, pese a que yo abandonara tan a menudo las tranquilas paredes domésticas. A cambio, sin embargo, me esforzaba por ser la más cariñosa y habladora de las hijas cuando me quedaba en su compañía. Eso y el hecho de que la mujer alsaciana del panadero tan ensalzado por Grinsted preparase los mejores *kugelhupf* de la ciudad, que yo compraba en el camino de vuelta desde la Shackleton Coffee House precisamente para Leopold, llevándole un poco de los sabores de su infancia en Alemania, había contribuido a prolongar mi extrema libertad de movimientos.

Nos sentamos a nuestra mesa, llenos de interrogantes y pensamientos, pero esperamos la llegada del chocolate, confiando en que la convicción de Sherlock sobre las propiedades del cacao fuese verdad y nos ayudase a disipar aquella madeja increíblemente enmarañada.

Sherlock se tragó la bebida sin notar siquiera su sabor y fijó en nosotros dos ojos tan inquietos que lo hacían parecer presa de un ataque de malaria.

—¿Cuáles son los datos que poseemos? —preguntó, y yo saqué la libreta instintivamente. Pero, entretanto, Sherlock se había lanzado ya a recapitular la investigación, gesticulando con las manos como si moviera invisibles ladrillitos de una construcción en marcha.

—Tenemos un maleante evadido de la cárcel, Punter. Este maleante fue visto con Burlington, un conocido falsificador. Y él mismo lo nombró cuando lo abordamos por sorpresa. Tenemos también a un encuadernador de discutible perspicacia, al que un

plato de salchichas con salvia consigue hacerle olvidar el susto por haber encontrado un cadáver en su sótano. Porque al principio de todo había un cadáver en un sótano que, sin embargo, desapareció antes de la llegada de la policía, y una mancha de pintura al óleo que señala a Burlington. El cual, mira por dónde, está fuera de la circulación desde hace una semana, es decir, me atrevo a aventurar, desde el momento del homicidio.

—Así pues, el cadáver misterioso es el de Burlington —observé yo, dando golpecitos con el lápiz sobre la libreta—. Pero ¿por qué?

—¿Y toda esa invención de la Compañía de las Aguas? ¿Qué tiene que ver con el trabajo de un conocido falsificador? —preguntó Arsène, pensativo.

—Lo sé… Todavía no tiene sentido, ¡nos falta algo! —resopló Sherlock, moviéndose intranquilo en su butaca preferida.

—¿Y si Punter estuviera implicado en un tráfico de pinturas falsas? —sugirió Arsène.

—Entonces ¿por qué matar a su proveedor?

—Quizá no hubiera hecho bien su trabajo y lo había puesto en dificultades.

—Fishbone ha sido claro al decirnos que Burlington era uno de los mejores de Londres, puede que incluso el mejor —intervine, negando con la cabeza.

—Además, ¿por qué matarlo en el sótano de Grinsted? ¿Después de haberse tomado tanto trabajo para requisarlo durante dos semanas, pagando incluso a Grinsted para que se quitara de en medio? —preguntó Sherlock, más a sí mismo que a nosotros.

—Quizá en el sótano de Grinsted había algo importante —supuso Arsène.

—Él jura que no había nada —objeté yo.

—Con toda franqueza, ese tipo no es exactamente fiable. A lo mejor estaba en posesión de un tesoro y no se había dado cuenta.

—Pero, en tal caso, ¿qué tiene que ver el falsificador? Y, además, ¿qué tesoro necesita dos semanas para ser robado? —dije yo, luego recordé de repente un detalle—. ¿Y Susan?

—¿La criada de Sinclair? —preguntó Sherlock, sopesando aquel detalle—. Tienes razón, ella tiene algo que ver. Pero, cuando le preguntamos por la Compañía de las Aguas, me pareció auténticamente perdida.

—O bien es una artista de la mentira —sugerí.

—Yo me doy cuenta de cuándo mienten las personas —declaró Sherlock, y al cabo de todos estos años todavía se me encoge el corazón al pensar que solo se ha equivocado una vez en la vida y que la culpable de aquel error fui yo. Sherlock siempre ha estado muy seguro de su capacidad, pero también ha sido muy severo consigo mismo. Solo puedo imaginar cuánto debió de endurecer su corazón el haber sido traicionado por una persona en la que él confiaba. Pero en aquel momento, en la Shackleton Coffee House, delante de mí había aún un chico genial y entusiasta, que ya poseía todas las cualidades del gran detective pero no la aspereza que lo distinguiría en la edad adulta.

—¡O puede que el culpable sea quien le da trabajo, el señor Sinclair! —exclamó Arsène—. No sé qué pensáis vosotros, pero, en mi opinión, ese lechuguino de poeta no dice la verdad.

—Un lechuguino, dices bien… Pero no parece la clase de tipo que se compincha con un prófugo y un falsificador —repuse yo.

—Tienes razón, a ese solo puedo imaginármelo en medio de pañuelos de seda, cortinas de brocado, estucos y pinturas…

Sherlock se volvió de sopetón hacia Arsène.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que no me lo imagino en medio de maleantes…

—¡No, después! ¡Lo que has dicho después! —lo interrumpió Sherlock, que se puso en pie.

—¿Que me lo imagino en medio de cosas caras, estucos y pinturas? Ya visteis su casa, era realmente una feria de la ostentación y…

—¡Pinturas! —repitió Sherlock dando una palmada y haciendo sobresaltarse a un par de parroquianos sentados en los taburetes de la barra. Después, con los ojos centelleantes y una sonrisita inmensamente satisfecha, añadió bajando el tono de voz—: ¡*Monsieur* Lupin, me temo que, a su pesar, con esa ociosa observación acaba de resolver el caso!

Capítulo 18

UNA VISITA DE CORTESÍA

Como a menudo había sucedido en tales circunstancias, asistimos a aquella peculiar mutación de ánimo que se producía en Holmes cada vez que descubría algo que juzgaba verdaderamente interesante. Un estado que no dudaría en calificar de arrobada exaltación, en el que el resto del mundo dejaba de existir y cada fibra de su mente y de su cuerpo tendía a alcanzar un objetivo específico a cualquier precio. Arsène y yo habíamos aprendido a secundarlo y sobre todo a no querer obtener respuestas de él. Lo que parecía cristalino a su brillante y sistemática inteligencia no podía, según él, dejar de estar claro también para los demás. Y si no lo estaba, en todo caso no valía la pena malgastar preciosas energías en explicarlo.

Así que Lupin y yo lo seguimos, intrigados, mientras salía de la Shackleton Coffee House sin decir ni una palabra más, andando con la cabeza alta y los puños apretados.

Sherlock nos condujo a la calle en que se encontraba la casa de

los Hastings.

—¿Quieres interrogar otra vez a los señores Hastings? —le pregunté yo, perpleja.

—Nada de eso —respondió Sherlock—. Nuestra meta es la casa de Orville D. Sinclair.

—Por si no lo has notado, estamos en la manzana equivocada… —dijo Arsène, riéndose.

Sherlock parpadeó, como si tuviera que enfocar algo lejano, y dijo:

—No, en absoluto. La casa de los Hastings es el mejor punto de acceso a las galerías subterráneas.

—¿Y por qué quieres volver a los túneles? —pregunté, tratando de tener paciencia. A veces Sherlock hacía que me entraran ganas de cogerlo por los hombros y sacudirlo hasta que escupiera hasta la última palabra de cada pensamiento que cruzaba por su fino intelecto. Pero tomé aire y adopté la disposición de ánimo adecuada para esperar el momento en que se dignaría a arrojar algo de luz para nosotros.

—¿No está claro? Tengo que entrar en casa de Sinclair —respondió Sherlock desde la misma distancia sideral de poco antes.

Imaginaba su mente como un complicado archivo, lleno de engranajes que hacían moverse clasificadores y ruedecillas que abrían cámaras acorazadas y otros lugares inaccesibles. Muchos años después descubriría que él mismo usaba metáforas no muy diferentes para describirla y me preguntaría si yo se lo habría sugerido en una de aquellas charlas en la Shackleton… Pero había pasado demasiado tiempo para acordarse. De lo que estoy segura, sin embargo, es de que aquellos pocos años de juventud que Sherlock, Lupin y yo compartimos dejaron en nosotros una señal indeleble, un rasgo común que determinó lo que cada uno de nosotros fue después.

—A ver, ¿qué quieres hacer? —le preguntó Arsène, que pataleaba como yo por saber más.

—Tengo que comprobar una cosa.

Arsène y yo cruzamos una mirada de entendimiento, suspirando.

—Y quieres entrar en casa de los Hastings —constaté yo.

—Sí, y vosotros dos tenéis que ayudarme desviando la atención —explicó Sherlock—. Sinclair dijo que nunca salía de su estudio

entre las dos y las seis de la tarde, así que estoy seguro de que su presencia en la casa no será un problema. Pero tenéis que distraer a Susan y, obviamente, a los Hastings de modo que yo pueda entrar y salir por la trampilla sin correr el riesgo de que me vean.

—¡De Susan me encargo yo! —exclamó Arsène con lo que me pareció un exceso de entusiasmo, y no pude evitar lanzarle una mirada torva. Por un momento me volvió el impulso de pisarle un pie, pero me contuve. «Total, es demasiado mayor para ti», pensé con una sonrisita maligna.

—Yo me ocuparé de los Hastings —dije con sentido práctico.

—Irene, intenta sobre todo retener a Carol, la criada, haciendo que se quede en el salón tanto como sea posible —me pidió Sherlock, y yo asentí decidida.

Mientras Arsène corría a casa de Sinclair, yo fui a llamar a la puerta de los Hastings mientras Sherlock esperaba escondido detrás de la esquina. Vino a abrirme Carol.

—¿En qué puedo servirte? —preguntó con tono brusco y un tanto azorado. Estaba claro que, desde la desaparición del mayordomo, su trabajo había aumentado con obligaciones que no le gustaban demasiado.

Lucí mi mejor sonrisa de niña de bien y respondí:

—Buenos días, estoy aquí en nombre de la Sociedad Benéfica de Jóvenes Samaritanos para agradecerles personalmente a los señores Hastings la ayuda que han brindado a los huérfanos necesitados con su generoso donativo.

La criada me miró un momento, indecisa, y después, sin proferir ni una sola palabra, trotó hacia el interior de la casa.

Volvió instantes después y me hizo un gesto para que entrara, pero, en vez de cerrar la puerta detrás de mí, dio media vuelta bruscamente para precederme, y yo lo aproveché y dejé la puerta entornada para Sherlock.

Los señores Hastings me recibieron con extrema cortesía, pero capté en sus rostros la huella de la preocupación. Sin duda estaban angustiados por su mayordomo, y sentí una súbita antipatía por aquel delincuente de Punter, que había engañado a dos personas tan amables y solícitas.

—Espero no venir en un mal momento —dije después de que me hicieran sentar.

—Oh, nada de eso, querida —se apresuró a decir la señora Hastings—. Recibimos tan pocas visitas que siempre es un placer charlar con alguien, sobre todo si se trata de una joven tan dulce y voluntariosa como tú. ¿Podemos ofrecerte un té?

Carol, que durante todo el tiempo de los saludos se había quedado en el umbral de la sala, hizo intención de dirigirse a la cocina.

—¡Oh, no, gracias, no se molesten! —exclamé, deteniéndola con un ademán de la mano.

La criada permaneció un instante sin saber si obedecer la orden de la señora o atender mi ruego. Esperaba poder retenerla aún un momento para estar segura de que Sherlock tenía tiempo de colarse en el sótano, así que le dije:

—Creo que no oí su nombre.

—Ejem…, Carol —contestó ella, un tanto asombrada.

—Encantada de conocerla, Carol. ¿Podría, por favor, ir a llamar a ese amabilísimo señor Coughlan, que fue tan atento ayudándonos a mis amigos y a mí con el baúl en nuestra pasada visita?

Carol miró a sus señores con cara desorientada.

—Querida, si nos encuentras angustiados es precisamente a causa de Coughlan —dijo el señor Hastings, sacándola del apuro.

—¡Oh, no! ¿Acaso le ha sucedido algo? —dije, fingiendo preocupación.

—Por desgracia, Coughlan no volvió ayer. Hemos avisado a Scotland Yard y nos han dicho que harán comprobaciones, pero han sido un poco bruscos al respecto. No quisiera que le hubiera ocurrido nada malo… —explicó la señora Hastings.

—¿Y no tienen idea de dónde puede estar?

—No. Coughlan es un hombre muy reservado, y siempre ha sido muy puntual a la hora de volver a casa. Ni en su día libre se tomaba siquiera cinco minutos más de lo acordado.

—Lamento mucho oír esta mala noticia, pero ya verán como todo se resuelve de la mejor manera —dije intentando sonar consoladora—. No quiero robarles más tiempo en un momento tan delicado, pero quisiera expresarles, en nombre de la Sociedad Benéfica de Jóvenes Samaritanos, nuestro agradecimiento por lo que han hecho por los huérfanos y los necesitados.

—No tendrías que haberte molestado, querida. Solo eran viejas

cosas que nadie iba a usar, y nos complace habérselas donado a quienes tienen necesidad —quitó importancia a la donación la señora Hastings, pero pude percibir una pizca de alegría y orgullo en sus ojos, y me alegró que de algún modo su gesto caritativo hubiese ido destinado de verdad en beneficio de los necesitados, aunque gracias a un engaño.

—Nosotros, en la Sociedad Benéfica de Jóvenes Samaritanos, nos esforzarnos en darles las gracias personalmente a nuestros donantes llevándoles el testimonio del efecto de sus buenas acciones. Las cosas que ustedes donaron han sido entregados a la parroquia de Saint George, que se encuentra en uno de los barrios más necesitados de la ciudad, donde les darán un buen uso —expliqué, imaginando que los dos amables viejitos no tendrían ocasión de hablar con el pastor y, por tanto, de descubrir la peculiar manera en que le había llegado tal donación.

—Sois vosotros, los jóvenes voluntarios, a los que hay que dar las gracias por todo el trabajo que hacéis —respondió el señor Hastings.

—¿Y los dos simpáticos chicos que estaban contigo? —preguntó la mujer.

—Están ocupados en… otros asuntos importantes para nuestra causa. Pero les mandan sus saludos y me han pedido que les dé las gracias también en su nombre.

La señora Hastings insistió en que tomara un té. Calculando que Sherlock ya habría entrado en los túneles y probablemente estaría ya en casa de Sinclair, acepté. Aunque me consumiera la curiosidad, sabía que no podía aplacarla más que esperando, así que decidí charlar un rato más con los dos ancianos, que a todas luces vivían las raras visitas que recibían como un momento emocionante. Continuamos la conversación delante del excelente Earl Grey acompañado de sabrosas galletas *shortbread*. Como le había prometido a Sherlock, me esforcé por retener a Carol en el salón todo lo posible, pensando en el inminente regreso de mi amigo. Hice cumplidos de las galletas hasta la extenuación y, dejando estupefactos a los dueños de la casa, pedí que me explicaran la receta paso a paso. Para justificar tanto interés por la cocina, les conté la reciente hazaña culinaria llevada a cabo por mi padre y por mí, y los señores Hastings encontraron la anécdota muy divertida.

Luego fue su turno de contar sus desastres como cocineros, un lejano recuerdo de los primeros tiempos de su matrimonio, cuando eran una joven pareja con solo una criada a media jornada.

Cuando salí de casa de los Hastings, después de prometerles que volvería a verlos si tenía oportunidad, encontré a Sherlock esperándome con mirada febril.

—Tenemos que ir con Arsène —me dijo de manera expeditiva—. ¡Tengo la solución!

Encontramos a nuestro amigo en la puerta de la casa de Sinclair, contándole a la bella Susan algo muy complicado y accidentado que requería una mímica exagerada.

—… así que dije: «¡Perdonen, pensaba que era un baile de disfraces!».

No conocía la anécdota, probablemente porque se la habría inventado en el momento, pero vi que Susan se reía pese a sus ojeras oscuras, que delataban una noche insomne. También ella debía de estar preocupada por aquel granuja de Punter.

—¡Arsène! —lo llamó Sherlock.

—¡Amigos! Precisamente os esperaba —dijo él con una sonrisa.

—Veo que has encontrado buena compañía mientras tanto —lo pinché yo.

—Se me ha ocurrido pasar a ver a Susan, para conocernos mejor —replicó él con una mueca descarada.

—A vuestro amigo hay que mantenerlo a raya, ¡es demasiado atrevido para su edad! —comentó ella con coquetería.

Intenté no ruborizarme y que la expresión de mi rostro no traicionara mi desconcierto.

—La galantería no conoce límites, ni de espacio ni de tiempo —repuso Arsène, imperturbable—. Pero me temo que ahora he de marcharme.

Nos alcanzó de tres rápidos saltos y doblamos juntos la esquina para luego poner un par de manzanas de distancia entre la casa de Sinclair y nosotros.

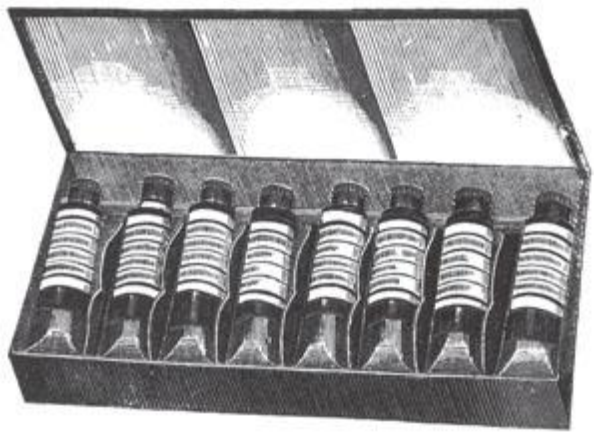
—¿Y bien? ¿Quieres decirnos qué has descubierto? —preguntó Arsène cuando estuvimos suficientemente fuera del alcance de oídos curiosos.

Sherlock nos devolvió una sonrisa radiante y proclamó:

—¡Un Rembrandt, tan falso como una guinea de madera!

Capítulo 19

UN CRIMEN SOFISTICADO



—Tengo que reconocer que Punter es astuto —explicó Sherlock, fascinado—. Se propuso llevar a cabo un hurto en el que la víctima no se diera cuenta de que estaba siendo robada.

—Quieres decir que… —balbucí, abriendo mucho los ojos.

—¡Que el cuadro original, el verdadero Rembrandt, ha sido sustituido por el falso que he visto en casa de Sinclair! —dijo Holmes con el mismo tono de voz con que un apasionado del ajedrez habría descrito un movimiento genial.

—El verdadero Rembrandt, ¿eh? —repitió Lupin, dubitativo—. ¿Y no es posible que el cuadro propiedad de Sinclair fuera simplemente una falsificación desde el principio?

—Lo excluyo —respondió Sherlock sin dudarlo—. Sinclair mencionó esa pintura cuando lo conocimos y dijo que la había heredado de un tío suyo, ¿os acordáis?

—¿Y qué? —dije yo, encogiéndome de hombros.

—Pues da la casualidad de que los Sinclair son una familia bastante conocida. Decididamente, no la clase de gente que se transmite obras falsas de generación en generación sin percatarse

siquiera. Estoy seguro de que si fuésemos a ver al notario de la familia Sinclair, encontraríamos en su archivo un documento que da fe de la autenticidad de la pintura heredada por nuestro Byron en bata. Y está también la gota de óleo que encontramos, que es del mismo color que el cielo del cuadro.

—Tiene sentido —observó Arsène—. Después de todo, en una investigación en la que ya tenemos a un falsificador, una pintura falsa viene… ¡que ni pintada!

Por suerte para Lupin, estábamos demasiado absortos para detenernos en aquella horripilante ocurrencia.

—Pero ¿cómo pudo Punter saber que allí estaba ese Rembrandt? —pregunté perpleja—. Sinclair dijo que siempre tenía cerrado el estudio…

Holmes alzó una ceja.

—Forma parte del oficio. En el mundo del mercado del arte se sabe dónde se encuentran las obras importantes y, naturalmente, los falsificadores y traficantes tienen sus medios para llegar a esa información —explicó—. Así pues, debió de suceder así: Sinclair dijo que había hecho muchos viajes de un lado a otro de Inglaterra en los últimos tiempos y, cuando Punter se enteró de esas ausencias frecuentes, concibió su plan. Un plan sencillo en el fondo, centrado en solo dos elementos: el conocimiento de los movimientos de Sinclair y la libre entrada a su casa para poder sustraer el Rembrandt durante las ausencias del dueño y permitir a Burlington que lo copiara.

—¡Y su amorío con Susan le permitía tener ambos elementos! —estuvo de acuerdo Arsène—. En efecto, eso coincide con la información que he logrado sonsacarle a Susan: fue ella la que le mostró los pasadizos secretos a Punter para poder encontrarse con él a escondidas. Y ahora está muy preocupada por su desaparición.

—Sí, eso resulta evidente. Pobrecilla… —dije, meneando la cabeza.

—En todo caso, Susan ha dicho que, mientras Sinclair estaba en uno de sus viajes en busca de ruinas antiguas, en un par de ocasiones sorprendió a Punter, mejor dicho a Coughlan, como todavía lo llama ella, en casa. Él le dijo que era para darle una sorpresa, porque no podía estar lejos de ella y de sus besos. ¡Susan consideró ese comportamiento muy romántico! Ni se imagina que

todo era un subterfugio para ponerle las manos encima a la pintura, y lo siento un poco por ella.

—Por tanto, así es como sucedieron los hechos —re capituló Sherlock—. Punter sustrajo el cuadro cada vez que pudo aprovechando las ausencias de Sinclair. Pero los viajes de nuestro poeta eran breves e intercalados con otros tantos breves regresos a Londres. Punter necesitaba, pues, poder entrar y salir de casa de Sinclair con el cuadro y fuera de miradas indiscretas. No solo eso: necesitaba también un lugar tranquilo donde pudiera trabajar Burlington. Naturalmente, lo ideal era encontrar un lugar al que pudiera llegarse por los subterráneos, que les evitaría arriesgados paseos por la ciudad con un cuadro robado bajo el brazo. Imaginad la alegría de nuestro Punter cuando descubrió que un lugar así… existía de verdad.

—¡El sótano de Grinsted! —dije yo, casi poniéndome en pie.

—Exactamente —asintió Sherlock—. Por eso, Punter se inventó la fantasiosa historia de la Compañía de las Aguas, obteniendo así la ignorante complicidad de ese simplón de Grinsted. Las dos semanas eran el tiempo previsto por Burlington para terminar la copia del cuadro, es evidente. Con su ir y venir bajo tierra, Punter puso el Rembrandt a disposición del falsificador durante el mayor tiempo posible y después, a trabajo acabado, cambió los cuadros, quedándose él con el original y llevando a casa de Sinclair el falso. Sinclair se las da de gran artista, pero apuesto a que el único lenguaje que conoce es el del dinero. Por lo que habría podido conservar para siempre el presunto Rembrandt sin darse cuenta de que era una falsificación. En su disculpa, puedo decir que es una copia realmente lograda; Burlington conocía su oficio.

—Pero, entonces, ¿por qué matarlo? —preguntó Arsène.

—Avaricia —aventuré yo.

—Es también mi hipótesis —confirmó Sherlock.

—¿Ese Punter liquidó a Burlington porque no quería compartir el botín? —dijo Arsène.

—No hay honor entre ladrones —apostilló Sherlock, y esa vez Arsène se abstuvo de hacer comentarios.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunté yo.

—Lo más sensato es mandar otra nota anónima —con testó Sherlock.

—¿A Scotland Yard? —resopló Arsène.

—No, al señor Sinclair —explicó Sherlock—. Le ponemos la mosca en la oreja sobre el hecho de que su Rembrandt es falso y apuesto a que ese petimetre pretencioso correrá inmediatamente a buscar a un experto para que lo examine.

—¿Y Burlington? —pregunté, insatisfecha por el sesgo que estaba tomando la resolución del caso—. Si él es el muerto, aunque fuera un falsificador, merece que le hagan justicia.

—Podríamos proporcionarle a Scotland Yard una pista que los lleve a indagar en los túneles. Si los policías son lo bastante listos, comprenderán el resto. Si no lo son, no es tarea nuestra hacerlos más listos —propuso Sherlock.

—¡¿Mandarlos allí abajo?! ¿Has perdido el juicio? —soltó Arsène.

—Total, llegarán de todos modos en cuanto interroguen a Susan. Esa chica no es capaz de guardar un secreto.

—¡Sí, pero una cosa es arriesgarnos a que descubran la existencia de los túneles y otra mandarlos nosotros a propósito!

—¿Qué te preocupa? —preguntó Sherlock, mirándolo con cara rara.

—Le preocupan Fishbone, Lukas y el resto de la banda —dije yo, intuyendo la turbación de Lupin.

Y yo lo entendía. Fishbone y los suyos eran una banda de ladronzuelos, pero con nosotros habían cumplido su palabra. También me resultaba claro, de todos modos, que el éxito de aquel asunto no dependía de nosotros.

—Arsène, la policía encontrará de todos modos los túneles, tiene razón Sherlock —dije—. Quizá lo mejor que podemos hacer es darle el soplo a Fishbone y decirle que cambie de aires un tiempo.

—Pero ¡vaya jerga de los bajos fondos! —bromeó Arsène, perdiendo al instante su expresión torva—. Como no estemos atentos, la próxima vez te encontraremos con ellos. Si te conozco bien, hasta podrías destronar a Fishbone…

—Por mucho que una tez transparente debida a la falta de luz solar le siente bien a una señora de cierto rango, creo que una vida sin ventanas no podría resultarme grata —respondí con una mueca divertida.

—Sí, podríamos hacerlo así —aprobó Sherlock, aunque en sus

ojos capté cierta frialdad—. Arsène, es mejor que te encargues tú solo, con discreción.

Arsène asintió y no volvimos a hablar de ello.

Unos días más tarde, las primeras páginas de los periódicos de la ciudad traían todas la misma noticia: Punter había sido capturado en una casucha de

Jacob's

Island. Por desgracia, Scotland Yard solo había hecho las usuales declaraciones tranquilizadoras sobre el excelso trabajo de equipo de las fuerzas del orden, sin dar información sobre el evadido. Y, sobre todo, sin hacer la menor alusión a un cuadro robado ni a un falsificador asesinado. Cada día buscaba indicios acerca de qué había sucedido realmente leyendo las páginas de sucesos, pero pronto dejé de tener grandes expectativas. Los días volvieron a discurrir lentos y soñolientos hasta que, una mañana de sábado, Sherlock nos sorprendió con una invitación un tanto particular.

—¿Está segura, señorita Irene, de que este es el lugar convenido? —me preguntó Horace mientras detenía el carruaje frente al local

Hog's

Head, fuera del cual me esperaba ya Lupin.

—¡Por supuesto! —respondí, y salté al suelo antes de que él pudiera pensárselo—. El aspecto no es de los mejores, pero tiene unas exquisitas salchichas a la salvia de Lincolnshire…

Horace no replicó y resumió todas sus recomendaciones en una mirada severa. Luego nos deseó un buen día a mi amigo y a mí y se marchó.

—Sherlock nos espera dentro —me dijo Arsène.

Sus ojos brillaban de curiosidad tanto como los míos y, sin más demora, entramos en el mesón que tanto amaba Grinsted.

Sherlock estaba sentado a una mesa puesta para cuatro personas.

—Me he tomado la libertad de pedir salchichas con patatas para todos —dijo jovial.

Conociendo bien el escaso interés de Sherlock por la comida, que él consideraba simple combustible necesario para el funcionamiento del cuerpo humano, le dirigí una mirada perpleja.

—No te preocupes, Irene, dentro de pocos minutos tendrás todas las respuestas —siguió diciendo él, sin duda divirtiéndose mucho y

haciéndose el misterioso, aunque su expresión cortés e impasible no lo daba a entender ni lo más mínimo.

—Aquí están las salchichas, que han llegado fresquísimas de Lincolnshire esta mañana —anunció el mesonero, mirándome a mí con un ojo bizco y a Arsène con el otro, y depositando cuatro platos humeantes en la mesa.

En aquel momento, la puerta del mesón se abrió de golpe.

—¡Vaya, lo sabía, llego tarde! —exclamó Grinsted, jadeante, olfateando en el aire el efluvio de sus adoradas salchichas.

—No se preocupe, señor Grinsted —dijo Sherlock—. Sabía que vendría y me he tomado la libertad de pedir también para usted.

Grinsted nos miró por un instante, estupefacto.

—¡Ah, pero si sois vosotros! ¡Los jovencitos de la Shackleton Coffee House!

—¡En persona! —dijo alegre Arsène mientras se sentaba, y yo hice lo mismo.

Grinsted nos estrechó la mano y luego se lanzó sobre las salchichas, que acompañó con varias rebanadas de pan crujiente, y las regó con una cantidad de cerveza que juzgué un poco excesiva, sobre todo a aquella hora del día.

—¡En todo caso, muchachos, estoy contento de veros! —dijo de pronto después de haber rebañado del plato hasta la última gota de salsa—. ¿Os acordáis de lo que me pasó?

—Claro. Precisamente nos preguntábamos cómo habría acabado todo —respondió con cordialidad Sherlock.

—Los policías de Scotland Yard volvieron a mi taller y solicitaron ver la trampilla y que les explicara la intervención de la Compañía de las Aguas. Yo se la enseñé, recordándoles que en aquel mismo sótano había encontrado un cadáver y que ellos no hicieron nada al respecto. Esta vez fueron mucho más amables. ¡Ah, deben de haber comprendido que se pasaron de la raya!

—¿Y descubrieron algo interesante? —le preguntó Arsène.

—Diría que sí, ¡han encontrado el cadáver! No saben cómo pudo terminar en el Támesis desde mi sótano, pero, os doy mi palabra, ¡era el mismo hombre! Tuve que ir a la comisaría para reconocerlo, y no sé si os he contado la otra vez que vi un cuerpo sacado del Támesis…

—Sí, creo recordarlo —atajó Sherlock.

—Bueno, pues esta vez era peor incluso. No me extenderé por respeto a la sensibilidad de la señorita, pero ciertas cosas no deberían enseñarse a un honrado ciudadano —comentó Grinsted, atacando otra jarra de cerveza.

—¿Y está seguro de que era él? —preguntó Arsène.

—Completamente. Tenía la misma ropa que le vi puesta en el sótano. Un cadáver en el taller de uno es algo que no se olvida fácilmente, se te queda grabado justo aquí —dijo, dándose golpecitos con los dedos de la mano derecha en la frente.

—¿Y han descubierto quién es? —pregunté yo.

—Un falsificador, compinchado con ese Punter a quien todo el mundo buscaba, ¿sabéis? Un cierto Burlemont, Boroughtown…

—¿Burlington? —sugirió Sherlock.

—¡Exacto!

—Por tanto, el caso está cerrado —suspiró Arsène.

Grinsted puso cara de conspirador y se inclinó hacia nosotros.

—No del todo…

—¿En qué sentido? —pregunté, intrigada.

—Scotland Yard, con mil excusas, me ha pedido que permita el paso de los agentes a mi sótano para llevar a cabo ciertas indagaciones relacionadas con el homicidio.

—¿Indagaciones sobre qué? —dijo Sherlock, como si pensara en voz alta—. Después de todo, ya han arrestado a Punter y han encontrado el cadáver…

—Escuchad, no debería contarlo, pero vosotros me caéis simpáticos y me habéis invitado a estas salchichas excepcionales… Parece que la policía está buscando algo ahí abajo.

—¿El qué? —pregunté yo con el corazón en un puño.

—Parece que ha desaparecido un cuadro. ¡Uno que vale un montón de dinero, según ellos!

Cuando salimos del local y Grinsted se alejó tambaleándose hacia su casa, yo no conseguía acallar en mí cierta contrariedad.

—Entonces, ¿esto acaba aquí? ¿No buscamos el Rembrandt?

—El caso está resuelto… Ya se encargará Scotland Yard de apretarle bien las tuercas a Punter para que revele dónde está escondido el cuadro —dijo Arsène, directo.

—Sí, deberíamos olvidarnos de ese Rembrandt —sentenció Sherlock, también él demasiado seco.

—¿De verdad que para vosotros está bien que la cosa acabe así? —dije yo, abriendo los brazos.

—A veces no todo sale exactamente como querríamos, ¿no crees? —respondió Sherlock, pero por un momento me pareció que le hablaba a Arsène en vez de a mí.

Mis dos amigos intercambiaron una sonrisa y, por algún extraño efecto premonitorio, me parecieron cercanos y lejanísimos al mismo tiempo. En aquel momento vislumbré un poco en qué se convertirían y por qué les sería imposible llegar a entendimientos, como en cambio aún era posible en aquella templada primavera londinense. Yo, testigo inconsciente, intuía una especie de lucha silenciosa entre los dos, pero todo me resultó mucho más claro cuando alguien más asomó por la esquina.

—¡Eh, Arsène! —llamó Lukas.

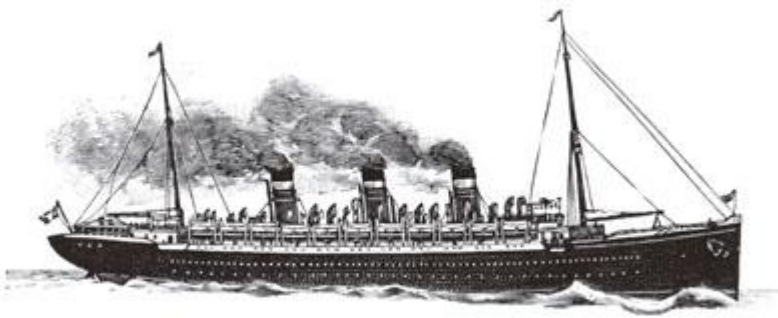
Lupin nos miró a Sherlock y a mí, sonrió y dijo:

—¡Disculpadme, tengo que irme!

Yo me volví hacia Sherlock, que se encogió de hombros mientras Arsène se alejaba con el ladronzuelo y en mi cabeza empezaba a girar un tumultuoso torbellino de suposiciones.

Capítulo 20

VIENTOS DE CAMBIO



Esa es la razón de que nunca antes haya contado esta investigación, porque intuía que había sido aquel el principio de nuestro final. Y también de que la haya escrito ahora, solo después de haber hablado de nuestra separación irremediable, ocurrida en el muelle de Liverpool. Porque en aquella caja que me habían devuelto Leopold y Horace había mucho más que algunos recuerdos de nosotros tres. Había una verdad que en aquel tiempo decidí ignorar: a Sherlock, a Lupin y a mí nos empujaban fuerzas poderosas en direcciones distintas. Aquel breve periodo de la juventud que pasamos juntos nos había permitido cultivar nuestras afinidades, creer que éramos parecidos y estábamos hechos para permanecer siempre juntos. Pero ya desde entonces teníamos visiones diferentes de la vida y dentro de nosotros sabíamos que tendríamos vidas excepcionales. Habíamos nacido para hacer grandes cosas. Solo que habría sido muy difícil hacerlas juntos. Con el paso de los años nos encontraríamos en bandos enfrentados, y ni siquiera en ese caso se trataba del destino: cada uno de nosotros ha dado sus pasos hacia el futuro siguiendo solamente su voluntad. Aunque esto haya significado separarse de los otros dos. Aunque eso haya podido hacernos extraños los unos para los otros. Quizá incluso enemigos.

El camino que seguiría Arsène me quedó muy claro en aquel momento, mientras mi amigo se alejaba con el joven Lukas. Nunca he tenido pruebas de lo que intuí, pero, aplicando el método deductivo que me había enseñado un maestro de excepción como Sherlock, puedo afirmar con razonable certeza que el motivo de la extraña llamada a la calleja era solo uno: el Rembrandt desaparecido.

Sé que en años siguientes Orville D. Sinclair hizo de todo para encontrarlo, sin éxito, y mitigó su pérdida adquiriendo otras valiosas pinturas y jactándose de ellas abiertamente en el gran mundo londinense.

Pero, si Punter había ideado todo aquel plan para no tener que andar a la luz del sol con el cuadro, era muy probable que lo hubiese escondido en los pasadizos subterráneos. Y puesto que Arsène le había hecho un favor a Fishbone avisándolo de la inminente llegada de la policía, era probable que Fishbone hubiese decidido corresponderle dándole a él el cuadro hallado por sus expertos exploradores de túneles. Después de todo, una banda de ladronzuelos callejeros no habría sabido qué hacer con una pintura de tal valor. Para sacarle provecho hacía falta una cierta dosis de inconsciencia y mucha ambición, cualidades de las que seguro mi amigo Lupin no carecía.

En todo caso, Arsène había demostrado que el dicho estaba equivocado: había una especie de honor entre ladrones. Y esa sería su brújula.

Porque, casi hace daño escribirlo, Arsène se convirtió en eso. En un ladrón caballeroso, ciertamente, capaz de hacer suspirar a las damas con su capacidad de fascinación y de hacer palidecer a sus adversarios con su audacia. Pero un ladrón a fin de cuentas.

¿Y Holmes? Creo que lo intuyó y prefirió dejarle vía libre. Nunca he entendido por qué, si por no perder a un amigo o porque aún lo consideraba todo un juego, un simple rompecabezas para su mente excelsa.

En la única ocasión en que, muchos años después, nuestros caminos volvieron a cruzarse fugazmente, me pareció que en eso no había cambiado nada: sus servicios como investigador eran solicitados a menudo por ricos industriales, cabezas coronadas y hasta por el propio Scotland Yard, pero para mi amigo cada

investigación no era en el fondo más que una manera de sustraerse al abrazo asfixiante del aburrimiento, igual que en los días inolvidables de la Shackleton Coffee House.

Inolvidable también fue aquel breve y borrascoso encuentro, del cual dependió nada menos que la suerte del reino de Bohemia. Nos encontramos como adversarios en frentes opuestos, Sherlock y yo, pero terminamos despidiéndonos como dos viejos amigos. Como lo que éramos.

Después de aquel episodio, yo seguí las vicisitudes de mis dos amigos de lejos gracias a los providenciales esfuerzos de sus biógrafos, que difundieron sus aventuras, o al menos su versión de las mismas. Yo también, en mis relatos, he hecho una selección, pero ha llegado ya un tiempo en el que la sinceridad se vuelve más importante que el retrato que se quiera hacer de una misma, o más que cualquier secreto que guardar. Por eso me he decidido a poner sobre el papel esta decimotercera aventura. Hay quienes lo consideran un número desafortunado. Pero suelen ser quienes creen en el destino y, como he insistido varias veces, yo no pertenezco a esa categoría de personas.

Aquel día, mientras releía las notas tomadas en aquella vieja libreta damasquinada, noté que se aligeraba el peso de la culpa. Durante meses me había sentido culpable por haber destruido nuestro grupo, por haber engañado a mis amigos y haber tomado decisiones propias de una auténtica egoísta. Pero, al retroceder con la mente a aquellos momentos, comprendí que considerar a Sherlock y Lupin dos peones a merced de mis maquinaciones habría sido disminuir sus figuras. Mis acciones, ciertamente, habían influido en sus vidas, pero ¿quién no tiene que cargar con ese lastre? Cada uno de nosotros deja una marca en las personas a las que ha querido.

En aquel lejano día en Nueva York corrí a abrazar a mi madre Sophie e inmediatamente después le planté un beso en la mejilla a la señora
O’Malley,
provocando en ella un ataque de carcajadas incontenibles. Aquel era mi mundo en aquel momento. Por mucho que pensara en el pasado, no habría podido traerlo de vuelta. Y tampoco podía cargar con todas las culpas. Nueva York era la tierra de las nuevas

oportunidades y yo tuve muy claro de repente, aquel día, que aprovecharía las mías. Estaba segura de que también Sherlock y Arsène lo harían, y la historia me ha dado la razón.

Eso no significaba absolverme de toda responsabilidad, así que encerré mis culpas en un cajón de mi corazón con la esperanza de tener la ocasión, algún día, de reencontrarme con mis amigos, y no como una aventurera en fuga, como había ocurrido con Sherlock en el caso de aquel viejo asunto de Bohemia. No, yo pensaba en los tres. En el trío de la Dama Negra, nacido en una mansión abandonada de Saint-Malo cuando éramos unos chiquillos. Porque, igual que me había marchado, algún día podría regresar también, me decía. Era decisión mía, después de todo, así como decidir perdonarme o no perdonarme era cosa de ellos.

Y ahora, mientras el viento salobre me revuelve el pelo que ya no es pelirrojo, siento más que nunca la esperanza detrás de estos pensamientos. En mi pecho nunca ha muerto la esperanza, ella ha sido la que me ha permitido tejer cada vez un nuevo hilo en la trama de mi vida, afrontando centenares de aventuras. Pero ninguna me parece tan grande como la que estoy por afrontar ahora, mientras en la cubierta de un modernísimo transatlántico hago una vez más la travesía del océano.

—¿Qué estás escribiendo, Irene? —me pregunta mi joven compañera de viaje.

—Oh, nada, solo viejos recuerdos antes de que huyan como aquellas nubes del horizonte —respondo, tratando de sonreír.

El transatlántico surca el océano y mi corazón se sacude con sentimientos contrapuestos mientras nos aproximamos día a día a mi amada Europa.

Quién sabe si, incluso a esta edad ya no juvenil, con todo lo que hemos vivido a lo largo de los años y todo aquello en que nos hemos convertido, podremos verdaderamente reencontrarnos aún, al menos por un día, o apenas por una hora, como amigos.

Sherlock, Lupin y yo.